

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXIV

Nº 5

MAYO 2011



NUESTRA PORTADA:

RETABLOS DE LA CATEDRAL DE OURENSE

Retablo de la Virgen del Carmen en el crucero sur. Estilo barroco.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense (Sede vacante)

Año CLXXIV

Mayo 2011

Nº 5

SUMARIO

IGLESIA DIOCESANA

Vicaría de Pastoral

Confirmaciones año 2011 425

Seminario Mayor "Divino Maestro"

Resumen de la conferencia de D. Francisco J. Prieto Fernández en la fiesta de San Juan de Ávila 427

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

La Iglesia lanza la Campaña de la Renta 2011 443

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

Ángelus 447

Audiencias generales 453

Discursos..... 472

Homilias 480

Mensajes 485

Viajes - Visita pastoral a Aquilea y Venecia (7 y 8 de mayo de 2011) 495

Santa Sede

Secretaría de Estado

Homilía del Card. Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad, en la Santa Misa de

Acción de Gracias por la beatificación de Juan Pablo II..... 515

Congregación para la Doctrina de la Fe

Carta del Card. William Levada para la presentación de la circular a las Conferencias
Episcopales sobre las líneas guía para los casos de abusos sexuales de menores por
parte del clero..... 518

Carta circular. Subsidio para las Conferencias Episcopales en la preparación de Líneas

Guía para tratar los casos de abuso sexual de menores por parte del clero 519

Pontificia Comisión "Ecclesia Dei"

Instrucción sobre la aplicación de la carta apostólica motu proprio data «Summorum
Pontificum» de Su Santidad Benedicto XVI..... 525

CRÓNICA DIOCESANA

Mayo..... 535

IGLESIA DIOCESANA

VICARÍA DE PASTORAL**CONFIRMACIÓN ANO 2011**

Dada a situación de orfandade na que nos encontramos pola marcha do Sr. Bispo, os ministros de confirmación serán os Srs. Vigairos en funcións e os sacerdotes que acostumaban prestar este servizo en anos anteriores. ¡Esperemos que para ós próximos cursos poidan reclamar a presenza do Sr. Bispo de Ourense para confirmar nos seus respectivos centros! ¡Moitas Grazas!

Mes de Abril

Día	Hora	Número	Lugar	Ministro
30	19:00	35	Fátima	Vic. Economía

Mes de Maio

Día	Hora	Número	Lugar	Ministro
7	12:00	28	Cualedro	Vic. Economía
14	20:00	25	Xunqueira de Espadanedo	Vic. Clero
15	12:00	8	Cabeza de Vaca	Vic. General
15	12:00	6	Desteriz	Vic. Economía
20	19:00	79	Carballiño	Vic. Economía
21	12:00	10	Crespos	Dtr. I. T.
21	20:00	64	Santo Domingo	Sr. Rector
21	19:00	31	San Bernabé de A Valenzá	Dtr. I. T.
21	20:00	7	Sagrado Corazón	Vic. Economía
22	12:00	8	Bentraces	Sr. Rector
22	12:00	15	Sobrado	Vic. General
22	12:00	10	Beade	Vic. Pastoral
27	20:00	20 + 2	Celanova	Dtr. I. T.
28	17:00	36	Verín	Delegado MCS.
28	20:00	35	San Pío X.	Vic. Pastoral
28	18:00	30	San Miguel de Lovios	Vic. Economía
29	18:00	10	Castrocaldelas	Sr. Rector
29	12:00	12	Cortegada de Baños	Dtr. I. T.
29	12:00	5	Arnoia	Vic. Pastoral

Mes de Xuño

Día	Hora	Número	Lugar	Ministro
3	20:00	41	Santa Teresita	Vic. Economía
4	10:30	10	Seminario Menor	Vic. General
4	18:00	22	Riós	Delegado MCS.
4	11:30	35	Santuario de los Remedios	Delegado MCS.
4	19:00	34	M ^a Auxiliadora	Dtr. I. T.
4	20:00	3+10	Asunción	Vic. Pastoral
5	12:00	4	La Milagrosa	Vic. General
5	12:00	7	Arnuid	Sr. Rector
10	20:00	7+3+26	Las Caldas	Vic. Economía
11	17:00	2+50	Xinzo da Limia	Vic. Pastoral
11	18:00	10	Allariz	Vic. Clero
12	12:00	7	Belle	Sr. Rector
12	12:00	13	Vistahermosa	Dtr. I. T.
12	12:30	14	Santa Eufemia	Vic. Economía
12	12:00	6	Santa Lucía de Rairo	Vic. General
12	12:00	17	Santísima Trinidad	Vic. Judicial
12	18:00	2 + 17	Villar de Ordelles	Vic. Clero.
18	12:00	10	Puente Noalla	Vic. Pastoral
18	18:30	9	San Vicente de Abeleda	Vic. General
19	12:00	15	Francelos	Sr. Rector
19	12:30	5	San Paio de Ventosela	Vic. Pastoral
19	13:00	13	Inmaculada	Dtr. I. T.

N. B.- Recordámoslle ós responsables dos centros de confirmación que deben poñerse en contacto cos ministros do Sacramento.

SEMINARIO MAYOR “DIVINO MAESTRO”

Resumen de la conferencia de D. Francisco J. Prieto Fernández en la fiesta de San Juan de Ávila el 11 de mayo de 2011

Nota: publicamos un resumen de la conferencia que pronunció D. Francisco J. Prieto en la fiesta de San Juan de Ávila, la totalidad de la conferencia se publicará en el próximo número de la revista del Instituto Teológico “Divino Maestro”, AURIENSIA.

VERBUM DOMINI: VERDAD, BELLEZA, BONDAD

¿Qué es *Verbum Domini*?

Se trata de la exhortación apostólica postsinodal (XII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, Vaticano, 5-26 de octubre de 2008) que Benedicto XVI publica el 11 de noviembre de 2010, aunque con fecha del 30 de septiembre de ese mismo año, festividad de san Jerónimo (340-420). Este Padre de la Iglesia, intérprete y traductor latino del texto bíblico en base al principio de la *veritas hebraica (Vulgata)*, es citado por la *Verbum Domini* (=VD) en dos ocasiones: en su principio hermenéutico, “no podemos llegar comprender la Escritura sin la ayuda del Espíritu Santo que la ha inspirado” (VD 16); y en el conocido “quien desconoce las Escrituras desconoce a Cristo” (VD 30).

El mismo nombre de la exhortación, *Verbum Domini*, se inscribe en continuidad con la *Dei Verbum*, citada

en 30 ocasiones, y verdadero corazón doctrinal de este documento postsinodal. Y la expresión escogida, *Palabra del Señor*, es la aclamación que sigue a la proclamación del Evangelio en la Eucaristía, lo cual sienta otro principio hermenéutico fundamental: la Palabra de Dios no puede ser comprendida fuera de la vida, de la fe y de la plegaria litúrgica de la Iglesia. En los debates del Sínodo hubo una pregunta que movió intensos diálogo: ¿cómo puede la Sagrada Escritura ser leída, interpretada y celebrada en la Iglesia como Palabra de Dios siempre válida y actual?

Es un largo documento (124 números), dividido en tres grandes partes de títulos bien elocuentes: *Verbum Dei* (Palabra de Dios), *Verbum in ecclesia* (Palabra en la Iglesia), *Verbum mundo* (Palabra para el mundo).

La primera parte, *Verbum Dei*, que es la más teológica y doctrinal, consta de tres densos capítulos bien articulados:

el Dios que habla (6-21), la respuesta del hombre al Dios que habla (22-28) y la hermenéutica o interpretación de la Escritura en la Iglesia (22-49), quizás la de más difícil lectura para las personas no familiarizadas con el lenguaje bíblico-teológico: dimensión teológica de los textos bíblicos, armonía fe-razón, relación exégesis-magisterio, sentidos de la Escritura...

La segunda, *Verbum in Ecclesia*, tiene una orientación más práctica. Comprende dos secciones: una amplia sobre la liturgia como lugar privilegiado de la Palabra de Dios (52-71), y otra sobre la presencia de la Palabra de Dios en diversos ámbitos de la vida eclesial y su relación con los distintos miembros de la Iglesia (72-89).

Y en la última parte, *Verbum mundo*, sigue predominando lo exhortativo sobre lo doctrinal, distribuido en cuatro apartados: la misión de la Iglesia como anuncio de la Palabra de Dios (90-98); la Palabra de Dios y compromiso en el mundo (99-108); su relación con las culturas (109-116) y con el diálogo interreligioso (117-120).

Verbum Domini recoge todas y cada una de las 55 proposiciones conclusivas votadas por los dos tercios de los padres sinodales. Son relevantes sus citas de autores patrísticos y medievales: Ireneo de Lyon, Orígenes, Atanasio, Jerónimo, Ambrosio de Milán, Agustín de Hipona, Gregorio Magno, Benito de Nursia, Máximo el Confesor, Bernar-

do de Claraval, Buenaventura, Ricardo de San Víctor, Tomás de Aquino... Destacan dos referencias significativas: por un lado al “libro de la naturaleza” de Galileo en VD 13, y las seis veces en que se cita el importante Discurso de Benedicto XVI al mundo de la cultura en el Colegio de los Bernardinos de París (12 de octubre de 2008).

También se pueden entrever las resonancias de algunos teólogos modernos, como H. de Lubac en VD 10-14 sobre el “Verbo abreviado”, y en VD 38-42 sobre los sentidos de la Escritura; K. Barth en VD 11-13 sobre la Cristología de la Palabra; H. U. von Balthasar en VD 12, 66 y 124, sobre el silencio, y en particular sobre el silencio de la cruz en VD 21; K. Rahner en VD 23 sobre Dios que escucha al hombre y responde a sus interrogantes. Y en la conclusión de la primera parte se hace un selecto y escogido elenco de santos con su interpretación de la Escritura (VD 48-49), pues como escribe Gregorio Magno en sus *Moralia in Job* XXIV, 8, 16 (y cita la VD), “viva lectio est vita bonorum”: san Antonio Abad y san Basilio Magno; san Francisco de Asís, santa Clara de Asís y santo Domingo de Guzmán; santa Teresa de Jesús y santa Teresita del Niño Jesús; san Ignacio de Loyola, san Juan Bosco, san Juan María Vianney; y entre los contemporáneos san Pío de Pietrelcina, san Josemaría Escrivá, la beata Teresa de Calcuta; y también en los mártires del nazismo y el comunismo, representados, por una parte por santa Teresa

Benedicta de la Cruz (Edith Stein), y por el beato Luís Stepinac, cardenal arzobispo de Zagreb.

Con este documento el Papa pretende retomar aquel impulso fundamental que supuso la *Dei Verbum* del Vaticano II para la revalorización de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia (cf. VD 3) y así “renovar la fe de la Iglesia en la Palabra de Dios” (VD 27).

Conviene establecer una distinción: con la expresión “Palabra de Dios” no empleamos un término que se identifica simplemente con la Biblia. Se trata del Logos, del Verbo encarnado en Jesucristo. Y por eso, el hilo conductor de VD será la misma cita jo nica que abre la *Dei Verbum* (DV 1) y se recoge en el n  2 de la exhortación: “Os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos manifest : lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viv is también en comunión con nosotros, y esta comunión nuestra sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1 Jn 1,2-3). El prólogo del evangelio de Juan es la referencia constante que nos ofrece la inteligencia del texto en sus tres partes: Jn 1, 1.14 (“Al principio existía la Palabra, y la Palabra existía con Dios y la palabra era Dios... Y la Palabra se hizo carne”), para la primera; Jn 1,12 (“A cuantos la recibieron les da poder para ser hijos de Dios”), para la segunda, y Jn 1,18 (“A Dios nadie lo ha visto jams . El Hijo  nico que est  en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer”) para la tercera.

O sea, VD no es un documento sobre la Biblia, sino sobre la Palabra de Dios, que precede y excede al mismo texto sagrado, pues aquella “ya era en el principio”. Y por ende es amplio, lleno de muchos matices y contenidos variados entre los cuales es preciso escoger.

En el principio era la Palabra, y no la Biblia

Todos recordamos cómo iniciaba Benedicto XVI su primera encíclica, *Deus caritas est*, afirmando que “no se comienza a ser cristiano por una decisión  tica o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n  1).

O sea, nuestro ser creyente se enraíza (se constituye) en el encuentro personal con Cristo que se comunica en su Palabra (VD 73). Y, ciertamente “no hay prioridad más grande que esta: abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante (cf. *Jn* 10,10)” (VD 2).

A casi cuarenta y seis años de su promulgación, la Constitución dogmática *Dei Verbum* (1965), es considerada ya por muchos como el documento más importante del concilio Vaticano II, porque se centra en los fundamentos

mismos de la fe de la Iglesia: la Palabra de Dios, su revelación y su transmisión en la Tradición viva (Palabra de Dios transmitida) y en la Escritura (Palabra de Dios escrita).

Aquel entusiasmo suscitado por la Palabra de Dios en el Concilio, ¿se mantiene hoy en día? Quizás rutina y descuido han generado algunas desviaciones (espiritualismo y cientifismo) y erradas interpretaciones (fundamentalismo). Re-situar y re-colocar la Palabra de Dios en el centro de la vida y misión de la Iglesia es el objetivo fundamental de la *Verbum Domini*: “deseo indicar algunas líneas fundamentales para revalorizar la Palabra divina en la vida de la Iglesia, fuente de constante renovación, deseando al mismo tiempo que ella sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial” (VD 1).

Palabra de Dios es aquella *palabra que sólo Dios puede decir* porque comporta salvación; la Escritura es un testimonio (escrito) y presencia única de la Palabra por tres motivos: por su origen, ya que surgió bajo la acción del Espíritu Santo; por su cualidad interna, ya que está llena del Espíritu; y por su dimensión experiencial, ya que comunica el Espíritu. Por eso, “la Escritura no es la Palabra misma, sino el testimonio que el Espíritu da de la Palabra” (Balthasar).

El cardenal Martini reconoce que “la Palabra de Dios es algo que se contempla a diversos niveles, en diversas

situaciones. Se trata de un concepto análogo, no es algo que se realiza unívocamente y sólo en una determinada situación siempre igual”. K. Barth distinguía entre Palabra de Dios revelada, es decir, Jesucristo; Palabra de Dios escrita, es decir, la Biblia inspirada por Dios; y Palabra de Dios predicada, es decir, la predicación de la Iglesia.

Comprender esto adecuadamente, evitará caer en lecturas fundamentalistas de la Biblia que reducen la inspiración a un dictado palabra por palabra (cf. VD 44). La verdad de la Escritura es la que Dios quiso para nuestra salvación (cf. DV 11), y esto es lo que da razón de su ser también *Palabra de Dios*, aunque no sea toda la Palabra.

La Palabra se hace Verdad

El pensamiento teológico que predominaba en el preconcilio se asentaba en la comprensión de la Revelación como una acumulación de verdades eternas. El cristianismo quedaba reducido a un ejercicio intelectual, lo más riguroso posible, que consistía en un conocimiento de dichas verdades. También es cierto que desde los albores del siglo XX una serie de “renacimientos” (bíblico, litúrgico, patrístico, teológico) hacían aflorar, en sentido primaveral, las entrañas de un cristianismo demasiado recubierto de hojarasca otoñal: la verdad cristiana no es aséptica, sino personal y concreta, la verdad del cris-

tianismo es la persona misma de Jesucristo, el Hijo humanado¹.

Esta llamada “vuelta a las fuentes” permitió considerar adecuadamente la importancia del texto bíblico en la vida de los creyentes y de la Iglesia, y evitar el reduccionismo de acudir a la Escritura como cúmulo de principios doctrinales y morales. El concilio Vaticano II, concretamente en la *Dei Verbum*, nos pone delante el acontecimiento, el encuentro: la Palabra, no el libro; la autocomunicación de Dios al hombre (revelación), que “quiso, con su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad” (DV 2). El objeto de lo revelado no son decretos eternos, sino el “sí mismo” de Dios que, movido por una libertad amorosa, se nos da a conocer: “Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunión consigo y recibirlos en su compañía” (DV 2).

Y esta manifestación se realiza por medio de Cristo, el Verbo encarnado, que es palabra pronunciada y acontecimiento realizado. Como afirma H. de Lubac, se trata de Jesucristo “visto, escuchado, tocado”, es decir, Jesús “contemplado” que nos revela a Dios Padre con su presencia activa, con todo su ser. O sea, con obras y palabras (DV2). La revelación no es una enumeración de artículos de fe sin relación con un centro vivo: Cristo es al mismo tiempo Mensajero y Mensaje, Revelador y

verdad revelada, “mediador y plenitud de toda la revelación” (DV 2). Jesucristo es el centro de una larga historia de amor entre Dios y los hombres. Así, la revelación no se presenta como un código normativo o una lista de proposiciones, sino como el acontecimiento de salvación realizado por Dios en la historia de los hombres, cuyo memorial escrito es la Biblia.

Esta comprensión queda patente en la misma VD 6: “La novedad de la revelación bíblica consiste en que Dios se da a conocer en el diálogo que desea tener con nosotros”. Su diálogo se llama Logos, Verbo que no es sólo pensamiento creador, sino conversación amorosa que acontece eternamente en el corazón mismo de Dios, y revelado como misterio de amor infinito en el que somos creados y salvados.

Quizás la formulación teológica central y más novedosa de esta Exhortación esté aquí: la clave de la Palabra de Dios es Jesucristo. En efecto, Benedicto XVI, citando el *Catecismo* (nº 102) y a Ruperto de Deutz, afirma que “a través de todas las palabras de la sagrada Escritura, Dios dice sólo una palabra, su Verbo único, en quien él se dice en plenitud (cf. *Hb* 1,1-3)», como ya advirtió con claridad san Agustín: «Recordad que es una sola la Palabra de Dios que se desarrolla en toda la Sagrada Escritura y uno solo el Verbo que resuena en la boca de todos los escritores sagrados» (VD 18).

Es lo que la *Verbum Domini* denomina como “Cristología de la Palabra” (nº 11-13). El Dios que nos ha hablado en tantas ocasiones y de tantas formas, nos habla ahora de manera definitiva en la Palabra-Verbo hecho hombre (cf *Hb* 1, 1-2), “nacido de mujer” (Gal 4,4) (cf. VD 11). El Papa acude a una expresión original de la patrística para calificar a Jesucristo: *Verbum abbreviatum*, el *Verbo abreviado* (VD 12-13). Esta fórmula surge del texto profético de Is 10,23, retomado en Rom 9,28: “Dios ha cumplido su palabra y la ha abreviado”. La Palabra eterna se ha hecho pequeña; ya no sólo tiene voz, sino que tiene rostro que podemos ver: Jesús de Nazaret (cf. VD 12).

En Belén, la Palabra-Verbo es tan pequeña que cabe en un pesebre y se pone a nuestro alcance; en la cruz el Verbo enmudece, se hace silencio mortal, porque “se ha dicho” hasta quedar sin palabras pues ha dado todo, ha hablado todo lo que tenía que pronunciar; y el silencio de la Palabra desvela su sentido auténtico y definitivo en el misterio luminoso de la resurrección.

Por eso, se entiende esa afirmación central que el Papa toma de san Bernardo, y que ya refirió en su discurso en el Colegio de los Bernardinos y ahora en VD 7: “la fe cristiana no es una «religión del Libro»: el cristianismo es la «religión de la Palabra de Dios», no de «una palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y vivo». El mismo H. de Lubac recalca la expresión

del santo cisterciense al afirmar: “la Palabra de Dios está presente aquí, en medio de nosotros de tal manera que se la ve y se la toca (cf. Jn 1; 1 Jn 1,1-3) y por eso no es ‘la religión bíblica’, sino la religión de Jesucristo”.

La Palabra se hace Belleza

Una página de Dostoievski ilumina maravillosamente la idea que pretendo transmitir:

«Pero sepan, sepan ustedes que sin el inglés la humanidad todavía puede vivir, que puede vivir sin Alemania, que puede vivir aún mucho más fácilmente sin los rusos, que puede vivir sin la ciencia, que puede vivir sin pan, pero solamente sin la belleza no podría vivir, porque no habría ya nada que hacer en el mundo. ¡Todo el secreto está aquí, toda la historia está aquí! ¡La ciencia misma no subsistiría un momento sin la belleza —¿lo saben ustedes que se ríen? — se volvería una vulgaridad y ustedes no inventarían más un clavo!... ¡Yo no cedo! —él gritó absurdamente, a modo de conclusión y con toda la fuerza golpeó con el puño sobre la mesa». (Así habla Stepan Trofimovic en *Los demonios* de Dostoievski)

En la novela *El idiota* que, según Romano Guardini, representa la cristología de Dostoievski, el protagonista es el Príncipe Myskin, el inocente que sufre el infinito dolor del mundo y a todos

cree y disculpa; soporta todo, quiere a todos. Un día Myskin está sentado junto al lecho donde un joven, Hyppolit, ateo y nihilista, como se decía en la Rusia de entonces, está muriendo, consumido por la tisis. El joven se dirige a Myskin: “Príncipe, usted dijo una vez que la belleza salvará al mundo. ¿Qué belleza lo salvará?”. Y Myskin contesta con su silencio, con la silenciosa presencia de su compasión.

La belleza que salva es el amor que comparte el dolor y que no necesita palabra, es la verdad que se expresa callándose, por su presencia de amor.

Por eso, la revelación última de la belleza es la muerte de la Palabra en el silencio de la Cruz y su resurrección en el grito de Pascua. El *ordo amoris* es el auténtico mundo de la belleza. La belleza es este amor revelado y oculto, este ágape crucificado y resucitado. El Verbo-Palabra es resplandor de una belleza inasible. Aquella que san Agustín tardó tanto en descubrir: “¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé!” (*Confesiones* X, 27, 38). El obispo de Hipona admite que fue justamente la belleza de las criaturas la que lo mantuvo alejado del Creador; pero éste, con su belleza, confiesa él, lo capta por la senda misma de los sentidos, a través de los cuales percibimos lo bello en todas sus manifestaciones: “He aquí que tú estabas dentro de mí, y yo fuera: ahí te buscaba y, deforme como era, me arrojaba sobre las cosas bellas que tú has creado. Tú estabas

conmigo, yo no estaba contigo. Me alejaban de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Llamaste, clamaste, venciste mi sordera; resplandeciste, brillaste, ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, lo aspiré y desde entonces te anhele; gusté de ti y ahora tengo hambre y sed de ti; me tocaste y encendí en deseo de tu paz” (*Confesiones* X, 27).

La misma creación, imagen bella de la Belleza divina, el “maravilloso libro de la naturaleza” (cf. *Fides et ratio* 19), el *liber naturae*, “forma parte de esta sinfonía a varias voces en que se expresa el único Verbo” (VD 7). Así, se resalta en VD 8 la dimensión cósmica de la Palabra: “La creación nace del *Logos* y lleva la marca imborrable de la *Razón creadora que ordena y guía*. Los salmos cantan esta gozosa certeza: «La palabra del Señor hizo el cielo; el aliento de su boca, sus ejércitos» (*Sal* 33,6); y de nuevo: «Él lo dijo, y existió, él lo mandó, y surgió» (*Sal* 33,9). Toda realidad expresa este misterio: «El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos» (*Sal* 19,2). Por eso, la misma Sagrada Escritura nos invita a conocer al Creador observando la creación (cf. *Sb* 13,5; *Rm* 1,19-20).” En cuatro ocasiones cita a san Buenaventura², con su afirmación central de que “toda criatura es Palabra de Dios, en cuanto proclama a Dios”. Y en VD 9, sobre la creación del hombre, se afirma que “la realidad nace de la Palabra de Dios como *creatura Verbi*”.

No podemos olvidar que cuando el Artista Divino contempla su obra no sólo vio que era buena, sino también bella. La versión griega de los Setenta expresó adecuadamente este aspecto, traduciendo el término *tōb* (bueno) del texto hebreo con el griego *kalón* (bello).

Más adelante, en bella síntesis, dice la Exhortación: “podemos comparar el cosmos a un «libro» –así decía Galileo Galilei– y considerarlo «como la obra de un Autor que se expresa mediante la “sinfonía” de la creación. Dentro de esta sinfonía se encuentra, en cierto momento, lo que en lenguaje musical se llamaría un “solo”, un tema encomendado a un solo instrumento o a una sola voz, y es tan importante que de él depende el significado de toda la ópera. Este “solo” es Jesús... El Hijo del hombre resume en sí la tierra y el cielo, la creación y el Creador, la carne y el Espíritu. Es el centro del cosmos y de la historia, porque en él se unen sin confundirse el Autor y su obra” (VD 13).

Este *libro de la naturaleza* que canta la belleza de la Palabra que la creó ya encuentra su expresión en el Antiguo Testamento, cuando la contemplación de todo lo bello que hay en la creación conduce a una alabanza entusiasta (Sal 19,1-5; 89,6-15; 104) condesanda en la exclamación sálmica: “el cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos” (Sal 19,1). En el pensamiento cristiano hay una expresión tradicional que habla de

los “dos libros” de Dios, el de la naturaleza y de la Escritura, ambos voz de la misma Palabra. Con belleza, no podía ser menos, lo expresa el obispo de Hipona: “es libro para ti la Sagrada Escritura, para que la oigas; y es libro para ti el orbe de la tierra, para que lo veas” (*Enarrationes Ps 45,7*).

Y de la Palabra que crea belleza, a la Palabra que inspira obras bellas, que crea cultura: “Dios no se revela al hombre en abstracto, sino asumiendo lenguajes, imágenes y expresiones vinculadas a las diferentes culturas” (VD 109). La relación entre la Palabra de Dios y la cultura de los hombres ha sido de extraordinaria fecundidad y de singular belleza: “ha inspirado a lo largo de los siglos las diferentes culturas, generando valores morales fundamentales, expresiones artísticas excelentes y estilos de vida ejemplares” (VD 109).

Una encuentro de innegables logros que ha modelado, aunque no se quiera reconocer o simplemente silenciar, el alma de esta vieja Europa. “Lengua materna de Europa” le llamó Goethe. La Palabra escrita “contiene valores antropológicos y filosóficos que han influido positivamente en toda la humanidad” (VD 110).

Por todo ello, Benedicto XVI nos invita a un renovado encuentro entre Palabra escrita (Biblia) y la cultura: “quisiera reiterar a todos los exponentes de la cultura que no han de temer abrirse a la Palabra de Dios; ésta nunca

destruye la verdadera cultura, sino que representa un estímulo constante en la búsqueda de expresiones humanas cada vez más apropiadas y significativas. Toda auténtica cultura, si quiere ser realmente para el hombre, ha de estar abierta a la transcendencia, en último término, a Dios” (VD 109).

Verbum Domini nos invita a recorrer plenamente el sentido de la Biblia como un gran código para las culturas (VD 110). El impacto de la Escritura en la creatividad humana ha sido inmenso: literatura, filosofía, pintura, escultura, arquitectura, música, cine, fotografía, todas ellas verdaderas “epifanías” de la belleza, como el antoguo, y siempre nuevo, lenguaje de los iconos orientales (cf. VD 112). El ya beato Juan Pablo II, en su *Carta a los artistas* (1999), evocando a Paul Claudel y a Marc Chagall, calificó a la Sagrada Escritura de “inmenso vocabulario” y “atlas iconográfico” del que se han nutrido la cultura y el arte cristianos (nº 5). Para todos, creyentes o no, las obras inspiradas en la Escritura son un reflejo del misterio insondable que rodea y está presente en el mundo (nº 5). Y por ello, la Iglesia “manifiesta su consideración, estima y admiración por los artistas «enamorado de la belleza», que se han dejado inspirar por los textos sagrados; ellos han contribuido a la decoración de nuestras iglesias, a la celebración de nuestra fe, al enriquecimiento de nuestra liturgia y, al mismo tiempo, muchos de ellos han ayudado a reflejar de modo perceptible en el tiempo y

en el espacio las realidades invisibles y eternas” (VD 112).

Pero, evidentemente, “no hay que leer la Biblia sólo como una obra maestra de la literatura universal, sino también como página sagrada, inspirada por el Espíritu Santo”. Así lo dijo Benedicto XVI antes del rezo del Ángelus del 26 de octubre de 2008 y después de haber celebrado la Eucaristía con la que se clausuró el Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios: “Aunque es verdad que la Biblia es también una obra literaria, más aún, el *gran código de la cultura universal*, también es verdad que no debe ser despojada del elemento divino, sino que debe leerse *en el mismo Espíritu con que fue compuesta*. La exégesis científica y la *lectio divina* son, por tanto, necesarias y complementarias para buscar, a través del significado literal, el espiritual, que Dios quiere comunicarnos hoy”.

La Palabra se hace bondad

El teólogo Hans Urs von Balthasar abre su gran obra titulada *Gloria. Una estética teológica* con estas sugestivas expresiones: “Nuestra palabra inicial se llama belleza. La belleza es la última palabra a la que puede llegar el intelecto reflexivo, ya que es la aureola de resplandor imborrable que rodea a la estrella de la verdad y del bien, y su indisociable unión”. En la mencionada *Carta a los artistas* de Juan Pablo II

se dice que “la belleza es en un cierto sentido *la expresión visible del bien*, así como el bien es *la condición metafísica de la belleza*. Lo habían comprendido acertadamente los griegos que, uniendo los dos conceptos, acuñaron una palabra que comprende a ambos: «*kalokagathia*», es decir «*belleza-bondad*».

Y la Belleza hace resplandecer esta Bondad que es la gran esperanza, el *Logos de la esperanza*, el Dios que tiene rostro humano y nos ha amado hasta el extremo (Jn 13,1). La Palabra encarnada que “pasó haciendo el bien” (Hch 10,38) precisa seguir encarnándose en un testimonio que le dé credibilidad, “para que no aparezca como una bella filosofía o utopía, sino más bien como algo que se puede vivir y que hace vivir” (VD 97). Por eso, “la misma Palabra de Dios reclama la necesidad de nuestro compromiso en el mundo” (VD 99), la búsqueda de relaciones animadas por la rectitud y la justicia, la búsqueda del verdadero bien de todos, en el respeto y promoción de la dignidad de cada persona (cf. VD 100). Redescubramos la Palabra de Dios como fuente de reconciliación y de paz para que nunca se tome el nombre de Dios en vano ni en su nombre se justifiquen guerras e intolerancias (cf. VD 102). No hay verdadera comprensión de la Escritura si no se edifica el doble amor a Dios y al prójimo, nos recuerda san Agustín (*Doctrina Cristiana* I, 35,39-36,40) (cf. VD 103).

La *Verbum Domini* nos invita a la edificación de esta bondad amoro-

sa que nace de la Palabra de Dios en cuatro espacios humanos: los jóvenes (VD 104), los emigrantes (VD 105), los que sufren (VD 106) y los pobres (VD 107); y en ese gran espacio en el que todos hemos de vivir y convivir, la creación (VD 108).

A los jóvenes los invita a familiarizarse con la Escritura para que llegue a ser la brújula en las opciones de su vida, acompañados de testigos y maestros (cf. VD 104). Aunque, como aviso, no debemos olvidar las palabras de Pablo VI: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros lo hace porque son testigos» (*Evangelii Nuntiandi* 41). O sea, una verdadera acción magisterial con los jóvenes ha de ser ministerial, testigos de la identidad que les proponemos, la lección viva de que es mejor amar que tener razón. Respecto a los emigrantes, el Papa pide a las diócesis que los desplazamientos migratorios sean considerados como una ocasión para descubrir nuevas modalidades de presencia y anuncio, de acogida y animación para quienes han salido de su tierra, convertidos en hombres sin tierra de la tierra del hambre (cf. VD 105).

Y a los que sufren física, psíquica o espiritualmente, “mientras la palabra del hombre parece enmudecer ante el misterio del mal y del dolor, y nuestra sociedad parece valorar la existencia sólo cuando ésta tiene un cierto grado de eficiencia y bienestar, la Palabra de

Dios les revela que también las circunstancias adversas son misteriosamente abrazadas por la ternura de Dios... el Padre de la vida es el médico del hombre por excelencia y no deja de inclinarse amorosamente sobre la humanidad afligida. El culmen de la cercanía de Dios al sufrimiento del hombre lo contemplamos en Jesús mismo, que es «Palabra encarnada. Sufrió con nosotros y murió. Con su pasión y muerte asumió y transformó hasta el fondo nuestra debilidad.» (VD 106).

Los Obispos vascos y de Pamplona en su Carta Pastoral de la Cuaresma de 2009: “Una de las tareas que Jesús nos señala en este tiempo es la proximidad humana y evangélica a tantas personas impedidas o limitadas por la edad, la enfermedad, la soledad. Estar junto a ellos incluso silenciosamente es una manera de ser testigos de «la Palabra que viene del silencio [de Dios Padre] y en silencio debe ser escuchada» (S. Juan de la Cruz)”.

Y «los primeros que tienen derecho al anuncio del Evangelio son precisamente los pobres, no sólo necesitados de pan, sino también de palabras de vida» (VD 107, *Propositio* 11). Una diacónía de la caridad que hemos de ejercer especialmente los sacerdotes: “Los pastores están llamados a escucharlos, a aprender de ellos, a guiarlos en su fe y a motivarlos para que sean artífices de su propia historia” (Idem). El Papa nos invita a “favorecer un «círculo virtuoso» entre la pobreza *«que conviene*

elegir» y la pobreza *«que es preciso combatir»*, redescubriendo «la sobriedad y la solidaridad, como valores evangélicos y al mismo tiempo universales... Esto implica opciones de justicia y de sobriedad.» (Idem)

Y finalmente, la Palabra creadora nos impele a conservar la “casa común” que nos fue confiada para hacerla crecer y multiplicarla desde una sensibilidad teológica y ecológica que nos lleve a reconocer y preservar la bondad de las cosas creadas (VD 108). “El hombre necesita ser educado de nuevo en el asombro y el reconocimiento de la belleza auténtica que se manifiesta en las cosas creadas” para que las generaciones venideras puedan seguir admirando como la Creación es, sigue y seguirá siendo buena y es bella.

Para que todo lo propuesto en la *Verbum Domini* sobre la Palabra, el mundo y los hombres que lo habitamos sea una verdad que resplandece bellamente por la bondad que la actúa, me permito recordar aquellas certeras palabras de Pío XII que deben servirnos de aviso: “no temo la acción de los malos, sino el cansancio de los buenos”. O como dijo Gandhi, el silencio de los buenos. Contra esto prevenía San Pablo a los cristianos de Salónica: “No os canséis de hacer el bien” (II Tes 3, 13).

Conclusión

Las conclusiones suelen ser apretadas y apuradas síntesis con las que uno lle-

ga sin aliento al final de las propias palabras. Las mías bien seguro que pasarán. La de Dios ciertamente que no (cf. Mt 24,35). Sólo la Palabra de Dios es palabra definitiva y de esperanza (VD 91), la Palabra encarnada del Verbo, la verdadera y definitiva palabra de Dios a la humanidad (VD11), porque ella nos define y ante ella debemos definirnos. Sólo esta Palabra permanece para siempre (1 Pe 1,25; VD 1 y 124).

La *Verbum Domini* nos recuerda que “la Palabra de Dios es indispensable para formar el corazón de **un buen pastor**, ministro de la Palabra” (*Propositio* 31; VD 78). Benedicto XVI nos remite a unas hermosas palabras de su antecesor:

“El Papa Juan Pablo II en la Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, ha recordado que «el sacerdote es, ante todo, *ministro de la Palabra de Dios*; es el ungido y enviado para anunciar a todos el Evangelio del Reino, llamando a cada hombre a la obediencia de la fe y conduciendo a los creyentes a un conocimiento y comunión cada vez más profundos del misterio de Dios, revelado y comunicado a nosotros en Cristo» (nº 26). Por eso, el sacerdote mismo debe ser el primero en cultivar una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios... sus palabras, sus decisiones y sus actitudes han de ser cada vez más una transparencia, un anuncio y un testimonio del Evangelio; «solamente “permaneciendo” en la Palabra, el

sacerdote será perfecto discípulo del Señor; conocerá la verdad y será verdaderamente libre» (VD 79).

Me permito recordar unas palabras de Orígenes que nos avisan del amor y respeto que debemos al Verbo-Palabra: “Vosotros, que soléis estar presentes en los misterios divinos, cuando recibís el cuerpo del Señor, lo conserváis con toda cautela y veneración, para que no caiga la mínima parte de él, para que no se pierda nada del don consagrado... Pues si tenemos tantas cautelas para conservar su cuerpo... ¿por qué creéis que despreciar la Palabra de Dios es menor sacrilegio que despreciar su cuerpo” (*Homilias sobre el Éxodo* XIII, 3).

Y podemos hacer nuestro también el consejo que san Jerónimo dirige al sacerdote Nepoziano (y que el Papa refiere en VD 72): «Lee con mucha frecuencia las divinas Escrituras; más aún, que nunca dejes de tener el Libro santo en tus manos. Aprende aquí lo que tú tienes que enseñar» (*Carta* 52,7).

Y si así lo entendemos y vivimos, “levantamos al alma que está caída, calmamos a la que está irritada, cortamos lo superfluo, completamos lo que falta y hacemos todo lo que por nuestra parte contribuye a la salud del alma”, nos exhorta Juan Crisóstomo (*Diálogo sobre el sacerdocio* IV, 3).

Permitidme concluir con palabras contemporáneas que tomo prestadas de Enzo Bianchi, prior de la comuni-

dad monástica de Bose (en la provincia de Biella, en la región italiana del Piamonte), y dirigidas a los sacerdotes: “Sin la Palabra de Dios no sois nada en la Iglesia; sin la Palabra de Dios no tenéis nada que decir a la Iglesia. Sin la Palabra de Dios, todo vuestro empeño no sirve para nada”.

NOTAS:

- 1 Cf. J. S. BÉJAR BACAS, ‘La Palabra de Dios y su revelación: el cristianismo más allá del libro’, *Reseña Bíblica* 58 (2008) 33-42.
- 2 J. Ratzinger, el hoy Benedicto XVI, elaboró su tesis de habilitación para la libre docencia sobre *La teología de la historia en san Buenaventura* (1959).



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

La Iglesia lanza la Campaña de la Renta 2011

Martes, 17 de Mayo de 2011

El Secretariado para el Sostenimiento de la Iglesia, de la Conferencia Episcopal Española (CEE), ha puesto en marcha la Campaña de la Renta 2011 con el objetivo de animar a los católicos y a todas las personas que aprecian la labor de la Iglesia, a marcar la X en la Declaración de la Renta. Para ello, y en continuidad con las campañas anteriores, utiliza la marca XTANTOS que explica sintéticamente con su logotipo lo que la Iglesia pretende transmitir: la labor que desempeña y la necesidad de que cada vez más personas se comprometan para que pueda seguir ayudando a “tantos” que lo necesitan.

Nueva creatividad publicitaria

Este año se ha optado por una nueva creatividad publicitaria en diferentes formatos. El spot de televisión se emitirá en cadenas nacionales desde el 18 de mayo hasta el 11 de junio, las inserciones en prensa generalista comenzarán el 24 de mayo y concluirán el 21 de junio, y las cuñas radiofónicas podrán escucharse desde el 6 al 22 de junio.

Además, en esta ocasión, como novedades, se han programado mencio-

nes publicitarias en radio y televisión (desde el 25 de abril al 8 de mayo) y se han elaborado diferentes spots para medios digitales y redes sociales. Estos spots informan sobre cómo funciona el mecanismo de asignación tributaria y muestra la labor que lleva a cabo la Iglesia. Se pusieron en marcha el 25 de abril y pueden verse hasta el 27 de junio.

Asimismo, del 23 de mayo al 5 de junio la campaña estará presente en 1.250 vallas publicitarias distribuidas en las principales ciudades españolas.

Como viene siendo habitual en los últimos años, se ha lanzado también una publicación con formato de periódico (XTANTOS), que cuenta con noticias, artículos de opinión, entrevistas y reportajes en torno al sostenimiento económico de la Iglesia. Se ha realizado una tirada de 2 millones de ejemplares, un millón para distribuir en parroquias y otro para encartar en los principales diarios nacionales.

Todos estos contenidos están disponibles en la página web (<http://www.portantos.com/>) y en la web de la CEE (www.conferenciaepiscopal.es).

Cada año son más las personas que marcan la X a favor de la Iglesia

En la última declaración de la Renta, de 2010, correspondiente al IRPF de 2009, el número de declaraciones con asignación a favor de la Iglesia Católica se incrementó en 65.983. El número total de declaraciones a favor de la Iglesia se elevó a 7.260.138. En tan solo tres años, se ha producido un aumento de casi 800.000 declaraciones. Si tenemos en cuenta que un buen número de ellas son conjuntas, podemos estimar que, en el último ejercicio, 9 millones de contribuyentes asignaron a favor de la Iglesia Católica.

El porcentaje subió casi medio punto y ascendió a un 34,75%, aunque la recaudación fue de 249.456.822 euros (3.225.724 euros menos que el año anterior); un dato muy positivo, en el contexto general de crisis económica, dado que las previsiones que se tenían

en relación con la recaudación del IRPF y su impacto en la cuota íntegra del impuesto, que se utiliza como base para la asignación, eran pesimistas.

Ni se paga más, ni te devuelven menos

Desde 2008, el sostenimiento de la Iglesia depende exclusivamente de los católicos y de todas aquellas personas que reconocen la labor de la Iglesia. Quienes libremente quieran hacerlo, pueden marcar la casilla de la Iglesia Católica en su Declaración de la Renta. Un 0,7 por ciento de sus impuestos se dedicará así, sin coste adicional para el contribuyente, a la ingente labor que la Iglesia desarrolla. Este sencillo gesto no le supone a nadie ni pagar más, ni que le devuelvan menos. Si se quiere marcar la casilla llamada "Fines sociales" es posible hacerlo al mismo tiempo que se marca la de la Iglesia. El Estado dedicará entonces un 0,7% a esos "fines" y un 0,7% a la Iglesia.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL**SANTO PADRE, BENEDICTO XVI****ÁNGELUS**

Plaza de San Pedro. Domingo de Ramos, 17 de abril de 2011.

Saludo con alegría a los peregrinos de lengua francesa. Siguiendo a Jesús, que camina hacia su pasión y su resurrección, acogamos de corazón su enseñanza en nuestra vida. Que su luz ilumine nuestros juicios y nuestras decisiones. Queridos jóvenes, permaneced arraigados en Cristo y firmes en la fe. Así seréis testigos gozosos e incansables del amor infinito de Dios para nosotros hoy. Que la Virgen María nos acompañe en nuestra subida hacia la Pascua.

Saludo a todos los peregrinos y visitantes de lengua inglesa presentes aquí en Roma este domingo de Ramos, mientras toda la Iglesia canta «¡Hosanna al Hijo de David!», conmemorando la solemne entrada de nuestro Señor en Jerusalén en los días que llevan a su pasión y muerte. Saludo en particular a todos los jóvenes presentes y pienso en la celebración de la Jornada mundial de la juventud en Madrid este verano con miles y miles de jóvenes de todo el mundo.

Saludo cordialmente a todos los peregrinos y visitantes de lengua alemana. En la liturgia del domingo de Ramos, a

la exclamación «¡Hosanna!» durante la entrada del Señor en Jerusalén, siguen los gritos: «¡Crucifícalo!» en la Pasión. Las dos expresiones están muy cercanas y manifiestan la inestabilidad del corazón humano. Pidamos al Señor en esta Semana Santa que nos ayude a permanecer en la fidelidad a él. Que nos dé, por eso, la gracia que proviene de su muerte y su resurrección. Una bendición a todos para la Semana Santa.

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española y los animo a vivir las celebraciones de la pasión del Rey de la gloria, para alcanzar la plenitud de lo que estas fiestas significan y contienen. Me dirijo ahora en particular a vosotros, queridos jóvenes, para que me acompañéis en la Jornada mundial de la juventud, que tendrá lugar en Madrid el próximo mes de agosto, bajo el lema: «Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe».

Hoy pienso también en Colombia, donde el próximo Viernes Santo se celebra la Jornada de oración por las víctimas de la violencia. Me uno espiritualmente a esta importante iniciativa y exhorto encarecidamente a los colombianos a participar en ella, al mismo tiempo que pido a Dios por

cuantos en esa amada nación han sido despojados vilmente de su vida y sus haberes. Renuevo mi urgente llamado a la conversión, al arrepentimiento y a la reconciliación. ¡No más violencia en Colombia! ¡Que reine en ella paz!

Saludo cordialmente a los jóvenes y demás peregrinos de lengua portuguesa, deseándoles una Semana Santa llena de frutos espirituales, viviéndola unidos a la Virgen María, para aprender de ella a escuchar a Dios en el silencio interior, a ver a los demás con corazón puro y a seguir a Jesús con fe amorosa por el camino del Calvario, que lleva a la alegría de la resurrección. Nos vemos en Madrid, si Dios quiere.

Dirijo un cordial saludo a los peregrinos procedentes de Polonia, especialmente a los jóvenes que se preparan para el encuentro mundial en Madrid. Permitidme que hoy, domingo de la Pasión del Señor, os repita las palabras del Mensaje para esta jornada: la cruz de Cristo «es el “sí” de Dios al hombre, la expresión máxima de su amor y la fuente de donde mana la vida eterna. (...) Por eso, quiero invitaros a acoger la cruz de Jesús, signo del amor de Dios, como fuente de vida nueva» (*L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 5 de septiembre de 2010, p. 7*). ¡Que Dios os bendiga!

Saludo con afecto, por último, a los peregrinos de lengua italiana, especialmente a los jóvenes, a los que doy cita en Madrid para la Jornada mundial

de la juventud, en el próximo mes de agosto.

Y ahora nos dirigimos en oración a María, para que nos ayude a vivir con intensa fe la Semana Santa. También María exultó en el espíritu cuando Jesús hizo su entrada en Jerusalén, cumpliendo las profecías; pero su corazón, como el de su Hijo, estaba preparado para el sacrificio. Aprendamos de ella, Virgen fiel, a seguir al Señor también cuando el camino lleva a la cruz.

***Castelgandolfo. Lunes del Ángel,
25 de abril de 2011***

Queridos hermanos y hermanas:

Surrexit Dominus vere! Alleluja! La Resurrección del Señor marca la renovación de nuestra condición humana. Cristo ha derrotado la muerte, causada por nuestro pecado, y nos reconduce a la vida inmortal. De ese acontecimiento brota toda la vida de la Iglesia y la existencia misma de los cristianos. Lo leemos precisamente hoy, lunes del Ángel, en el primer discurso misionero de la Iglesia naciente: «A este Jesús -proclama el apóstol Pedro- lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo ha derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo» (*Hch 2, 32-33*). Uno de los signos característicos de la fe en la

Resurrección es el saludo entre los cristianos en el tiempo pascual, inspirado en un antiguo himno litúrgico: «¡Cristo ha resucitado! ¡Ha resucitado verdaderamente!». Es una profesión de fe y un compromiso de vida, precisamente como aconteció a las mujeres descritas en el Evangelio de san Mateo: «De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: “Alegraos”. Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante él. Jesús les dijo: “No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán» (28, 9-10). «Toda la Iglesia -escribe el siervo de Dios Pablo VI- recibe la misión de evangelizar, y la actividad de cada miembro constituye algo importante para el conjunto. Permanece como un signo, opaco y luminoso al mismo tiempo, de una nueva presencia de Jesucristo, de su partida y de su permanencia. Ella lo prolonga y lo continúa» (*Ex. ap. Evangelii nuntiandi*, 8 de diciembre de 1975, n. 15: AAS 68 [1976] 14).

¿Cómo podemos encontrar al Señor y ser cada vez más sus auténticos testigos? San Máximo de Turín afirma: «Quien quiera encontrar al Salvador, lo primero que debe hacer es ponerlo con su fe a la diestra de la divinidad y colocarlo con la persuasión del corazón en los cielos» (*Sermo XXXIX A*, 3: CCL 23, 157), es decir, debe aprender a dirigir constantemente la mirada de la mente y del corazón hacia la altura de Dios, donde está Cristo resucitado. Por consiguiente, en la oración, en la adoración, Dios encuentra al hombre.

El teólogo Romano Guardini observa que «la adoración no es algo accesorio, secundario (...). Se trata del interés último, del sentido y del ser. En la adoración el hombre reconoce lo que vale en sentido puro, sencillo y santo» (*La Pasqua, Meditazioni*, Brescia 1995, p. 62). Sólo si sabemos dirigirnos a Dios, orar a él, podemos descubrir el significado más profundo de nuestra vida, y el camino diario queda iluminado por la luz del Resucitado.

Queridos amigos, la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente, hoy festeja a san Marcos evangelista, sabio anunciador del Verbo y escritor de las doctrinas de Cristo, como se lo definía antiguamente. Él es también el patrono de la ciudad de Venecia, a donde, si Dios quiere, iré en visita pastoral los días 7 y 8 del próximo mes de mayo. Invoquemos ahora a la Virgen María, para que nos ayude a cumplir fielmente y con alegría la misión que el Señor resucitado nos encomienda a cada uno.

Plaza de San Pedro. Domingo, 1 de mayo de 2011

Saludo con alegría a las delegaciones oficiales, a las autoridades civiles y militares de los países de lengua francesa, así como a los cardenales, los obispos, los sacerdotes y los numerosos peregrinos venidos a Roma para la beatificación. Queridos amigos, que la vida y la obra del beato, Juan Pablo II, sea

fuelle de un compromiso renovado al servicio de todos los hombres y de todo el hombre. Le pido a él que bendiga los esfuerzos de cada uno para construir una civilización del amor, en el respeto de la dignidad de cada persona humana, creada a imagen de Dios, con una atención particular a la que es más frágil. Con él seguid las huellas luminosas de los beatos y los santos de vuestros países. Que la Virgen María os acompañe. Con mi bendición.

Saludo a los visitantes de habla inglesa presentes en la misa de hoy. De modo particular, doy la bienvenida a las distinguidas autoridades civiles y representantes de todas las naciones del mundo que se unen a nosotros para honrar al beato Juan Pablo II. Que su ejemplo de fe firme en Cristo, Redentor del hombre, nos impulse a vivir plenamente la nueva vida que celebramos en Pascua, a ser iconos de la divina misericordia y a trabajar por un mundo en el que se respeten y promuevan la dignidad y los derechos de todo hombre, mujer y niño. Confiando en vuestras oraciones, invoco de corazón sobre vosotros y sobre vuestras familias la paz del Salvador resucitado.

Con gran alegría saludo a todos los hermanos y hermanas de lengua alemana, entre ellos a los hermanos en el episcopado y a las distintas delegaciones gubernamentales. El beato Papa, Juan Pablo II, sigue todavía vivo ante nuestros ojos, al igual que cuando nos anunció la lozanía del Evangelio, y en-

carnó a través de su acción la misericordia de Dios y el amor de Cristo. Pidamos al nuevo beato que seamos testigos gozosos de la presencia de Dios en el mundo. Que la paz del Señor resucitado os acompañe a todos en vuestro camino.

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española, y en especial a los cardenales, obispos, sacerdotes, religiosos, seminaristas y numerosos fieles, así como a las delegaciones oficiales y autoridades civiles de España y Latinoamérica. El nuevo beato recorrió incansable vuestras tierras, caracterizadas por la confianza en Dios, el amor a María y el afecto al Sucesor de Pedro, sintiendo en cada uno de sus viajes el calor de vuestra estima sincera y entrañable. Os invito a seguir el ejemplo de fidelidad y amor a Cristo y a la Iglesia, que nos dejó como preciosa herencia. Que desde el cielo os acompañe siempre su intercesión, para que la fe de vuestros pueblos se mantenga en la solidez de sus raíces, y la paz y la concordia favorezcan el progreso necesario de vuestras gentes. Que Dios os bendiga.

Dirijo un cordial saludo a los peregrinos de lengua portuguesa, de modo especial a los cardenales, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, y numerosos fieles, así como a las delegaciones oficiales de los países de habla portuguesa venidos para la beatificación del Papa, Juan Pablo II. A todos deseo la abundancia de los dones del cielo por intercesión del nuevo beato, cuyo testi-

monio debe seguir resonando en vuestro corazón y en vuestros labios, repitiendo como él al inicio de su pontificado: «¡No tengáis miedo! Abrid, más aún, ¡abrid de par en par las puertas a Cristo!». Que Dios os bendiga.

Mi cordial saludo va a los polacos participantes en esta beatificación, tanto en persona como a través de los medios de comunicación. Saludo a los cardenales, los obispos, los presbíteros, las personas consagradas y a todos los fieles. Saludo a las autoridades del Estado y de las regiones, comenzando por el señor presidente de la República. Os encomiendo a todos a la intercesión de vuestro beato compatriota, el Papa, Juan Pablo II. Que él obtenga para vosotros y para su patria terrena el don de la paz, de la unidad y de toda prosperidad.

Dirijo, por último, mi cordial saludo al presidente de la República italiana y a su séquito, con un especial agradecimiento a las autoridades italianas por su apreciada colaboración en la organización de estas jornadas de fiesta. Y ¿cómo podría dejar de mencionar aquí a todos los que han preparado, desde hace tiempo y con gran generosidad, este acontecimiento: mi diócesis de Roma con el cardenal Vallini, el ayuntamiento de la ciudad con su alcalde, todas las fuerzas del orden y las diversas organizaciones, asociaciones, los numerosos voluntarios y cuantos, también individualmente, se han mostrado disponibles para dar su contribución?

Mi agradecimiento va también a las instituciones y a las oficinas vaticanas. En tanto empeño veo un signo de gran amor hacia el beato, Juan Pablo II. Por último, dirijo mi más afectuoso saludo a todos los peregrinos -reunidos aquí en la plaza de San Pedro, en las calles adyacentes y en otros varios lugares de Roma- y a cuantos están unidos a nosotros mediante la radio y la televisión, cuyos dirigentes y operadores no han escatimado esfuerzos para ofrecer también a los que están lejos la posibilidad de participar en este gran día. A los enfermos y a los ancianos, hacia quienes el nuevo beato se sentía particularmente unido, llegue un saludo especial. Y ahora, en unión espiritual con el beato, Juan Pablo II, nos dirigimos con amor filial a María santísima, confiándole a ella, Madre de la Iglesia, el camino de todo el pueblo de Dios.

Plaza de San Pedro. Domingo, 15 de mayo de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

La liturgia del IV domingo de Pascua nos presenta uno de los iconos más bellos que, desde los primeros siglos de la Iglesia, han representado al Señor Jesús: el del buen Pastor. El Evangelio de san Juan, en el capítulo décimo, nos describe los rasgos peculiares de la relación entre Cristo pastor y su rebaño, una relación tan íntima que nadie podrá jamás arrebatarse las ovejas de su

mano. De hecho, están unidas a él por un vínculo de amor y de conocimiento recíproco, que les garantiza el don inconmensurable de la vida eterna. Al mismo tiempo, el Evangelista presenta la actitud del rebaño hacia el buen Pastor, Cristo, con dos verbos específicos: escuchar y seguir. Estos términos designan las características fundamentales de quienes viven el seguimiento del Señor. Ante todo, la escucha de su Palabra, de la que nace y se alimenta la fe. Sólo quien está atento a la voz del Señor es capaz de evaluar en su propia conciencia las decisiones correctas para obrar según Dios. De la escucha deriva, luego, el seguir a Jesús: se actúa como discípulos después de haber escuchado y acogido interiormente las enseñanzas del Maestro, para vivirlas cada día.

En este domingo, surge espontáneamente recordar a Dios a los pastores de la Iglesia y a quienes se están formando para ser pastores. Os invito, por tanto, a una oración especial por los obispos -incluido el Obispo de Roma-, por los párrocos, por todos aquellos que tienen responsabilidades en la guía del rebaño de Cristo, para que sean fieles y sabios al desempeñar su ministerio. En particular, recemos por las vocaciones al sacerdocio en esta Jornada mundial de oración por las vocaciones, para que no falten nunca obreros válidos en la mies del Señor. Hace setenta años, el venerable Pío XII, instituyó la Obra pontificia para las vocaciones sacerdotales. La feliz intuición de mi predecesor se fundaba en la convicción de que las vocaciones

crecen y maduran en las Iglesias particulares, ayudadas por ambientes familiares sanos y robustecidos por espíritu de fe, de caridad y de piedad. En el mensaje que envié para esta Jornada mundial, subrayé que una vocación se realiza cuando se sale «de su propia voluntad cerrada en sí misma, de su idea de autorrealización, para sumergirse en otra voluntad, la de Dios, y dejarse guiar por ella» (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 13 de febrero de 2011, p. 4). También en este tiempo, en el que la voz del Señor corre el riesgo de verse ahogada por muchas otras voces, cada comunidad eclesial está llamada a promover y cuidar las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. En efecto, los hombres siempre tienen necesidad de Dios, también en nuestro mundo tecnológico, y siempre habrá necesidad de pastores que anuncien su Palabra y que ayuden a encontrar al Señor en los sacramentos.

Queridos hermanos y hermanas, fortalecidos por la alegría pascual y por la fe en el Resucitado, confiemos nuestros propósitos y nuestras intenciones a la Virgen María, madre de toda vocación, para que con su intercesión suscite y sostenga numerosas y santas vocaciones al servicio de la Iglesia y del mundo.

Después del Regina Caeli

Queridos hermanos y hermanas, como sabéis, la beatificación del Papa, Juan Pablo II, ha tenido una resonan-

cia mundial. Hay otros testigos ejemplares de Cristo, mucho menos conocidos, que la Iglesia señala con alegría a la veneración de los fieles. Hoy, en Wurzburg, Alemania, es proclamado beato Georg Häfner, sacerdote diocesano, que murió mártir en el campo de concentración de Dachau; y el pasado sábado 7 de mayo, en Pozzuoli, fue beatificado otro presbítero, Giustino Maria Russolillo, fundador de la Sociedad de las Divinas Vocaciones. Demos gracias al Señor porque no permite que falten santos sacerdotes a su Iglesia.

Llamamiento

Sigo con gran preocupación el dramático conflicto armado que, en Libia, ha causado un elevado número de víctimas y de sufrimientos, sobre todo entre la población civil. Renuevo un apremiante llamamiento

para que la senda de la negociación y del diálogo prevalezca sobre la de la violencia, con la ayuda de los organismos internacionales que se están esforzando por buscar una solución a la crisis. Aseguro, además, mi orante y sentida participación en el empeño con el que la Iglesia local asiste a la población, en particular a través de las personas consagradas presentes en los hospitales.

Mi pensamiento va también a Siria, donde urge restablecer una convivencia basada en la concordia y en la unidad. Pido a Dios que no haya más derramamiento de sangre en esa patria de grandes religiones y civilizaciones, e invito a las autoridades y a todos los ciudadanos a no escatimar ningún esfuerzo en la búsqueda del bien común y en la acogida de las legítimas aspiraciones a un futuro de paz y de estabilidad.

AUDIENCIAS GENERALES

Plaza de San Pedro. Miércoles, 20 de abril de 2011

Triduo Pascual

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos llegado ya al corazón de la Semana Santa, culmen del camino cuaresmal. Mañana entraremos en el

Triduo Pascual, los tres días santos en los que la Iglesia conmemora el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. El Hijo de Dios, al hacerse hombre por obediencia al Padre, llegando a ser en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado (cf. *Hb* 4, 15), aceptó cumplir hasta el fondo su voluntad, afrontar por amor a nosotros la pasión y la cruz, para hacernos partí-

cipes de su resurrección, a fin de que en él y por él podamos vivir para siempre en la consolación y en la paz. Os exhorto, por tanto, a acoger este misterio de salvación, a participar intensamente en el Triduo pascual, fulcro de todo el año litúrgico y momento de gracia especial para todo cristiano; os invito a buscar en estos días el recogimiento y la oración, a fin de beber más profundamente en este manantial de gracia. Al respecto, con vistas a las festividades inminentes, todo cristiano está invitado a celebrar el sacramento de la Reconciliación, momento de especial adhesión a la muerte y resurrección de Cristo, para poder participar con mayor fruto en la santa Pascua.

El Jueves Santo es el día en que se conmemora la institución de la Eucaristía y del sacerdocio ministerial. Por la mañana, cada comunidad diocesana, congregada en la iglesia catedral en torno a su obispo, celebra la Misa Crismal, en la que se bendicen el santo Crisma, el óleo de los catecúmenos y el óleo de los enfermos. Desde el Triduo Pascual y durante todo el año litúrgico, estos óleos se usarán para los sacramentos del Bautismo, la Confirmación, las Ordenaciones sacerdotal y episcopal, y la Unción de los enfermos; así se evidencia que la salvación, transmitida por los signos sacramentales, brota precisamente del Misterio pascual de Cristo. En efecto, hemos sido redimidos con su muerte y resurrección y, mediante los sacramentos, bebemos en esa misma fuente salvífica. Durante

la Misa Crismal, mañana, tiene lugar también la renovación de las promesas sacerdotales. En todo el mundo, cada sacerdote renueva los compromisos que asumió el día de su Ordenación, para consagrarse totalmente a Cristo en el ejercicio del sagrado ministerio al servicio de los hermanos. Acompañemos a nuestros sacerdotes con nuestra oración.

El Jueves Santo, por la tarde, comienza efectivamente el Triduo Pascual, con la memoria de la Última Cena, en la que Jesús instituyó el Memorial de su Pascua, cumpliendo así el rito pascual judío. De acuerdo con la tradición, cada familia judía, reunida en torno a la mesa en la fiesta de Pascua, come el cordero asado, conmemorando la liberación de los israelitas de la esclavitud de Egipto; así, en el Cenáculo, consciente de su muerte inminente, Jesús, verdadero Cordero pascual, se ofrece a sí mismo por nuestra salvación (cf. *1 Co* 5, 7). Al pronunciar la bendición sobre el pan y sobre el vino, anticipa el sacrificio de la cruz y manifiesta la intención de perpetuar su presencia en medio de los discípulos: bajo las especies del pan y del vino, se hace realmente presente con su cuerpo entregado y con su sangre derramada. Durante la Última Cena los Apóstoles son constituidos ministros de este sacramento de salvación; Jesús les lava los pies (cf. *Jn* 13, 1-25), invitándolos a amarse los unos a los otros como él los ha amado, dando la vida por ellos. Repitiendo este gesto en la liturgia, también nosotros

estamos llamados a testimoniar efectivamente el amor de nuestro Redentor.

El Jueves Santo, por último, se concluye con la adoración eucarística, recordando la agonía del Señor en el huerto de Getsemaní. Al salir del Cenáculo, Jesús se retiró a orar, solo, en presencia del Padre. Los Evangelios narran que, en ese momento de comunión profunda, Jesús experimentó una gran angustia, un sufrimiento tal que le hizo sudar sangre (cf. *Mt* 26, 38). Consciente de su muerte inminente en la cruz, siente una gran angustia y la cercanía de la muerte. En esta situación, aparece también un elemento de gran importancia para toda la Iglesia. Jesús dice a los suyos: permaneced aquí y velad. Y esta invitación a la vigilancia atañe precisamente a este momento de angustia, de amenaza, en la que llegará el traidor, pero también concierne a toda la historia de la Iglesia. Es un mensaje permanente para todos los tiempos, porque la somnolencia de los discípulos no sólo era el problema de ese momento, sino que es el problema de toda la historia. La cuestión es en qué consiste esta somnolencia, en qué consistiría la vigilancia a la que el Señor nos invita. Yo diría que la somnolencia de los discípulos a lo largo de la historia consiste en cierta insensibilidad del alma ante el poder del mal, una insensibilidad ante todo el mal del mundo. Nosotros no queremos dejarnos turbar demasiado por estas cosas, queremos olvidarlas; pensamos que tal vez no sea tan grave, y olvidamos. Y no es sólo in-

sensibilidad ante el mal, mientras deberíamos velar para hacer el bien, para luchar por la fuerza del bien. Es insensibilidad ante Dios: ésta es nuestra verdadera somnolencia; esta insensibilidad ante la presencia de Dios que nos hace insensibles también ante el mal. No sentimos a Dios -nos molestaría- y así naturalmente no sentimos tampoco la fuerza del mal y permanecemos en el camino de nuestra comodidad. La adoración nocturna del Jueves Santo, el estar velando con el Señor, debería ser precisamente el momento para hacernos reflexionar sobre la somnolencia de los discípulos, de los defensores de Jesús, de los apóstoles, de nosotros, que no vemos, no queremos ver toda la fuerza del mal, y que no queremos entrar en su pasión por el bien, por la presencia de Dios en el mundo, por el amor al prójimo y a Dios.

Luego, el Señor comienza a orar. Los tres apóstoles -Pedro, Santiago y Juan- duermen, pero alguna vez se despiertan y escuchan el estribillo de esta oración del Señor: «No se haga mi voluntad, sino la tuya». ¿Qué es mi voluntad? ¿Qué es tu voluntad, de la que habla el Señor? Mi voluntad es «que no debería morir», que se le evite ese cáliz del sufrimiento; es la voluntad humana, de la naturaleza humana, y Cristo siente, con toda la conciencia de su ser, la vida, el abismo de la muerte, el terror de la nada, esta amenaza del sufrimiento. Y siente el abismo del mal más que nosotros, que tenemos esta aversión natural contra la muerte, este

miedo natural a la muerte. Además de la muerte, siente también todo el sufrimiento de la humanidad. Siente que todo esto es el cáliz que debe beber, que debe obligarse a beber, aceptar el mal del mundo, todo lo que es terrible, la aversión contra Dios, todo el pecado. Y podemos entender que Jesús, con su alma humana, sienta terror ante esta realidad, que percibe en toda su crueldad: mi voluntad sería no beber el cáliz, pero mi voluntad está subordinada a tu voluntad, a la voluntad de Dios, a la voluntad del Padre, que es también la verdadera voluntad del Hijo. Así Jesús, en esta oración, transforma la aversión natural, la aversión contra el cáliz, contra su misión de morir por nosotros; transforma esta voluntad natural suya en voluntad de Dios, en un «sí» a la voluntad de Dios. El hombre de por sí siente la tentación de oponerse a la voluntad de Dios, de tener la intención de seguir su propia voluntad, de sentirse libre sólo si es autónomo; opone su propia autonomía a la heteronomía de seguir la voluntad de Dios. Éste es todo el drama de la humanidad. Pero, en realidad, esta autonomía está equivocada y este entrar en la voluntad de Dios no es oponerse a sí mismo, no es una esclavitud que violenta mi voluntad, sino que es entrar en la verdad y en el amor, en el bien. Y Jesús tira de nuestra voluntad, que se opone a la voluntad de Dios, que busca autonomía; tira de nuestra voluntad hacia lo alto, hacia la voluntad de Dios. Éste es el drama de nuestra redención, que Jesús eleva hacia lo alto nuestra vo-

luntad, toda nuestra aversión contra la voluntad de Dios, y nuestra aversión contra la muerte y el pecado, y la une a la voluntad del Padre: «No se haga mi voluntad, sino la tuya». En esta transformación del «no» en un «sí», en esta inserción de la voluntad de la criatura en la voluntad del Padre, él transforma la humanidad y nos redime. Y nos invita a entrar en este movimiento suyo: salir de nuestro «no» y entrar en el «sí» del Hijo. Mi voluntad está allí, pero es decisiva la voluntad del Padre, porque esta es la verdad y el amor.

Hay otro elemento de esta oración que me parece importante. Los tres testimonios han conservado -como se puede constatar en la Sagrada Escritura- la palabra hebrea o aramea con la que el Señor habló al Padre; lo llamó: «Abbá», padre. Pero esta fórmula, «Abbá», es una forma familiar del término padre, una forma que sólo se usa en familia, que nunca se había usado refiriéndose a Dios. Aquí vemos la intimidad de Jesús, que habla en familia, habla verdaderamente como Hijo con el Padre. Vemos el misterio trinitario: el Hijo que habla con el Padre y redime a la humanidad.

Otra observación. La carta a los Hebreos nos ha dado una profunda interpretación de esta oración del Señor, de este drama de Getsemaní. Dice: estas lágrimas de Jesús, esta oración, estos gritos de Jesús, esta angustia, todo esto no es simplemente una concesión a la debilidad de la carne, como se podría decir. Precisamente así realiza la fun-

ción del Sumo Sacerdote, porque el Sumo Sacerdote debe llevar al ser humano, con todos sus problemas y sufrimientos, a la altura de Dios. Y la carta a los Hebreos dice: con todos estos gritos, lágrimas, sufrimientos, oraciones, el Señor ha llevado nuestra realidad a Dios (cf. *Hb* 5, 7 ss). Y usa la palabra griega *prosperein*, que es el término técnico para indicar lo que debe hacer el Sumo Sacerdote: ofrecer, alzar sus manos.

Precisamente en este drama de Getsemaní, donde parece que ya no está presente la fuerza de Dios, Jesús realiza la función del Sumo Sacerdote. Y dice además que en este acto de obediencia, es decir, de conformación de la voluntad natural humana a la voluntad de Dios, se perfecciona como sacerdote. Y usa de nuevo la palabra técnica para ordenar sacerdote. Precisamente así se convierte realmente en el Sumo Sacerdote de la humanidad y así abre el cielo y la puerta a la resurrección.

Si reflexionamos sobre este drama de Getsemaní, podemos ver también el gran contraste entre Jesús con su angustia, con su sufrimiento, y el gran filósofo Sócrates, que permanece tranquilo y no se turba ante la muerte. Y esto parece lo ideal. Podemos admirar a este filósofo, pero la misión de Jesús era otra. Su misión no era esa total indiferencia y libertad; su misión era llevar en sí todo nuestro sufrimiento, todo el drama humano. Y por eso, precisamente esta humillación de Getsemaní es esencial para la misión del hombre-Dios. Él

lleva en sí nuestro sufrimiento, nuestra pobreza, y la transforma según la voluntad de Dios. Y así abre las puertas del cielo, abre el cielo: esta tienda del Santísimo, que hasta ahora el hombre ha cerrado contra Dios, queda abierta por este sufrimiento y obediencia de Jesús. Estas son algunas observaciones para el Jueves Santo, para nuestra celebración de la noche del Jueves Santo.

El Viernes Santo conmemoraremos la pasión y la muerte del Señor; adoraremos a Cristo crucificado; participaremos en sus sufrimientos con la penitencia y el ayuno. «Mirando al que traspasaron» (cf. *Jn* 19, 37), podremos acudir a su corazón desgarrado, del que brota sangre y agua, como a una fuente; de ese corazón, de donde mana el amor de Dios para cada hombre, recibimos su Espíritu. Acompañemos, por tanto, también nosotros a Jesús que sube al Calvario; dejémonos guiar por él hasta la cruz; recibamos la ofrenda de su cuerpo inmolado.

Por último, en la noche del Sábado Santo celebraremos la solemne Vigilia Pascual, en la que se nos anuncia la resurrección de Cristo, su victoria definitiva sobre la muerte, que nos invita a ser en él hombres nuevos. Al participar en esta santa Vigilia, en la noche central de todo el año litúrgico, conmemoraremos nuestro Bautismo, en el que también nosotros hemos sido sepultados con Cristo, para poder resucitar con él y participar en el banquete del cielo (cf. *Ap* 19, 7-9).

Queridos amigos, hemos tratado de comprender el estado de ánimo con que Jesús vivió el momento de la prueba extrema, para descubrir lo que orientaba su obrar. El criterio que guió cada opción de Jesús durante toda su vida fue su firme voluntad de amar al Padre, de ser uno con el Padre y de serle fiel; esta decisión de corresponder a su amor lo impulsó a abrazar, en toda circunstancia, el proyecto del Padre, a hacer suyo el designio de amor que le encomendó para recapitular en él todas las cosas, para reconducir a él todas las cosas. Al revivir el Triduo santo, dispongámos a acoger también nosotros en nuestra vida la voluntad de Dios, conscientes de que en la voluntad de Dios, aunque parezca dura, en contraste con nuestras intenciones, se encuentra nuestro verdadero bien, el camino de la vida. Que la Virgen Madre nos guíe en este itinerario, y nos obtenga de su Hijo divino la gracia de poder entregar nuestra vida por amor a Jesús, al servicio de nuestros hermanos. Gracias.

Plaza de San Pedro. Miércoles, 27 de abril de 2011

La Octava de Pascua

Queridos hermanos y hermanas:

En estos primeros días del tiempo pascual, que se prolonga hasta Pentecostés, estamos todavía llenos de la lozanía y de la alegría nueva que las

celebraciones litúrgicas han traído a nuestro corazón. Por tanto, hoy quiero reflexionar brevemente con vosotros sobre la Pascua, corazón del misterio cristiano. En efecto, todo tiene su inicio aquí: Cristo resucitado de entre los muertos, es el fundamento de nuestra fe. De la Pascua se irradia, como desde un centro luminoso, incandescente, toda la liturgia de la Iglesia, sacando de ella contenido y significado. La celebración litúrgica de la muerte y resurrección de Cristo no es una simple conmemoración de este acontecimiento, sino su actualización en el misterio, para la vida de todo cristiano y de toda comunidad eclesial, para nuestra vida. La fe en Cristo resucitado transforma la existencia, actuando en nosotros una resurrección continua, como escribía san Pablo a los primeros creyentes: «Antes sí erais tinieblas, pero ahora, sois luz por el Señor. Vivid como hijos de la luz; pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz» (*Ef* 5, 8-9).

Entonces, ¿cómo podemos hacer que la Pascua se convierta en «vida»? ¿Cómo puede asumir una «forma» pascual toda nuestra existencia interior y exterior? Debemos partir de la comprensión auténtica de la resurrección de Jesús: ese acontecimiento no es un simple retorno a la vida precedente, como lo fue para Lázaro, para la hija de Jairo o para el joven de Naím, sino que es algo completamente nuevo y distinto. La resurrección de Cristo es el paso hacia una vida que ya no está sometida a la caducidad del tiempo,

una vida inmersa en la eternidad de Dios. En la resurrección de Jesús, comienza una nueva condición del ser hombres, que ilumina y transforma nuestro camino de cada día y abre un futuro cualitativamente diferente y nuevo para toda la humanidad. Por ello, san Pablo no sólo vincula de manera inseparable la resurrección de los cristianos a la de Jesús (cf. *1 Co* 15, 16.20), sino que señala también cómo se debe vivir el misterio pascual en la cotidianidad de nuestra vida.

En la *carta a los Colosenses*, san Pablo dice: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra» (3, 1-2). A primera vista, al leer este texto, podría parecer que el Apóstol quiere favorecer el desprecio de la realidad terrena, es decir, invitando a olvidarse de este mundo de sufrimiento, de injusticias, de pecados, para vivir anticipadamente en un paraíso celestial. En este caso, el pensamiento del «cielo» sería una especie de alienación. Pero, para captar el sentido verdadero de estas afirmaciones paulinas, basta no separarlas de su contexto. El Apóstol precisa muy bien lo que entiende por «los bienes de allá arriba», que el cristiano debe buscar, y «los bienes de la tierra», de los cuales debe cuidarse. Los «bienes de la tierra» que es necesario evitar son ante todo: «Dad muerte -escribe san Pablo- a todo lo terreno que hay en vosotros: la fornicación, la impureza,

la pasión, la codicia y la avaricia, que es una idolatría» (3, 5-6). Dar muerte en nosotros al deseo insaciable de bienes materiales, al egoísmo, raíz de todo pecado. Por tanto, cuando el Apóstol invita a los cristianos a desprenderse con decisión de los «bienes de la tierra», claramente quiere dar a entender que eso pertenece al «hombre viejo» del cual el cristiano debe despojarse, para revestirse de Cristo.

Del mismo modo que explicó claramente cuáles son los bienes en los que no hay que fijar el propio corazón, con la misma claridad san Pablo nos señala cuáles son los «bienes de arriba», que el cristiano debe buscar y gustar. Atañen a lo que pertenece al «hombre nuevo», que se ha revestido de Cristo una vez para siempre en el Bautismo, pero que siempre necesita renovarse «a imagen de su Creador» (*Col* 3, 10). El Apóstol de los gentiles describe así esos «bienes de arriba»: «Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro (...). Y por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta» (*Col* 3, 12-14). Así pues, san Pablo está muy lejos de invitar a los cristianos, a cada uno de nosotros, a evadirse del mundo en el que Dios nos ha puesto. Es verdad que somos ciudadanos de otra «ciudad», donde está nuestra verdadera patria, pero el camino hacia esta meta debemos recorrerlo cada día en esta

tierra. Participando desde ahora en la vida de Cristo resucitado debemos vivir como hombres nuevos en este mundo, en el corazón de la ciudad terrena.

Éste es el camino no sólo para transformarnos a nosotros mismos, sino también para transformar el mundo, para dar a la ciudad terrena un rostro nuevo que favorezca el desarrollo del hombre y de la sociedad según la lógica de la solidaridad, de la bondad, con un respeto profundo de la dignidad propia de cada uno. El Apóstol nos recuerda cuáles son las virtudes que deben acompañar a la vida cristiana; en la cumbre está la caridad, con la cual todas las demás están relacionadas encontrando en ella su fuente y fundamento. La caridad resume y compendia «los bienes del cielo»: la caridad que, con la fe y la esperanza, representa la gran regla de vida del cristiano y define su naturaleza profunda.

La Pascua, por tanto, nos trae la novedad de un cambio profundo y total de una vida sujeta a la esclavitud del pecado a una vida de libertad, animada por el amor, fuerza que derriba toda barrera y construye una nueva armonía en el propio corazón y en la relación con los demás y con las cosas. Todo cristiano, así como toda comunidad, si vive la experiencia de este paso a la resurrección, no puede menos de ser fermento nuevo en el mundo, entregándose sin reservas en favor de las causas más urgentes y más justas, como demuestran los testimonios de

los santos de todas las épocas y todos los lugares. Son numerosas también las expectativas de nuestro tiempo: nosotros, los cristianos, creyendo firmemente que la resurrección de Cristo ha renovado al hombre sin sacarlo del mundo donde construye su historia, debemos ser los testigos luminosos de esta vida nueva que la Pascua ha traído. La Pascua es un don que se ha de acoger cada vez más profundamente en la fe, para poder actuar en cada situación, con la gracia de Cristo, según la lógica de Dios, la lógica del amor. La luz de la resurrección de Cristo debe penetrar nuestro mundo, debe llegar como mensaje de verdad y de vida a todos los hombres a través de nuestro testimonio de todos los días.

Queridos amigos: ¡Sí, Cristo ha resucitado verdaderamente! No podemos retener sólo para nosotros la vida y la alegría que él nos ha donado en su Pascua, sino que debemos donarla a cuantos están cerca de nosotros. Ésta es nuestra tarea y nuestra misión: hacer resucitar en el corazón del prójimo la esperanza donde hay desesperación, la alegría donde hay tristeza, la vida donde hay muerte. Testimoniar cada día la alegría del Señor resucitado significa vivir siempre en «forma pasqual» y hacer resonar el gozoso anuncio de que Cristo no es una idea o un recuerdo del pasado, sino una Persona que vive con nosotros, para nosotros y en nosotros; y con él, para él y en él podemos hacer nuevas todas las cosas (cf. *Ap* 21, 5).

Plaza de San Pedro. Miércoles, 4 de mayo de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero comenzar una nueva serie de catequesis. Después de las catequesis sobre los Padres de la Iglesia, sobre los grandes teólogos de la Edad Media, y sobre las grandes mujeres, ahora quiero elegir un tema que nos interesa mucho a todos: es el tema de la oración, de modo específico de la cristiana, es decir, la oración que Jesús nos enseñó y que la Iglesia sigue enseñándonos. De hecho, es en Jesús en quien el hombre se hace capaz de unirse a Dios con la profundidad y la intimidad de la relación de paternidad y de filiación. Por eso, juntamente con los primeros discípulos, nos dirigimos con humilde confianza al Maestro y le pedimos: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11, 1).

En las próximas catequesis, acudiendo a las fuentes de la Sagrada Escritura, la gran tradición de los Padres de la Iglesia, de los maestros de espiritualidad y de la liturgia, queremos aprender a vivir aún más intensamente nuestra relación con el Señor, casi una «escuela de oración». En efecto, sabemos bien que la oración no se debe dar por descontada: hace falta aprender a orar, casi adquiriendo siempre de nuevo este arte; incluso quienes van muy adelantados en la vida espiritual sienten siempre la necesidad de entrar en la escuela de Jesús para aprender a orar con au-

tenticidad. La primera lección nos la da el Señor con su ejemplo. Los Evangelios nos describen a Jesús en diálogo íntimo y constante con el Padre: es una comunión profunda de aquel que vino al mundo no para hacer su voluntad, sino la del Padre que lo envió para la salvación del hombre.

En esta primera catequesis, como introducción, quiero proponer algunos ejemplos de oración presentes en las antiguas culturas, para poner de relieve cómo, prácticamente siempre y por doquier, se han dirigido a Dios.

Comienzo por el antiguo Egipto, como ejemplo. Allí un hombre ciego, pidiendo a la divinidad que le restituyera la vista, atestigua algo universalmente humano, como es la pura y sencilla oración de petición hecha por quien se encuentra en medio del sufrimiento, y este hombre reza: «Mi corazón desea verte... Tú que me has hecho ver las tinieblas, crea la luz para mí. Que yo te vea. Inclina hacia mí tu rostro amado» (A. Barucq – F. Daumas, *Hymnes et prières de l'Égypte ancienne*, París 1980, trad. it. en *Preghiere dell'umanità*, Brescia 1993, p. 30). «Que yo te vea»: aquí está el núcleo de la oración.

En las religiones de Mesopotamia, dominaba un sentido de culpa arcano y paralizador, pero no carecía de esperanza de rescate y liberación por parte de Dios. Así podemos apreciar esta súplica de un creyente de aquellos antiguos cultos, que dice así: «Oh

Dios, que eres indulgente incluso en la culpa más grave, absuelve mi pecado... Mira, Señor, a tu siervo agotado, y sopla tu aliento sobre él: perdónalo sin dilación. Aligera tu castigo severo. Haz que yo, liberado de los lazos, vuelva a respirar; rompe mi cadena, líbrame de las ataduras» (M.-J. Seux, *Hymnes et prières aux Dieux de Babylonie et d'Assyrie*, París 1976, trad. it. en *Preghiere dell'umanità*, op. cit., p. 37). Estas expresiones demuestran que el hombre, en su búsqueda de Dios, ha intuitido, aunque sea confusamente, por una parte su culpa y, por otra, aspectos de misericordia y de bondad divina.

En el seno de la religión pagana de la antigua Grecia se produce una evolución muy significativa: las oraciones, aunque siguen invocando la ayuda divina para obtener el favor celestial en todas las circunstancias de la vida diaria y para conseguir beneficios materiales, se orientan progresivamente hacia peticiones más desinteresadas, que permiten al hombre creyente profundizar su relación con Dios y ser mejor. Por ejemplo, el gran filósofo Platón refiere una oración de su maestro, Sócrates, considerado con razón uno de los fundadores del pensamiento occidental. Sócrates rezaba así: «Haz que yo sea bello por dentro; que yo considere rico a quien es sabio y que sólo posea el dinero que puede tomar y llevar el sabio. No pido más» (*Opere I. Fedro 279c*, trad. it. P. Pucci, Bari 1966). Quisiera ser sobre todo bello por dentro y sabio, y no rico de dinero.

En esas excelsas obras maestras de la literatura de todos los tiempos que son las tragedias griegas, todavía hoy, después de veinticinco siglos, leídas, meditaciones y representadas, se encuentran oraciones que expresan el deseo de conocer a Dios y de adorar su majestad. Una de ellas reza así: «Oh Zeus, soporte de la tierra y que sobre la tierra tienes tu asiento, ser inescrutable, quienquiera que tú seas -ya necesidad de la naturaleza o mente de los hombres-, a ti dirijo mis súplicas. Pues conduces todo lo mortal conforme a la justicia por caminos silenciosos» (Eurípides, *Las Troianas*, 884-886, trad. it. G. Mancini, en *Preghiere dell'umanità*, op. cit., p. 54). Dios permanece un poco oculto, y aún así el hombre conoce a este Dios desconocido y reza a aquel que guía los caminos de la tierra.

También entre los romanos, que constituyeron el gran imperio en el que nació y se difundió en gran parte el cristianismo de los orígenes, la oración, aun asociada a una concepción utilitarista y fundamentalmente vinculada a la petición de protección divina sobre la vida de la comunidad civil, se abre a veces a invocaciones admirables por el fervor de la piedad personal, que se transforma en alabanza y acción de gracias. Lo atestigua un autor del África romana del siglo II después de Cristo, Apuleyo. En sus escritos manifiesta la insatisfacción de los contemporáneos respecto a la religión tradicional y el deseo de una relación más auténtica con Dios. En su obra maestra, titulada

Las metamorfosis, un creyente se dirige a una divinidad femenina con estas palabras: «Tú sí eres santa; tú eres en todo tiempo salvadora de la especie humana; tú, en tu generosidad, prestas siempre ayuda a los mortales; tú ofreces a los miserables en dificultades el dulce afecto que puede tener una madre. Ni día ni noche ni instante alguno, por breve que sea, pasa sin que tú lo colmes de tus beneficios» (Apuleyo de Madaura, *Metamorfosis IX*, 25, trad. it. C. Annaratone, en *Pregchiere dell'umanità*, op. cit., p. 79).

En ese mismo tiempo, el emperador Marco Aurelio -que también era filósofo pensador de la condición humana- afirma la necesidad de rezar para entablar una cooperación provechosa entre acción divina y acción humana. En su obra *Recuerdos* escribe: «¿Quién te ha dicho que los dioses no nos ayudan incluso en lo que depende de nosotros? Comienza, por tanto, a rezarles y véralas» (*Dictionnaire de spiritualité XII/2*, col. 2213). Este consejo del emperador filósofo fue puesto en práctica efectivamente por innumerables generaciones de hombres antes de Cristo, demostrando así que la vida humana sin la oración, que abre nuestra existencia al misterio de Dios, queda privada de sentido y de referencia. De hecho, en toda oración se expresa siempre la verdad de la criatura humana, que por una parte experimenta debilidad e indigencia, y por eso pide ayuda al cielo, y por otra está dotada de una dignidad extraordinaria, porque, preparándose a acoger

la Revelación divina, se descubre capaz de entrar en comunión con Dios.

Queridos amigos, en estos ejemplos de oraciones de las diversas épocas y civilizaciones, se constata la conciencia que tiene el ser humano de su condición de criatura y de su dependencia de Otro superior a él y fuente de todo bien. El hombre de todos los tiempos reza porque no puede menos de preguntarse cuál es el sentido de su existencia, que permanece oscuro y desalentador si no se pone en relación con el misterio de Dios y de su designio sobre el mundo. La vida humana es un entrelazamiento de bien y mal, de sufrimiento inmerecido y de alegría y belleza, que de modo espontáneo e irresistible nos impulsa a pedir a Dios aquella luz y aquella fuerza interiores que nos socorran en la tierra y abran una esperanza que vaya más allá de los confines de la muerte. Las religiones paganas son una invocación que, desde la tierra, espera una palabra del cielo. Uno de los últimos grandes filósofos paganos, que vivió ya en plena época cristiana, Proclo de Constantinopla, da voz a esta espera, diciendo: «Inconoscible, nadie te contiene. Todo lo que pensamos te pertenece. De ti vienen nuestros males y nuestros bienes. De ti dependen todos nuestros anhelos, oh Inefable, a quien nuestras almas sienten presente, elevando a ti un himno de silencio» (*Hymni*, ed. E. Vogt, Wiesbaden 1957, en *Pregchiere dell'umanità*, op. cit., p. 61).

En los ejemplos de oración de las diversas culturas, que hemos considerado, podemos ver un testimonio de la dimensión religiosa y del deseo de Dios inscrito en el corazón de todo hombre, que tienen su cumplimiento y expresión plena en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. La Revelación, en efecto, purifica y lleva a su plenitud el originario anhelo del hombre a Dios, ofreciéndole, en la oración, la posibilidad de una relación más profunda con el Padre celestial.

Al inicio de nuestro camino «en la escuela de la oración», pidamos pues al Señor que ilumine nuestra mente y nuestro corazón para que la relación con él en la oración sea cada vez más intensa, afectuosa y constante. Digámosle una vez más: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11, 1).

Plaza de San Pedro. Miércoles, 11 de mayo de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero seguir reflexionando sobre cómo la oración y el sentido religioso forman parte del hombre a lo largo de toda su historia.

Vivimos en una época en la que son evidentes los signos del laicismo. Parece que Dios ha desaparecido del horizonte de muchas personas o se ha convertido en una realidad ante la cual se

permanece indiferente. Sin embargo, al mismo tiempo vemos muchos signos que nos indican un despertar del sentido religioso, un redescubrimiento de la importancia de Dios para la vida del hombre, una exigencia de espiritualidad, de superar una visión puramente horizontal, material, de la vida humana. Analizando la historia reciente, se constata que ha fracasado la previsión de quienes, desde la época de la Ilustración, anunciaban la desaparición de las religiones y exaltaban una razón absoluta, separada de la fe, una razón que disiparía las tinieblas de los dogmas religiosos y disolvería el «mundo de lo sagrado», devolviendo al hombre su libertad, su dignidad y su autonomía frente a Dios. La experiencia del siglo pasado, con las dos trágicas guerras mundiales, puso en crisis aquel progreso que la razón autónoma, el hombre sin Dios, parecía poder garantizar.

El *Catecismo de la Iglesia católica* afirma: «Por la creación, Dios llama a todo ser desde la nada a la existencia... Incluso después de haber perdido, por su pecado, su semejanza con Dios, el hombre sigue siendo imagen de su Creador. Conserva el deseo de Aquél que lo llama a la existencia. Todas las religiones dan testimonio de esta búsqueda esencial de los hombres» (n. 2566). Podríamos decir -como mostré en la catequesis anterior- que, desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días, no ha habido ninguna gran civilización que no haya sido religiosa.

El hombre es religioso por naturaleza, es homo religiosus como es homo sapiens y homo faber: «El deseo de Dios -afirma también el *Catecismo*- está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios» (n. 27). La imagen del Creador está impresa en su ser y él siente la necesidad de encontrar una luz para dar respuesta a las preguntas que atañen al sentido profundo de la realidad; respuesta que no puede encontrar en sí mismo, en el progreso, en la ciencia empírica. El homo religiosus no emerge sólo del mundo antiguo, sino que atraviesa toda la historia de la humanidad. Al respecto, el rico terreno de la experiencia humana ha visto surgir diversas formas de religiosidad, con el intento de responder al deseo de plenitud y de felicidad, a la necesidad de salvación, a la búsqueda de sentido. El hombre «digital», al igual que el de las cavernas, busca en la experiencia religiosa los caminos para superar su finitud y para asegurar su precaria aventura terrena. Por lo demás, la vida sin un horizonte trascendente no tendría un sentido pleno, y la felicidad, a la que tendemos todos, se proyecta espontáneamente hacia el futuro, hacia un mañana que está todavía por realizarse. El concilio Vaticano II, en la declaración *Nostra aetate*, lo subrayó sintéticamente. Dice: «Los hombres esperan de las diferentes religiones una respuesta a los enigmas recónditos de la condición humana que, hoy como ayer, conmueven íntimamente sus corazones. ¿Qué es el hombre? [-¿Quién soy yo? -] ¿Cuál

es el sentido y el fin de nuestra vida? ¿Qué es el bien y qué el pecado? ¿Cuál es el origen y el fin del dolor? ¿Cuál es el camino para conseguir la verdadera felicidad? ¿Qué es la muerte, el juicio y la retribución después de la muerte? ¿Cuál es, finalmente, ese misterio último e inefable que abarca nuestra existencia, del que procedemos y hacia el que nos dirigimos?» (n. 1). El hombre sabe que no puede responder por sí mismo a su propia necesidad fundamental de entender. Aunque se haya creído y todavía se crea autosuficiente, sabe por experiencia que no se basta a sí mismo. Necesita abrirse a otro, a algo o a alguien, que pueda darle lo que le falta; debe salir de sí mismo hacia Aquel que pueda colmar la amplitud y la profundidad de su deseo.

El hombre lleva en sí mismo una sed de infinito, una nostalgia de eternidad, una búsqueda de belleza, un deseo de amor, una necesidad de luz y de verdad, que lo impulsan hacia el Absoluto; el hombre lleva en sí mismo el deseo de Dios. Y el hombre sabe, de algún modo, que puede dirigirse a Dios, que puede rezarle. Santo Tomás de Aquino, uno de los más grandes teólogos de la historia, define la oración como «expresión del deseo que el hombre tiene de Dios». Esta atracción hacia Dios, que Dios mismo ha puesto en el hombre, es el alma de la oración, que se reviste de muchas formas y modalidades según la historia, el tiempo, el momento, la gracia e incluso el pecado de cada orante. De hecho, la historia

del hombre ha conocido diversas formas de oración, porque él ha desarrollado diversas modalidades de apertura hacia el Otro y hacia el más allá, tanto que podemos reconocer la oración como una experiencia presente en toda religión y cultura.

Queridos hermanos y hermanas, como vimos el miércoles pasado, la oración no está vinculada a un contexto particular, sino que se encuentra inscrita en el corazón de toda persona y de toda civilización. Naturalmente, cuando hablamos de la oración como experiencia del hombre en cuanto tal, del homo orans, es necesario tener presente que es una actitud interior, antes que una serie de prácticas y fórmulas, un modo de estar frente a Dios, antes que de realizar actos de culto o pronunciar palabras. La oración tiene su centro y hunde sus raíces en lo más profundo de la persona; por eso no es fácilmente descifrable y, por el mismo motivo, se puede prestar a malentendidos y mistificaciones. También en este sentido podemos entender la expresión: rezar es difícil. De hecho, la oración es el lugar por excelencia de la gratuidad, del tender hacia el Invisible, el Inesperado y el Inefable. Por eso, para todos la experiencia de la oración es un desafío, una «gracia» que invocar, un don de Aquél al que nos dirigimos.

En la oración, en todas las épocas de la historia, el hombre se considera a sí mismo y su situación frente a Dios, a partir de Dios y en orden a Dios, y

experimenta que es criatura necesitada de ayuda, incapaz de conseguir por sí misma la realización plena de su propia existencia y de su propia esperanza. El filósofo Ludwig Wittgenstein recordaba que «orar significa sentir que el sentido del mundo está fuera del mundo». En la dinámica de esta relación con quien da sentido a la existencia, con Dios, la oración tiene una de sus típicas expresiones en el gesto de ponerse de rodillas. Es un gesto que entraña una radical ambivalencia: de hecho, puedo ser obligado a ponerme de rodillas -condición de indigencia y de esclavitud-, pero también puedo arrodillarme espontáneamente, confesando mi límite y, por tanto, mi necesidad de Otro. A él le confieso que soy débil, necesitado, «pecador». En la experiencia de la oración la criatura humana expresa toda la conciencia de sí misma, todo lo que logra captar de su existencia y, a la vez, se dirige toda ella al Ser frente al cual está; orienta su alma a aquel Misterio del que espera la realización de sus deseos más profundos y la ayuda para superar la indigencia de su propia vida. En este mirar a Otro, en este dirigirse «más allá» está la esencia de la oración, como experiencia de una realidad que supera lo sensible y lo contingente.

Sin embargo, la búsqueda del hombre sólo encuentra su plena realización en el Dios que se revela. La oración, que es apertura y elevación del corazón a Dios, se convierte así en una relación personal con él. Y aunque el hombre se olvide de su Creador, el Dios vivo y

verdadero no deja de tomar la iniciativa llamando al hombre al misterioso encuentro de la oración. Como afirma el *Catecismo*: «Esta iniciativa de amor del Dios fiel es siempre lo primero en la oración; la iniciativa del hombre es siempre una respuesta. A medida que Dios se revela, y revela al hombre a sí mismo, la oración aparece como un llamamiento recíproco, un hondo acontecimiento de alianza. A través de palabras y de acciones, tiene lugar un trance que compromete el corazón humano. Éste se revela a través de toda la historia de la salvación» (n. 2567).

Queridos hermanos y hermanas, aprendamos a permanecer más tiempo delante de Dios, del Dios que se reveló en Jesucristo; aprendamos a reconocer en el silencio, en lo más íntimo de nosotros mismos, su voz que nos llama y nos reconduce a la profundidad de nuestra existencia, a la fuente de la vida, al manantial de la salvación, para llevarnos más allá del límite de nuestra vida y abrirnos a la medida de Dios, a la relación con él, que es Amor Infinito. Gracias.

Plaza de San Pedro. Miércoles, 18 de mayo de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

En las dos últimas catequesis, hemos reflexionado sobre la oración como fenómeno universal, que, si bien con

formas distintas, está presente en las culturas de todos los tiempos. Hoy, en cambio, quiero comenzar un recorrido bíblico sobre este tema, que nos llevará a profundizar en el diálogo de alianza entre Dios y el hombre que anima la historia de salvación, hasta su culmen: la Palabra definitiva que es Jesucristo. En este camino, nos detendremos en algunos textos importantes y figuras paradigmáticas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Será Abraham, el gran patriarca, padre de todos los creyentes (cf. *Rm* 4, 11-12.16-17), quien nos ofrecerá el primer ejemplo de oración, en el episodio de la intercesión por las ciudades de Sodoma y Gomorra. Y también quiero invitaros a aprovechar el recorrido que haremos en las próximas catequesis para aprender a conocer mejor la Biblia -que espero tengáis en vuestras casas- y, durante la semana, deteneros a leerla y meditarla en la oración, para conocer la maravillosa historia de la relación entre Dios y el hombre, entre Dios que se comunica a nosotros y el hombre que responde, que reza.

El primer texto sobre el que vamos a reflexionar se encuentra en el capítulo 18 del libro del *Génesis*; se cuenta que la maldad de los habitantes de Sodoma y Gomorra estaba llegando a tal extremo que resultaba necesaria una intervención de Dios para realizar un acto de justicia y frenar el mal destruyendo aquellas ciudades. Aquí interviene Abraham con su oración de intercesión. Dios decide revelarle lo que está a punto de suceder y le da a cono-

cer la gravedad del mal y sus terribles consecuencias, porque Abraham es su elegido, escogido para convertirse en un gran pueblo y hacer que a todo el mundo llegue la bendición divina. Tiene una misión de salvación, que debe responder al pecado que ha invadido la realidad del hombre; a través de él, el Señor quiere reconducir a la humanidad a la fe, a la obediencia, a la justicia. Y ahora este amigo de Dios se abre a la realidad y a las necesidades del mundo, reza por los que están a punto de ser castigados y pide que sean salvados.

Abraham plantea enseguida el problema en toda su gravedad, y dice al Señor: «¿Es que vas a destruir al justo con el culpable? Si hay cincuenta justos en la ciudad, ¿los destruirás y no perdonarás el lugar por los cincuenta justos que hay en él? ¡Lejos de ti tal cosa! matar al justo con el culpable, de modo que la suerte del justo sea como la del culpable; ¡lejos de ti! El juez de toda la tierra, ¿no hará justicia?» (*Gn* 18, 23-25). Con estas palabras, con gran valentía, Abraham presenta a Dios la necesidad de evitar una justicia sumaria: si la ciudad es culpable, es justo condenar su delito e infligir el castigo, pero -afirma el gran patriarca- sería injusto castigar de modo indiscriminado a todos los habitantes. Si en la ciudad hay inocentes, estos no pueden ser tratados como los culpables. Dios, que es un juez justo, no puede actuar así, dice Abraham, con razón, a Dios.

Ahora bien, si leemos más atentamente el texto, nos damos cuenta de

que la petición de Abraham es aún más seria y profunda, porque no se limita a pedir la salvación para los inocentes. Abraham pide el perdón para toda la ciudad y lo hace apelando a la justicia de Dios. En efecto, dice al Señor: «Si hay cincuenta inocentes en la ciudad, ¿los destruirás y no perdonarás el lugar por los cincuenta inocentes que hay en él?» (v. 24b). De esta manera pone en juego una nueva idea de justicia: no la que se limita a castigar a los culpables, como hacen los hombres, sino una justicia distinta, divina, que busca el bien y lo crea a través del perdón que transforma al pecador, lo convierte y lo salva. Con su oración, por tanto, Abraham no invoca una justicia meramente retributiva, sino una intervención de salvación que, teniendo en cuenta a los inocentes, libre de la culpa también a los impíos, perdonándolos. El pensamiento de Abraham, que parece casi paradójico, se podría resumir así: obviamente no se puede tratar a los inocentes del mismo modo que a los culpables, esto sería injusto; por el contrario, es necesario tratar a los culpables del mismo modo que a los inocentes, realizando una justicia «superior», ofreciéndoles una posibilidad de salvación, porque si los malhechores aceptan el perdón de Dios y confiesan su culpa, dejándose salvar, no continuarán haciendo el mal, también ellos se convertirán en justos, con lo cual ya no sería necesario el castigo.

Es esta la petición de justicia que Abraham expresa en su intercesión,

una petición que se basa en la certeza de que el Señor es misericordioso. Abraham no pide a Dios algo contrario a su esencia; llama a la puerta del corazón de Dios pues conoce su verdadera voluntad. Ya que Sodoma es una gran ciudad, cincuenta justos parecen poca cosa, pero la justicia de Dios y su perdón, ¿no son acaso la manifestación de la fuerza del bien, aunque parece más pequeño y más débil que el mal? La destrucción de Sodoma debía frenar el mal presente en la ciudad, pero Abraham sabe que Dios tiene otros modos y otros medios para poner freno a la difusión del mal. Es el perdón el que interrumpe la espiral de pecado, y Abraham, en su diálogo con Dios, apela exactamente a esto. Y cuando el Señor acepta perdonar a la ciudad si encuentra cincuenta justos, su oración de intercesión comienza a descender hacia los abismos de la misericordia divina. Abraham -como recordamos- hace disminuir progresivamente el número de los inocentes necesarios para la salvación: si no son cincuenta, podrían bastar cuarenta y cinco, y así va bajando hasta llegar a diez, continuando con su súplica, que se hace audaz en la insistencia: «Quizá no se encuentren más de cuarenta.. treinta... veinte... diez» (cf. vv. 29.30.31.32). Y cuanto más disminuye el número, más grande se revela y se manifiesta la misericordia de Dios, que escucha con paciencia la oración, la acoge y repite después de cada súplica: «Perdonaré... no la destruiré... no lo haré» (cf. vv. 26.28.29.30.31.32).

Así, por la intercesión de Abraham, Sodoma podrá salvarse, si, en ella, se encuentran tan sólo diez inocentes. Ésta es la fuerza de la oración. Porque, a través de la intercesión, la oración a Dios por la salvación de los demás, se manifiesta y se expresa el deseo de salvación que Dios alimenta siempre hacia el hombre pecador. De hecho, el mal no puede aceptarse, hay que señalarlo y destruirlo a través del castigo: la destrucción de Sodoma tenía precisamente esta función. Pero el Señor no quiere la muerte del malvado, sino que se convierta y que viva (cf. *Ez* 18, 23; 33, 11); su deseo siempre es perdonar, salvar, dar vida, transformar el mal en bien. Ahora bien, es precisamente este deseo divino el que, en la oración, se convierte en deseo del hombre y se expresa a través de las palabras de intercesión. Con su súplica, Abraham está prestando su voz, pero también su corazón, a la voluntad divina: el deseo de Dios es misericordia, amor y voluntad de salvación, y este deseo de Dios ha encontrado en Abraham y en su oración la posibilidad de manifestarse de modo concreto en la historia de los hombres, para estar presente donde hay necesidad de gracia. Con la voz de su oración, Abraham está dando voz al deseo de Dios, que no es destruir, sino salvar a Sodoma, dar vida al pecador convertido.

Esto es lo que quiere el Señor, y su diálogo con Abraham es una prolongada e inequívoca manifestación de su amor misericordioso. La necesidad de

encontrar hombres justos en la ciudad se vuelve cada vez menos apremiante y al final sólo bastarán diez para salvar a toda la población. El texto no dice por qué Abraham se detuvo en diez. Quizás es un número que indica un núcleo comunitario mínimo (todavía hoy, diez personas constituyen el quórum necesario para la oración pública judía). De todas maneras, se trata de un número escaso, una pequeña partícula de bien para salvar un gran mal. Pero ni siquiera diez justos se encontraban en Sodoma y Gomorra, y las ciudades fueron destruidas. Una destrucción que paradójicamente la oración de intercesión de Abraham presenta como necesaria. Porque precisamente esa oración ha revelado la voluntad salvífica de Dios: el Señor estaba dispuesto a perdonar, deseaba hacerlo, pero las ciudades estaban encerradas en un mal total y paralizante, sin contar ni siquiera con unos pocos inocentes de los cuales partir para transformar el mal en bien. Porque es éste precisamente el camino de salvación que también Abraham pedía: ser salvados no quiere decir simplemente escapar del castigo, sino ser liberados del mal que hay en nosotros. No es el castigo el que debe ser eliminado, sino el pecado, ese rechazar a Dios y el amor que ya lleva en sí mismo el castigo. Dirá el profeta Jeremías al pueblo rebelde: «En tu maldad, encontrarás el castigo, tu propia apostasía te escarmentará. Aprende que es amargo y doloroso abandonar al Señor, tu Dios» (*Jr 2, 19*). De esta tristeza y amargura, quiere el Señor salvar al hombre, liberándolo del

pecado. Pero, por eso, es necesaria una transformación desde el interior, un agarradero de bien, un inicio desde el cual partir para transformar el mal en bien, el odio en amor, la venganza en perdón. Por esto los justos tenían que estar dentro de la ciudad, y Abraham repite continuamente: «Quizás allí se encuentren...». «Allí»: es dentro de la realidad enferma donde tiene que estar ese germen de bien que puede sanar y devolver la vida. Son palabras dirigidas también a nosotros: que en nuestras ciudades haya un germen de bien; que hagamos todo lo necesario para que no sean sólo diez justos, para conseguir realmente que vivan y sobrevivan nuestras ciudades y para salvarnos de esta amargura interior que es la ausencia de Dios. Y en la realidad enferma de Sodoma y Gomorra no existía ese germen de bien.

Pero la misericordia de Dios en la historia de su pueblo se amplía aún más. Si para salvar Sodoma eran necesarios diez justos, el profeta Jeremías dirá, en nombre del Omnipotente, que basta un solo justo para salvar Jerusalén: «Recorred las calles de Jerusalén, mirad bien y averiguad, buscad por todas sus plazas, a ver si encontráis a alguien capaz de obrar con justicia, que vaya tras la verdad, y yo la perdonaré» (*Jr 5, 1*). El número se ha reducido aún más, la bondad de Dios se muestra aún más grande. Y ni siquiera esto basta; la sobreabundante misericordia de Dios no encuentra la respuesta de bien que busca, y Jerusalén cae bajo el asedio de

sus enemigos. Será necesario que Dios mismo se convierta en ese justo. Y este es el misterio de la Encarnación: para garantizar un justo, él mismo se hace hombre. Siempre habrá un justo, porque es él, pero es necesario que Dios mismo se convierta en ese justo. El infinito y sorprendente amor divino se manifestará plenamente cuando el Hijo de Dios se haga hombre, el Justo definitivo, el perfecto Inocente, que llevará la salvación al mundo entero muriendo en la cruz, perdonando e intercediendo por quienes «no saben lo que hacen»

(Lc 23, 34). Entonces la oración de todo hombre encontrará su respuesta; entonces toda intercesión nuestra será plenamente escuchada.

Queridos hermanos y hermanas, que la súplica de Abraham, nuestro padre en la fe, nos enseñe a abrir cada vez más el corazón a la misericordia sobreabundante de Dios, para que en la oración diaria sepamos desear la salvación de la humanidad y pedirla con perseverancia y con confianza al Señor, que es grande en el amor. Gracias.

CARTAS

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a su beatitud Béchara Boutros
Raï, Patriarca de Antioquía de los
Maronitas, para la aceptación de la
petición de Comunión Eclesiástica***

¡A Su Beatitud, Béchara Boutros Raï, Patriarca de Antioquía de los Maronitas.

La elección de Su Beatitud a la sede patriarcal de Antioquía de los Maronitas es un acontecimiento muy especial para toda la Iglesia y acojo con gran alegría su petición de comunión eclesial. Toda la Iglesia, en particular la Iglesia Maronita, da gracias a la Santísima Trinidad por el don que les ha sido concedido en su persona, Beatitud.

Le expreso mi más fraterna y cordial felicitación. Mi ferviente oración se eleva hacia Cristo, nuestro Señor y nuestro Dios, a fin de que lo acompañe en el cumplimiento de esta nueva misión.

De todo corazón, venerable hermano, le concedo la comunión eclesial, de acuerdo con la tradición y los votos de la Iglesia católica. Es motivo de orgullo para su Iglesia el estar unida, desde sus orígenes, al Sucesor de Pedro. Pedro fue llamado por Jesús a conservar en la unidad, en la verdad y en el amor, a su única Iglesia. Siguiendo una bella y antigua tradición, el nombre de Pedro se añade al del Patriarca.

Estoy seguro, Beatitud, de que con los buenos consejos de su predecesor,

Su Beatitud eminentísima el cardenal Nasrallah Pierre Sfeir, y la colaboración de los padres de su Sínodo patriarcal, en comunión con el Colegio episcopal y, sobre todo, con la fuerza de Cristo, vencedor del mal y de la muerte con su resurrección, usted tendrá todo el ardor, iluminado por la sabiduría y templado por la prudencia, para guiar a la Iglesia Maronita. Adornado con la gloria de san Marón y el cortejo de los santos libaneses, san Charbel, san Nimatullah, santa Rafqa y el beato Stéphan, podrá ir al encuentro de su Esposo, nuestro Salvador.

Que el Señor lo asista en su ministerio de «Padre y de Cabeza» para proclamar la Palabra que salva, a fin de que se viva y celebre con misericordia según las antiguas tradiciones espirituales y litúrgicas de la Iglesia Maronita. Que todos los fieles que le han sido encomendados encuentren consuelo en su solicitud paterna.

Que la santa Madre de Dios, Nuestra Señora del Líbano, la Virgen de la Anunciación, de la cual lleva usted el nombre de bautizo, haga de usted un mensajero de unidad para que la nación libanesa -también gracias a la contribución de todas las comunidades religiosas presentes en su país y con un impulso ecuménico e interreligioso- desempeñe en Oriente y en todo el mundo su papel de solidaridad y de paz.

Me despido, Beatitud, «con un beso de caridad» (1 Pt 5, 14), en el Señor Jesús, Pastor bueno y eterno y, asegurando mi oración por toda la Iglesia encomendada a su cuidado, le imparto a usted y a todos, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles, mi bendición apostólica.

Vaticano, 24 de marzo de 2011

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a su Beatitud Béchara Pierre Raï, nuevo Patriarca de Antioquía de los Maronitas

Sala Clementina. Jueves, 14 de abril de 2011

Beatitud; venerados hermanos en el episcopado; queridos hijos e hijas de la Iglesia Maronita:

Esta primera visita al Sucesor de Pedro después de su elección a la sede patriarcal de Antioquía de los Maronitas, es un momento privilegiado para la Iglesia universal. Me alegra recibirlo aquí, con los obispos Maronitas, los sacerdotes, las personas consagradas y los fieles, para solemnizar la eclesiástica comunión que le manifesté por carta el pasado 24 de marzo. Su elección, que se produjo algunos días después de la

clausura del Año santo, promulgado para celebrar el 1600° aniversario de la muerte de san Marón, se presenta como el fruto más importante de las numerosas gracias que obtuvo para su Iglesia.

Os saludo cordialmente a todos los que habéis venido para acompañar a vuestro patriarca en este gran momento de comunión fraterna y de unidad indefectible de la Iglesia Maronita con la Iglesia de Roma, subrayando así la importancia de la unidad visible de la Iglesia en su catolicidad. En ausencia del cardenal Nasrallah Pierre Sfeir, me permito expresarle mi afecto y mi agradecimiento por haber dedicado veinticinco años de su vida a guiar como patriarca la Iglesia Maronita en medio de las turbulencias de la historia.

Próximamente, esta comunión eclesial encontrará su expresión más auténtica en la divina liturgia en la que se compartirá el único Cuerpo y Sangre de Cristo. En ella se manifiesta la plenitud de la comunión entre el Sucesor del Príncipe de los Apóstoles y el 77° Sucesor de san Marón, padre y cabeza de la Iglesia de Antioquía de los Maronitas, sede apostólica tan prestigiosa, donde los fieles de Cristo recibieron por primera vez el nombre de «cristianos». Vuestra Iglesia patriarcal, su rica tradición espiritual, litúrgica y teológica, de tradición antioquena, adornan siempre a toda Iglesia con ese tesoro.

Dado que estáis en el corazón de Oriente Medio, tenéis una misión in-

mensa entre los hombres, a los cuales el amor de Cristo impulsa a anunciar la Buena Nueva de la salvación. Durante el Sínodo que convoqué en octubre de 2010, se recordó muchas veces la urgencia de proponer nuevamente el Evangelio a las personas que lo conocen poco o que se han alejado de la Iglesia.

Con todas las fuerzas vivas presentes en el Líbano y en Oriente Medio, sé, Beatitud, que se esforzará por anunciar, dar testimonio y vivir en la comunión esta Palabra de vida con el fin de recuperar el celo de los primeros fieles que «perseveraban en la enseñanza de los Apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (*Hch 2, 42*).

Esta región del mundo que los patriarcas, los profetas, los apóstoles y el propio Cristo bendijeron con su presencia y con su predicación, aspira a la paz duradera que la Palabra de verdad, acogida y vivida, tiene la capacidad de establecer.

Conseguiréis este objetivo a través de una educación humana y espiritual, moral e intelectual de los jóvenes gracias a vuestra red escolar y catequética, cuya calidad conozco. Espero ardientemente que vuestro papel en la formación sea cada vez más reconocido por la sociedad, para que los valores fundamentales se transmitan sin discriminaciones.

Que, de esta forma, los jóvenes de hoy se conviertan en hombres y mu-

eres responsables en sus familias y en la sociedad, para construir una solidaridad y una fraternidad mayores entre todos los componentes de la nación. Transmitid a los jóvenes toda mi estima y mi afecto, recordándoles que la Iglesia y la sociedad necesitan su entusiasmo y su esperanza. Con este fin os invito a intensificar la formación de los sacerdotes y de los numerosos jóvenes a los que el Señor llama en vuestras parroquias y en vuestras congregaciones religiosas. Que, mediante su enseñanza y su vida, sean auténticos testigos del Verbo de Dios para ayudar a los fieles a arraigar su vida y su misión en Cristo.

Beatitud, le expreso mi deseo fraterno de que el Espíritu Santo lo asista en el ejercicio de su mandato. Que lo consuele en las dificultades y le dé la alegría de ver crecer en fervor y en número a su Iglesia. Al iniciar su ministerio, quiero repetirle las palabras de Cristo a los discípulos: «No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino» (Lc 12, 32). A la vez que dirijo a todo el pueblo libanés mi cordial saludo, lo encomiendo de manera especial a la intercesión de Nuestra Señora del Líbano, dado que usted, Beatitud, es hijo de la Orden Maronita de la Santísima Virgen María, y también a la intercesión de san Marón y de todos los santos y beatos libaneses. Le imparto de todo corazón la bendición apostólica, que extendo a los obispos, a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y a todos los fieles de su patriarcado.

Entrevista al Papa, Benedicto XVI, emitida por la televisión italiana RAI 1 en el programa “A su imágenes preguntas sobre Jesús”

Viernes Santo, 22 de abril de 2011

Santo Padre, quiero agradecerle su presencia, que nos llena de alegría y nos ayuda a recordar que hoy es el día en que Jesús demuestra su amor del modo más radical, muriendo en la cruz como inocente. Precisamente sobre el tema del dolor inocente es la primera pregunta que viene de una niña japonesa de siete años, que le dice: «Me llamo Elena, soy japonesa y tengo siete años. Tengo mucho miedo porque la casa en la que me sentía segura tembló muchísimo, y porque muchos niños de mi edad han muerto. No puedo ir a jugar al parque. Quiero preguntarle: ¿Por qué tengo que pasar tanto miedo? ¿Por qué los niños tienen que sufrir tanta tristeza? Pido al Papa, que habla con Dios, que me lo explique.

Querida Elena, te saludo con todo el corazón. También yo me pregunto: ¿Por qué es así? ¿Por qué vosotros tenéis que sufrir tanto, mientras otros viven cómodamente? Y no tenemos respuesta, pero sabemos que Jesús sufrió como vosotros, inocente, que el Dios verdadero que se muestra en Jesús está a vuestro lado. Esto me parece muy importante, a pesar de que no tenemos respuestas, si la tristeza sigue: Dios está a vuestro lado, y tenéis que estar seguros de que esto os ayudará. Y un día podremos comprender por qué

ha sucedido esto. En este momento, me parece importante que sepáis que «Dios me ama», aunque parezca que no me conoce. No, me ama, está a mi lado, y tenéis que estar seguros de que en el mundo, en el universo, hay muchas personas que están a vuestro lado, que piensan en vosotros, que hacen todo lo que pueden por vosotros, para ayudaros. Y ser conscientes de que, un día, yo comprenderé que este sufrimiento no era algo vacío, no era inútil, sino que detrás del sufrimiento hay un proyecto bueno, un proyecto de amor. No es una casualidad. Siéntete segura, estamos a tu lado, al lado de todos los niños japoneses que sufren; queremos ayudaros con la oración, con nuestros actos, y estad seguros de que Dios os ayuda. Y de este modo rezamos juntos para que la luz os llegue a vosotros cuanto antes.

La segunda pregunta nos pone delante de un calvario, porque se trata de una madre que está junto a la cruz de un hijo. Es italiana, se llama Maria Teresa y le pregunta: «Santidad, el alma de mi hijo, Francesco, en estado vegetativo desde el día de Pascua de 2009, ¿ha abandonado su cuerpo, dado que está totalmente inconsciente, o está todavía en él?».

Ciertamente el alma está todavía presente en el cuerpo. La situación es, en cierto sentido, como la de una guitarra que tiene las cuerdas rotas y que no se puede tocar. Así también el instrumento del cuerpo es frágil, vulnerable, y el alma no puede tocar,

por decirlo de algún modo, pero sigue presente. También estoy seguro de que esta alma escondida siente en profundidad vuestro amor, a pesar de que no comprende los detalles, las palabras, etc., pero siente la presencia del amor. Y por eso esta presencia vuestra, queridos padres, querida mamá, junto a él, horas y horas cada día, es un verdadero acto de amor muy valioso, porque esta presencia entra en la profundidad de esta alma escondida y vuestro acto es un testimonio de fe en Dios, de fe en el hombre, de fe, digamos de compromiso a favor de la vida, de respeto por la vida humana, incluso en las situaciones más trágicas. Por esto os animo a proseguir, sabiendo que hacéis un gran servicio a la humanidad con este signo de confianza, con este signo de respeto de la vida, con este amor por un cuerpo desgarrado, un alma que sufre.

La tercera pregunta nos lleva a Irak, entre los jóvenes de Bagdad, cristianos perseguidos que le envían esta pregunta: «Saludamos al Santo Padre desde Irak -dicen-. Nosotros, cristianos de Bagdad, somos perseguidos como Jesús. Santo Padre, ¿de qué modo podemos ayudar a nuestra comunidad cristiana para que reconsidere el deseo de emigrar a otros países, convenciéndola de que marcharse no es la única solución?».

En primer lugar, quiero saludar de corazón a todos los cristianos de Irak, nuestros hermanos, y tengo que decir que rezo cada día por los cristianos de Irak. Son nuestros hermanos que su-

fren, así como en otras tierras del mundo, y por esto los siento especialmente cercanos a mi corazón y, en la medida de nuestras posibilidades, tenemos que hacer todo lo posible para que puedan quedarse, para que puedan resistir a la tentación de emigrar, que -en las condiciones en las que viven- resulta muy comprensible. Diría que es importante que estemos cerca de vosotros, queridos hermanos de Irak, que queramos ayudaros y cuando vengáis, recibiros realmente como hermanos. Y naturalmente, las instituciones, todos los que tienen una posibilidad de hacer algo por Irak, deben hacerlo. La Santa Sede está en permanente contacto con las distintas comunidades, no sólo con las comunidades católicas, con las demás comunidades cristianas, sino también con los hermanos musulmanes, sean chiíes o suníes. Y queremos realizar una obra de reconciliación, de comprensión, también con el Gobierno, ayudarle en este difícil camino de recomponer una sociedad desgarrada. Porque este es el problema, que la sociedad está profundamente dividida, desgarrada, ya no se tiene esta conciencia: «Nosotros somos, en la diversidad, un pueblo con una historia común, en el que cada uno tiene su sitio». Y tienen que reconstruir esta conciencia de que, en la diversidad, tienen una historia común, una común determinación. Y nosotros, en diálogo precisamente con los distintos grupos, queremos ayudar al proceso de reconstrucción y animaros a vosotros, queridos hermanos cristianos de Irak, a tener confianza, a tener

paciencia, a tener confianza en Dios, a colaborar en este difícil proceso. Tened la seguridad de nuestra oración.

La siguiente pregunta es de una mujer musulmana de Costa de Marfil, un país en guerra desde hace años. Esta señora se llama Bintú y le envía un saludo en árabe que se puede traducir de este modo: «Que Dios esté en medio de todas las palabras que nos diremos y que Dios esté contigo». Es una frase que utilizan al empezar un diálogo. Y después prosigue en francés: «Querido Santo Padre, aquí en Costa de Marfil hemos vivido siempre en armonía entre cristianos y musulmanes. A menudo las familias están formadas por miembros de ambas religiones; existe también una diversidad de etnias, pero nunca hemos tenido problemas. Ahora todo ha cambiado: la crisis que vivimos, causada por la política, está sembrando divisiones. ¡Cuántos inocentes han perdido la vida! ¡Cuántos prófugos, cuántas madres y cuántos niños traumatizados! Los mensajeros han exhortado a la paz, los profetas han exhortado a la paz. Jesús es un hombre de paz. Usted, en cuanto embajador de Jesús, ¿qué aconsejaría a nuestro país?».

Quiero contestar al saludo: que Dios esté también contigo, y siempre te ayude. Y tengo que decir que he recibido cartas desgarradoras desde Costa de Marfil, donde veo toda la tristeza, la profundidad del sufrimiento, y me quedo triste porque podemos hacer muy poco. Siempre podemos hacer algo: orar con vosotros, y en la medida de lo posible, hacer obras de caridad,

y, sobre todo, queremos colaborar, en la medida de nuestras posibilidades, en los contactos políticos, humanos. He encargado al cardenal Turkson, que es presidente de nuestro Consejo Justicia y paz, que vaya a Costa de Marfil e intente mediar, hablar con los diversos grupos, con las distintas personas, para facilitar un nuevo comienzo. Y, sobre todo, queremos hacer oír la voz de Jesús, en el que usted también cree como profeta. Él era siempre hombre de paz. Se podía pensar que, cuando Dios viniera a la tierra, lo haría como un hombre de gran fuerza, que destruiría las potencias adversarias, que sería un hombre de una fuerte violencia como instrumento de paz. Nada de esto: vino débil, vino sólo con la fuerza del amor, totalmente sin violencia hasta ir a la cruz. Y esto nos muestra el verdadero rostro de Dios, y que la violencia no viene nunca de Dios, nunca ayuda a producir cosas buenas, sino que es un medio destructivo y no es el camino para salir de las dificultades. Es una fuerte voz contra todo tipo de violencia. Invito encarecidamente a todas las partes a renunciar a la violencia, a buscar los caminos de la paz. Para la recomposición de nuestro pueblo, no podéis usar medios violentos, aunque penséis tener razón. El único camino es la renuncia a la violencia, recomenzar el diálogo, los intentos de encontrar juntos la paz, una nueva atención de los unos hacia los otros, la nueva disponibilidad a abrirse el uno al otro. Y este, querida señora, es el verdadero mensaje de Jesús: buscad la paz con los medios de la paz y abandonad

la violencia. Rezamos por vosotros para que todos los componentes de vuestra sociedad escuchen esta voz de Jesús y así vuelva la paz y la comunión.

Santo Padre, la próxima pregunta es sobre el tema de la muerte y la resurrección de Jesús, y llega desde Italia. Se la leo: «Santidad: ¿Qué hizo Jesús en el lapso de tiempo entre la muerte y la resurrección? Y, ya que, en el Credo, se dice que Jesús después de la muerte descendió a los infiernos: ¿Podemos pensar que es algo que nos pasará también a nosotros, después de la muerte, antes de ascender al cielo?».

En primer lugar, este descenso del alma de Jesús no debe imaginarse como un viaje geográfico, local, de un continente a otro. Es un viaje del alma. Hay que tener en cuenta que el alma de Jesús siempre toca al Padre, está siempre en contacto con el Padre, pero al mismo tiempo, esta alma humana se extiende hasta los últimos confines del ser humano. En este sentido, baja a las profundidades, va hacia los perdidos, se dirige a todos aquellos que no han alcanzado la meta de su vida, y trasciende así los continentes del pasado. Esta palabra del descenso del Señor a los infiernos significa, sobre todo, que Jesús alcanza también el pasado, que la eficacia de la redención no comienza en el año cero o en el año treinta, sino que llega al pasado, abarca el pasado, a todas las personas de todos los tiempos. Dicen los Padres, con una imagen muy hermosa, que Jesús toma de la mano a Adán y Eva, es decir, a la humanidad, y la encamina hacia ade-

lante, hacia las alturas. Y así crea el acceso a Dios, porque el hombre, por sí mismo, no puede elevarse a la altura de Dios. Jesús mismo, siendo un hombre, tomando de la mano al hombre, abre el acceso. ¿Qué acceso? La realidad que llamamos cielo. Así, este descenso a los infiernos, es decir, a las profundidades del ser humano, a las profundidades del pasado de la humanidad, es una parte esencial de la misión de Jesús, de su misión de Redentor y no se aplica a nosotros. Nuestra vida es diferente, el Señor ya nos ha redimido y nos presentamos al Juez, después de nuestra muerte, bajo la mirada de Jesús, y esta mirada en parte será purificadora: creo que todos nosotros, en mayor o menor medida, necesitaremos ser purificados. La mirada de Jesús nos purifica y además nos hace capaces de vivir con Dios, de vivir con los santos, sobre todo de vivir en comunión con nuestros seres queridos que nos han precedido.

También la siguiente pregunta es sobre el tema de la resurrección y viene de Italia: «Santidad, cuando las mujeres llegan al sepulcro, el domingo después de la muerte de Jesús, no reconocen al Maestro, lo confunden con otro. Lo mismo les pasa a los Apóstoles: Jesús tiene que enseñarles las heridas, partir el pan para que lo reconozcan precisamente por sus gestos. Su cuerpo es un cuerpo real de carne y hueso, pero también un cuerpo glorioso. El hecho de que su cuerpo resucitado no tenga las mismas características que antes, ¿qué significa? ¿Y qué significa, exactamente, cuerpo glorioso? Y la resurrección, ¿será también así para nosotros?».

Naturalmente, no podemos definir el cuerpo glorioso porque está más allá de nuestra experiencia. Sólo podemos interpretar algunos de los signos que Jesús nos dio para entender, al menos un poco, hacia dónde apunta esta realidad. El primer signo: el sepulcro está vacío. Es decir, Jesús no abandonó su cuerpo a la corrupción, nos enseñó que también la materia está destinada a la eternidad, que resucitó realmente, que no ha quedado perdido. Jesús asumió también la materia, por lo que la materia está también destinada a la eternidad. Pero asumió esta materia en una nueva forma de vida. Éste es el segundo punto: Jesús no muere más, es decir: está más allá de las leyes de la biología, de la física, porque los sometidos a ellas mueren. Por lo tanto, hay una condición nueva, distinta, que no conocemos, pero que se revela en lo sucedido a Jesús, y para todos nosotros esa es la gran promesa de que hay un mundo nuevo, una vida nueva, hacia la que estamos encaminados. Y, estando ya Jesús en esa condición, puede ser tocado por los demás; puede dar la mano a sus amigos y comer con ellos, pero, sin embargo, está más allá de las condiciones de la vida biológica, como la que nosotros vivimos. Y sabemos que, por una parte, es un hombre real, no un fantasma, vive una vida real, pero es una vida nueva que ya no está sujeta a la muerte y esa es nuestra gran promesa. Es importante entender esto, al menos en la medida que se pueda, con el ejemplo de la Eucaristía: en la Eucaristía el Señor nos da su cuerpo glorioso, no nos da carne para comer en sentido biológico; se nos

da él mismo; lo nuevo que es él entra en nuestro ser hombres, en nuestro ser personas, en mi ser persona como persona, y llega a nosotros con su ser, de modo que podemos dejarnos penetrar por su presencia, transformarnos en su presencia. Es un punto importante, porque así ya estamos en contacto con esta nueva vida, este nuevo tipo de vida, ya que él ha entrado en mí, y yo he salido de mí y me abro hacia una nueva dimensión de vida. Pienso que este aspecto de la promesa, de la realidad que él se entrega a mí y me hace salir de mí mismo y me eleva, es la cuestión más importante: no se trata de descifrar cosas que no podemos entender sino de encaminarnos hacia la novedad que comienza, siempre, de nuevo, en la Eucaristía.

Santo Padre, la última pregunta es acerca de María. Al pie de la cruz, se produce un conmovedor diálogo entre Jesús, su madre y Juan, en el que Jesús dice a María: «He aquí a tu hijo», y a Juan: «He aquí a tu madre». En su último libro, «Jesús de Nazaret», lo define como «una disposición final de Jesús». ¿Cómo debemos entender estas palabras? ¿Qué significado tenían en aquel momento y qué significado tienen hoy en día? Y ya que estamos en tema de confiar, ¿piensa renovar una consagración a la Virgen en el inicio de este nuevo milenio?

Estas palabras de Jesús son ante todo un acto muy humano. Vemos a Jesús como un hombre verdadero que lleva a cabo un gesto de verdadero hombre: un acto de amor a su madre confiándola

al joven Juan para que esté segura. En aquella época, en Oriente, una mujer sola se encontraba en una situación imposible. Confía su madre a este joven y a él lo confía a su madre. Jesús realmente actúa como un hombre con un sentimiento profundamente humano. Me parece muy hermoso, muy importante que antes de cualquier teología veamos aquí la verdadera humanidad, el verdadero humanismo de Jesús. Pero por supuesto este gesto tiene varias dimensiones, no atañe sólo a ese momento: concierne a toda la historia. En Juan, Jesús nos confía a todos nosotros, a toda la Iglesia, a todos los futuros discípulos, a su madre, y su madre a nosotros. Y esto se ha cumplido a lo largo de la historia: la humanidad y los cristianos han entendido cada vez más que la madre de Jesús es su madre. Y cada vez más personas se han confiado a su Madre: basta pensar en los grandes santuarios, en esta devoción a María, donde cada vez más la gente siente: «Esta es la Madre». E incluso algunos que casi tienen dificultad para llegar a Jesús en su grandeza de Hijo de Dios, se confían a la Madre sin dificultad. Algunos dicen: «Pero eso no tiene fundamento bíblico». Aquí me gustaría responder con san Gregorio Magno: «A medida que se lee -dice-, crecen las palabras de la Escritura». Es decir, se desarrollan en la realidad, crecen, y cada vez se difunde más esta Palabra en la historia. Todos podemos estar agradecidos porque la Madre es una realidad, a todos se nos ha dado una madre. Y podemos dirigirnos con mucha confianza a esta madre, que para cada cristiano es su Ma-

dre. Por otro lado, la Madre es también expresión de la Iglesia. No podemos ser cristianos solos, con un cristianismo construido según mis ideas. La Madre es imagen de la Iglesia, de la Madre Iglesia y confiándonos a María, también tenemos que confiarnos a la Iglesia, vivir la Iglesia, ser Iglesia con María. Llego ahora al tema de la consagración: los Papas -Pío xii, Pablo VI y Juan Pablo II- hicieron un gran acto de consagración a la Virgen María y creo que, como gesto ante la humanidad, ante María misma, fue muy importante. Yo creo que ahora es importante interiorizar ese acto, dejar que nos penetre, para realizarlo en nosotros mismos. Por eso he visitado algunos de los grandes santuarios marianos del mundo: Lourdes, Fátima, Czestochowa, Altötting..., siempre con el fin de hacer concreto, de interiorizar ese acto de consagración, para que sea realmente un acto nuestro. Creo que el acto grande, público, ya se ha hecho. Tal vez algún

día habrá que repetirlo, pero por el momento me parece más importante vivirlo, realizarlo, entrar en esta consagración para hacerla nuestra verdaderamente. Por ejemplo, en Fátima, me di cuenta de que los miles de personas presentes eran conscientes de esa consagración, se habían consagrado, encarnando la consagración en sí mismos, para sí mismos. Así esa consagración se hace realidad en la Iglesia viva y así crece también la Iglesia. La consagración común a María, el que todos nos dejemos penetrar y formar por esa presencia, el entrar en comunión con María, nos hace Iglesia, nos hace, junto con María, realmente esposa de Cristo. De modo que, por ahora, no tengo intención de una nueva consagración pública, pero sí quiero invitar a todos a incorporarse a esa consagración que ya está hecha, para que la vivamos verdaderamente día tras día y crezca así una Iglesia realmente mariana que es Madre y Esposa e Hija de Jesús.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, con ocasión de la beatificación del venerable siervo de Dios, Juan Pablo II

Plaza de San Pedro. Domingo, 1 de mayo de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Hace seis años nos encontrábamos

en esta Plaza para celebrar los funerales del Papa, Juan Pablo II. El dolor por su pérdida era profundo, pero más grande todavía era el sentido de una inmensa gracia que envolvía a Roma y al mundo entero, gracia que era fruto de toda la vida de mi amado Predecesor y, especialmente, de su testimonio en el sufrimiento. Ya en aquel día percibíamos el perfume de su santidad, y el Pueblo

de Dios manifestó de muchas maneras su veneración hacia él. Por eso, he querido que, respetando debidamente la normativa de la Iglesia, la causa de su beatificación procediera con razonable rapidez. Y he aquí que el día esperado ha llegado; ha llegado pronto, porque así lo ha querido el Señor: Juan Pablo II es beato.

Deseo dirigir un cordial saludo a todos los que, en número tan grande, desde todo el mundo, habéis venido a Roma, para esta feliz circunstancia, a los señores cardenales, a los patriarcas de las Iglesias católicas orientales, hermanos en el episcopado y el sacerdocio, delegaciones oficiales, embajadores y autoridades, personas consagradas y fieles laicos, y lo extendiendo a todos los que se unen a nosotros a través de la radio y la televisión.

Éste es el segundo domingo de Pascua, que el beato Juan Pablo II dedicó a la Divina Misericordia. Por eso, se eligió este día para la celebración de hoy, porque mi Predecesor, gracias a un designio providencial, entregó el espíritu a Dios precisamente en la tarde de la vigilia de esta fiesta. Además, hoy es el primer día del mes de mayo, el mes de María; y es también la memoria de san José obrero. Estos elementos contribuyen a enriquecer nuestra oración, nos ayudan a nosotros que todavía peregrinamos en el tiempo y el espacio. En cambio, qué diferente es la fiesta en el Cielo entre los ángeles y santos. Y, sin embargo, hay un solo Dios, y un

Cristo Señor que, como un puente une la tierra y el cielo, y nosotros nos sentimos en este momento más cerca que nunca, como participando de la Liturgia celestial.

«Dichosos los que crean sin haber visto» (*Jn* 20, 29). En el evangelio de hoy, Jesús pronuncia esta bienaventuranza: la bienaventuranza de la fe. Nos concierne de un modo particular, porque estamos reunidos precisamente para celebrar una beatificación, y más aún porque hoy un Papa ha sido proclamado Beato, un Sucesor de Pedro, llamado a confirmar en la fe a los hermanos. Juan Pablo II es beato por su fe, fuerte y generosa, apostólica. E inmediatamente recordamos otra bienaventuranza: «¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo» (*Mt* 16, 17). ¿Qué es lo que el Padre celestial reveló a Simón? Que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Por esta, fe Simón se convierte en «Pedro», la roca sobre la que Jesús edifica su Iglesia. La bienaventuranza eterna de Juan Pablo II, que la Iglesia tiene el gozo de proclamar hoy, está incluida en estas palabras de Cristo: «Dichoso, tú, Simón» y «Dichosos los que crean sin haber visto». Ésta es la bienaventuranza de la fe, que también Juan Pablo II recibió de Dios Padre, como un don para la edificación de la Iglesia de Cristo.

Pero nuestro pensamiento se dirige a otra bienaventuranza, que en el

evangelio precede a todas las demás. Es la de la Virgen María, la Madre del Redentor. A ella, que acababa de concebir a Jesús en su seno, santa Isabel le dice: «Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá» (*Lc* 1, 45). La bienaventuranza de la fe tiene su modelo en María, y todos nos alegramos de que la beatificación de Juan Pablo II tenga lugar en el primer día del mes mariano, bajo la mirada maternal de Aquélla que, con su fe, sostuvo la fe de los Apóstoles, y sostiene continuamente la fe de sus sucesores, especialmente de los que han sido llamados a ocupar la cátedra de Pedro. María no aparece en las narraciones de la resurrección de Cristo, pero su presencia está como oculta en todas partes: ella es la Madre a la que Jesús confió cada uno de los discípulos y toda la comunidad. De modo particular, notamos que la presencia efectiva y materna de María ha sido registrada por san Juan y san Lucas en los contextos que preceden a los del evangelio de hoy y de la primera lectura: en la narración de la muerte de Jesús, donde María aparece al pie de la cruz (cf. *Jn* 19, 25); y al comienzo de los *Hechos de los Apóstoles*, que la presentan en medio de los discípulos reunidos en oración en el cenáculo (cf. *Hch.* 1, 14).

También la segunda lectura de hoy nos habla de la fe, y es precisamente san Pedro quien escribe, lleno de entusiasmo espiritual, indicando a los nuevos bautizados las razones de su esperan-

za y su alegría. Me complace observar que, en este pasaje, al comienzo de su Primera carta, Pedro no se expresa en un modo exhortativo, sino indicativo; escribe, en efecto: «Por ello os alegráis», y añade: «No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis; no lo veis, y creéis en él; y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado, alcanzando así la meta de vuestra fe: vuestra propia salvación» (*1 P* 1, 6.8-9). Todo está en indicativo porque hay una nueva realidad, generada por la resurrección de Cristo, una realidad accesible a la fe. «Es el Señor quien lo ha hecho –dice el *Salmo* (118, 23)– ha sido un milagro patente», patente a los ojos de la fe.

Queridos hermanos y hermanas, hoy resplandece ante nuestros ojos, bajo la plena luz espiritual de Cristo resucitado, la figura amada y venerada de Juan Pablo II. Hoy, su nombre se añade a la multitud de santos y beatos que él proclamó durante sus casi 27 años de pontificado, recordando con fuerza la vocación universal a la medida alta de la vida cristiana, a la santidad, como afirma la Constitución conciliar sobre la Iglesia *Lumen gentium*. Todos los miembros del Pueblo de Dios –obispos, sacerdotes, diáconos, fieles laicos, religiosos, religiosas– estamos en camino hacia la patria celestial, donde nos ha precedido la Virgen María, asociada de modo singular y perfecto al misterio de Cristo y de la Iglesia. Karol Wojtyła, primero como Obispo Auxiliar y después como Arzobispo de Cracovia, participó en el

Concilio Vaticano II y sabía que dedicar a María el último capítulo del Documento sobre la Iglesia significaba poner a la Madre del Redentor como imagen y modelo de santidad para todos los cristianos y para la Iglesia entera. Esta visión teológica es la que el beato Juan Pablo II descubrió de joven y que después conservó y profundizó durante toda su vida. Una visión que se resume en el icono bíblico de Cristo en la cruz, y a sus pies María, su madre. Un icono que se encuentra en el *evangelio de Juan* (19, 25-27) y que quedó sintetizado en el escudo episcopal y posteriormente papal de Karol Wojtyła: una cruz de oro, una «eme» abajo, a la derecha, y el lema: «Totus tuus», que corresponde a la célebre expresión de san Luis María Grignon de Monfort, en la que Karol Wojtyła encontró un principio fundamental para su vida: «Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt. Accipio Te in mea omnia. Praebe mihi cor tuum, Maria -Soy todo tuyo y todo cuanto tengo es tuyo. Tú eres mi todo, oh María; préstame tu corazón». (*Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n. 266).

El nuevo Beato escribió en su testamento: «Cuando, en el día 16 de octubre de 1978, el cónclave de los cardenales escogió a Juan Pablo II, el primado de Polonia, cardenal Stefan Wyszyński, me dijo: “La tarea del nuevo Papa consistirá en introducir a la Iglesia en el tercer milenio”. Y añadía: «Deseo expresar una vez más gra-

titud al Espíritu Santo por el gran don del Concilio Vaticano II, con respecto al cual, junto con la Iglesia entera, y en especial con todo el Episcopado, me siento en deuda. Estoy convencido de que durante mucho tiempo aún las nuevas generaciones podrán recurrir a las riquezas que este Concilio del siglo XX nos ha regalado. Como obispo que participó en el acontecimiento conciliar desde el primer día hasta el último, deseo confiar este gran patrimonio a todos los que están y estarán llamados a aplicarlo. Por mi parte, doy las gracias al eterno Pastor, que me ha permitido estar al servicio de esta grandísima causa a lo largo de todos los años de mi pontificado». ¿Y cuál es esta «causa»? Es la misma que Juan Pablo II anunció en su primera Misa solemne en la Plaza de San Pedro, con las memorables palabras: «¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!». Aquello que el Papa recién elegido pedía a todos, él mismo lo llevó a cabo en primera persona: abrió a Cristo la sociedad, la cultura, los sistemas políticos y económicos, invirtiendo con la fuerza de un gigante, fuerza que le venía de Dios, una tendencia que podía parecer irreversible. Con su testimonio de fe, de amor y de valor apostólico, acompañado de una gran humanidad, este hijo ejemplar de la Nación polaca ayudó a los cristianos de todo el mundo a no tener miedo de llamarse cristianos, de pertenecer a la Iglesia, de hablar del Evangelio. En una palabra: ayudó a no tener miedo de la verdad, por-

que la verdad es garantía de libertad. Más en síntesis todavía: nos devolvió la fuerza de creer en Cristo, porque Cristo es *Redemptor hominis*, Redentor del hombre: el tema de su primera Encíclica e hilo conductor de todas las demás.

Karol Wojtyła subió al Solio de Pedro llevando consigo la profunda reflexión sobre la confrontación entre el marxismo y el cristianismo, centrada en el hombre. Su mensaje fue éste: el hombre es el camino de la Iglesia, y Cristo es el camino del hombre. Con este mensaje, que es la gran herencia del Concilio Vaticano II y de su «timonel», el Siervo de Dios el Papa Pablo VI, Juan Pablo II condujo al Pueblo de Dios a atravesar el umbral del Tercer Milenio, que gracias precisamente a Cristo él pudo llamar «umbral de la esperanza». Sí, él, a través del largo camino de preparación para el Gran Jubileo, dio al cristianismo una renovada orientación hacia el futuro, el futuro de Dios, trascendente respecto a la historia, pero que incide también en la historia. Aquella carga de esperanza que en cierta manera se le dio al marxismo y a la ideología del progreso, él la reivindicó legítimamente para el cristianismo, restituyéndole la fisonomía auténtica de la esperanza, de vivir en la historia con un espíritu de «adviento», con una existencia personal y comunitaria orientada a Cristo, plenitud del hombre y cumplimiento de su anhelo de justicia y de paz.

Quisiera finalmente dar gracias también a Dios por la experiencia personal que me concedió, de colaborar durante mucho tiempo con el beato Papa, Juan Pablo II. Ya antes había tenido ocasión de conocerlo y de estimarlo, pero desde 1982, cuando me llamó a Roma como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, durante 23 años pude estar cerca de él y venerar cada vez más su persona. Su profundidad espiritual y la riqueza de sus intuiciones sostenían mi servicio. El ejemplo de su oración siempre me ha impresionado y edificado: él se sumergía en el encuentro con Dios, aun en medio de las múltiples ocupaciones de su ministerio. Y después, su testimonio en el sufrimiento: el Señor lo fue despojando lentamente de todo, sin embargo él permanecía siempre como una «roca», como Cristo quería. Su profunda humildad, arraigada en la íntima unión con Cristo, le permitió seguir guiando a la Iglesia y dar al mundo un mensaje aún más elocuente, precisamente cuando sus fuerzas físicas iban disminuyendo. Así, él realizó de modo extraordinario la vocación de cada sacerdote y obispo: ser uno con aquel Jesús al que cotidianamente recibe y ofrece en la Iglesia.

¡Dichoso tú, amado, Papa Juan Pablo, porque has creído! Te rogamos que continúes sosteniendo desde el Cielo la fe del Pueblo de Dios. Desde el Palacio nos has bendecido muchas veces en esta Plaza. Hoy te rogamos: Santo Padre: bendícenos. Amén.

MENSAJES

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la Asamblea
Nacional de la Acción Católica
Italiana***

Queridos amigos de la Acción católica italiana.

Estáis reunidos en vuestra asamblea general sobre el tema: «Vivir la fe, amar la vida. El compromiso educativo de la Acción católica», para reafirmar vuestro amor a Cristo y a la Iglesia y renovar el camino de vuestra asociación, con el compromiso de asumir plenamente vuestra responsabilidad laical al servicio del Evangelio. Sois muchachos, jóvenes y adultos que se ponen a disposición del Señor en la Iglesia con un compromiso solemne, público, en comunión con los pastores, para dar un buen testimonio en todos los ámbitos de la vida. Vuestra presencia es capilar en las parroquias, en las familias, en los barrios, en los ambientes sociales: una presencia que vivís en la cotidianidad y en la aspiración a la santidad. Vuestros niños y muchachos, adolescentes y jóvenes quieren ser activos y felices, generosos y valientes, como el beato Pier Giorgio Frassati. Tenéis el impulso de dedicaros a la construcción de la ciudad de todos y la valentía de servir en las instituciones, como Vittorio Bachelet, como el beato Alberto Marvelli y como Giuseppe Toniolo, que pronto será proclamado beato. En vuestro proyecto de formación humana y cris-

tiana queréis ser amigos fieles de Cristo, como las beatas Pierina Morosini y Antonia Mesina, como la venerable Armida Barelli. Queréis reavivar nuestras comunidades con niños fascinantes por la pureza de su corazón, como Antonietta Meo, capaces de atraer también a sus padres a Jesús. Cuando recibo a vuestros muchachos con ocasión de la Navidad o del mes de la paz, quedo siempre admirado de la autenticidad con la que comunican la alegría del Señor.

En octubre del año pasado, me reuní con vuestros adolescentes y jóvenes, comprometidos y alegres, amantes de la verdadera libertad que los lleva a una vida generosa, a un apostolado directo. Tienen ante sí el ejemplo de hombres y mujeres contentos con su fe, que quieren acompañar a las nuevas generaciones con amor, con sabiduría y con la oración, que pretenden construir con paciencia tejidos de vida comunitaria y afrontar los problemas más urgentes de la vida cotidiana de la familia: la defensa de la vida, el sufrimiento de las separaciones y del abandono, la solidaridad en las desgracias, la acogida de los pobres y de los que no tienen patria. Os acompañan consiliarios que saben bien lo que significa educar en la santidad. En las diócesis, estáis llamados a colaborar con vuestros obispos, de manera constante, fiel y directa, en la vida y en la misión de la Iglesia. Todo esto no nace espontáneamente, sino con

una respuesta generosa a la llamada de Dios a vivir con plena responsabilidad el Bautismo, la dignidad del ser cristianos. Por eso formáis parte de una asociación con ideales y cualidades precisas como los indica el concilio ecuménico Vaticano II: una asociación que tiene la finalidad apostólica de la Iglesia, que colabora con la jerarquía, que se manifiesta como cuerpo orgánico y que recibe de la Iglesia un mandato explícito (cf. *Apostolicam actuositatem*, 20). Queridos amigos, sobre la base de lo que sois, siguiendo los pasos de mis venerados predecesores, quiero confiaros algunas indicaciones de compromiso.

1. La perspectiva educativa

En la línea marcada por los obispos para las Iglesias que están en Italia, estáis llamados de modo especial a valorar vuestra vocación educativa. La Acción católica es una fuerza educativa cualificada, sostenida por buenos instrumentos, por una tradición más que centenaria. Sabéis educar a los niños y a los muchachos con vuestra asociación, sabéis llevar a cabo itinerarios educativos con adolescentes y jóvenes, sois capaces de una formación permanente para los adultos. Vuestra acción será más incisiva si, como ya hacéis, trabajáis aún más entre vosotros con una perspectiva profundamente unitaria y favorecéis la colaboración con otras fuerzas educativas tanto eclesiales como civiles. Para educar, es necesario ir más allá de la ocasión, del momento inmediato, y construir, con la colabo-

ración de todos, un proyecto de vida cristiana fundado en el Evangelio y en el magisterio de la Iglesia, poniendo en el centro una visión integral de la persona. Vuestro proyecto formativo es válido para muchos cristianos y hombres de buena voluntad, sobre todo si pueden ver en vosotros modelos de vida cristiana, de compromiso generoso y gozoso, de interioridad profunda y de comunión eclesial.

2. La propuesta de la santidad

Vuestras asociaciones han de ser gimnasios de santidad, en donde os entrenéis con dedicación plena a la causa del reino de Dios, en un planteamiento de vida profundamente evangélico que os caracteriza como como laicos creyentes en los ámbitos de la vida cotidiana. Esto exige oración intensa, tanto comunitaria como personal, escucha continua de la Palabra de Dios y asidua vida sacramental. Es necesario hacer que el término «santidad» sea una palabra común, no excepcional, que no designe sólo estados heroicos de vida cristiana, sino que indique en la realidad de todos los días una respuesta decidida y disponibilidad a la acción del Espíritu Santo.

3. La formación para el compromiso cultural y político

Santidad para vosotros significa también entregarse al servicio del bien común según los principios cristianos, ofreciendo en la vida de la ciudad pre-

sencias cualificadas, gratuitas, rigurosas en los comportamientos, fieles al magisterio eclesial y orientadas al bien de todos. Por tanto, la formación para el compromiso cultural y político representa para vosotros una labor importante que exige un pensamiento plasmado por el Evangelio, capaz de argumentar ideas y propuestas válidas para los laicos. Éste es un compromiso que se realiza ante todo a partir de la vida cotidiana, de madres y padres que afrontan los nuevos desafíos de la educación de los hijos, de trabajadores y de estudiantes, de centros de cultura orientados al servicio del crecimiento de todos. Italia ha atravesado períodos históricos difíciles y ha salido de ellos fortalecida, entre otras razones gracias a la entrega incondicional de laicos católicos, comprometidos en la política y en las instituciones. Hoy la vida pública del país exige una ulterior respuesta generosa por parte de los creyentes, para que pongan a disposición de todos, sus capacidades y fuerzas espirituales, intelectuales y morales.

4. Un amplio compromiso en el gran cambio del mundo y del Mediterráneo

Os pido, por último, que seáis generosos, acogedores, solidarios y sobre todo comunicadores de la belleza de la fe. Muchos hombres, mujeres y jóvenes entran en contacto con nuestro mundo, que conocen superficialmente, deslumbrados por imágenes ilusorias, y necesitan no perder la esperanza, no perder su dignidad. Tie-

nen necesidad de pan, de trabajo, de libertad, de justicia, de paz, de que se reconozcan sus inderogables derechos de hijos de Dios. Tienen necesidad de fe, y nosotros podemos ayudarles, respetando sus convicciones religiosas, en un intercambio libre y sereno, ofreciendo con sencillez, franqueza y celo nuestra fe en Jesucristo. En la construcción de la historia de Italia, la Acción católica -como escribí al presidente de la República con ocasión del 150° aniversario de la unidad de Italia- ha desempeñado un gran papel, esforzándose por mantener unidos el amor a la patria y la fe en Dios. Arraigada en todo el territorio nacional, también hoy puede contribuir a crear una cultura popular, generalizada, positiva, y formar personas responsables, capaces de ponerse al servicio del país, precisamente como en el período en el que se elaboró la Carta constitucional y se reconstruyó el país después de la segunda guerra mundial. La Acción católica puede ayudar a Italia a responder a su vocación peculiar, situada en el Mediterráneo, encrucijada de culturas, de aspiraciones, de tensiones que exigen una gran fuerza de comunión, de solidaridad y de generosidad. Italia siempre ha ofrecido a los pueblos cercanos y lejanos la riqueza de su cultura y de su fe, de su arte y de su pensamiento. Hoy vosotros, laicos cristianos, estáis llamados a ofrecer con convicción la belleza de vuestra cultura y las razones de vuestra fe, así como la solidaridad fraterna, para que Europa esté a la altura del desafío de la época actual.

A la vez que expreso a toda la Asamblea mis mejores deseos, saludo al presidente, profesor Franco Miano; al consiliario general, monseñor Domenico Sigalini; y a todos los delegados. Y a cada uno y a la gran familia de la Acción católica italiana envió una especial bendición apostólica.

Vaticano, 6 de mayo de 2011

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
para la XLVIII Jornada Mundial
de Oración por las Vocaciones. 15
de mayo de 2011 - IV Domingo de
Pascua***

Tema: *«Proponer las vocaciones en la Iglesia local»*

Queridos hermanos y hermanas

La XLVIII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones que se celebrará el 15 de mayo de 2011, cuarto Domingo de Pascua, nos invita a reflexionar sobre el tema: «Proponer las vocaciones en la Iglesia local». Hace setenta años, el Venerable Pío XII instituyó la Obra Pontificia para las Vocaciones Sacerdotales. A continuación, animadas por sacerdotes y laicos, obras semejantes fueron fundadas por Obispos en muchas diócesis como respuesta a la invitación del Buen Pastor, quien, «al ver a las gentes, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor», y

dijo: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» (*Mt 9, 36-38*).

El arte de promover y de cuidar las vocaciones encuentra un luminoso punto de referencia en las páginas del Evangelio en las que Jesús llama a sus discípulos a seguirle y los educa con amor y esmero. El modo en el que Jesús llamó a sus más estrechos colaboradores para anunciar el Reino de Dios ha de ser objeto particular de nuestra atención (cf. *Lc 10,9*). En primer lugar, aparece claramente que el primer acto ha sido la oración por ellos: antes de llamarlos, Jesús pasó la noche a solas, en oración y en la escucha de la voluntad del Padre (cf. *Lc 6, 12*), en una elevación interior por encima de las cosas ordinarias. La vocación de los discípulos nace precisamente en el coloquio íntimo de Jesús con el Padre. Las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada son primordialmente fruto de un constante contacto con el Dios vivo y de una insistente oración que se eleva al «Señor de la mies» tanto en las comunidades parroquiales, como en las familias cristianas y en los cenáculos vocacionales.

El Señor, al comienzo de su vida pública, llamó a algunos pescadores, entregados al trabajo a orillas del lago de Galilea: «Veníos conmigo y os haré pescadores de hombres» (*Mt 4, 19*). Les mostró su misión mesiánica con numerosos «signos» que indicaban su

amor a los hombres y el don de la misericordia del Padre; los educó con la palabra y con la vida, para que estuviesen dispuestos a ser los continuadores de su obra de salvación; finalmente, «sabiendo que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre» (Jn 13,1), les confió el memorial de su muerte y resurrección y, antes de ser elevado al cielo, los envió a todo el mundo con el mandato: «Id y haced discípulos de todos los pueblos» (Mt 28,19).

La propuesta que Jesús hace a quienes dice «¡Sígueme!» es ardua y exultante: los invita a entrar en su amistad, a escuchar de cerca su Palabra y a vivir con Él; les enseña la entrega total a Dios y a la difusión de su Reino según la ley del Evangelio: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24); los invita a salir de la propia voluntad cerrada en sí misma, de su idea de autorrealización, para sumergirse en otra voluntad, la de Dios, y dejarse guiar por ella; les hace vivir una fraternidad, que nace de esta disponibilidad total a Dios (cf. Mt 12, 49-50), y que llega a ser el rasgo distintivo de la comunidad de Jesús: «La señal por la que conocerán que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros» (Jn 13, 35).

También hoy, el seguimiento de Cristo es arduo; significa aprender a tener la mirada de Jesús, a conocerlo íntimamente, a escucharlo en la Palabra y a encontrarlo en los sacramentos;

quiere decir aprender a conformar la propia voluntad con la suya. Se trata de una verdadera y propia escuela de formación para cuantos se preparan para el ministerio sacerdotal y para la vida consagrada, bajo la guía de las autoridades eclesíásticas competentes. El Señor no deja de llamar, en todas las edades de la vida, para compartir su misión y servir a la Iglesia en el ministerio ordenado y en la vida consagrada, y la Iglesia «está llamada a custodiar este don, a estimarlo y amarlo. Ella es responsable del nacimiento y de la maduración de las vocaciones sacerdotales» (Juan Pablo II, *Exhort. ap. postsinodal Pastores dabo vobis*, 41). Especialmente, en nuestro tiempo, en el que, la voz del Señor parece ahogada por «otras voces» y la propuesta de seguirlo, entregando la propia vida, puede parecer demasiado difícil, toda comunidad cristiana, todo fiel, debería de asumir conscientemente el compromiso de promover las vocaciones. Es importante alentar y sostener a los que muestran claros indicios de la llamada a la vida sacerdotal y a la consagración religiosa, para que sientan el calor de toda la comunidad al decir «sí» a Dios y a la Iglesia. Yo mismo los aliento, como he hecho con aquellos que se decidieron ya a entrar en el Seminario, a quienes escribí: «Habéis hecho bien. Porque los hombres, también en la época del dominio tecnológico del mundo y de la globalización, seguirán teniendo necesidad de Dios, del Dios manifestado en Jesucristo y que nos reúne en la Iglesia universal, para aprender con Él y por

medio de Él la vida verdadera, y tener presentes y operativos los criterios de una humanidad verdadera» (*Carta a los Seminaristas*, 18 octubre 2010).

Conviene que cada Iglesia local se haga cada vez más sensible y atenta a la pastoral vocacional, educando en los diversos niveles: familiar, parroquial y asociativo, principalmente a los muchachos, a las muchachas y a los jóvenes -como hizo Jesús con los discípulos- para que madure en ellos una genuina y afectuosa amistad con el Señor, cultivada en la oración personal y litúrgica; para que aprendan la escucha atenta y fructífera de la Palabra de Dios, mediante una creciente familiaridad con las Sagradas Escrituras; para que comprendan que adentrarse en la voluntad de Dios no aniquila y no destruye a la persona, sino que permite descubrir y seguir la verdad más profunda sobre sí mismos; para que vivan la gratuidad y la fraternidad en las relaciones con los otros, porque sólo abriéndose al amor de Dios es como se encuentra la verdadera alegría y la plena realización de las propias aspiraciones. «Proponer las vocaciones en la Iglesia local», significa tener la valentía de indicar, a través de una pastoral vocacional atenta y adecuada, este camino arduo del seguimiento de Cristo, que, al estar colmado de sentido, es capaz de implicar toda la vida.

Me dirijo particularmente a vosotros, queridos Hermanos en el Episcopado. Para dar continuidad y difusión a vues-

tra misión de salvación en Cristo, es importante incrementar cuanto sea posible «las vocaciones sacerdotales y religiosas, poniendo interés especial en las vocaciones misioneras» (Decr. *Christus Dominus*, 15). El Señor necesita vuestra colaboración para que sus llamadas puedan llegar a los corazones de quienes ha escogido. Tened cuidado en la elección de los agentes pastorales para el Centro Diocesano de Vocaciones, instrumento precioso de promoción y organización de la pastoral vocacional y de la oración que la sostiene y que garantiza su eficacia. Además, quisiera recordaros, queridos Hermanos Obispos, la solicitud de la Iglesia universal por una equilibrada distribución de los sacerdotes en el mundo. Vuestra disponibilidad hacia las diócesis con escasez de vocaciones es una bendición de Dios para vuestras comunidades y para los fieles es testimonio de un servicio sacerdotal que se abre generosamente a las necesidades de toda la Iglesia.

El Concilio Vaticano II ha recordado explícitamente que «el deber de fomentar las vocaciones pertenece a toda la comunidad de los fieles, que debe procurarlo, ante todo, con una vida totalmente cristiana» (Decr. *Optatam totius*, 2). Por tanto, deseo dirigir un fraterno y especial saludo y aliento, a cuantos colaboran de diversas maneras en las parroquias con los sacerdotes. En particular, me dirijo a quienes pueden ofrecer su propia contribución a la pastoral de las vocaciones: sacerdotes, familias, catequistas, animadores. A los

sacerdotes les recomiendo que sean capaces de dar testimonio de comunión con el Obispo y con los demás hermanos, para garantizar el humus vital a los nuevos brotes de vocaciones sacerdotales. Que las familias estén «animadas de espíritu de fe, de caridad y de piedad» (ibid), capaces de ayudar a los hijos e hijas a acoger con generosidad la llamada al sacerdocio y a la vida consagrada. Los catequistas y los animadores de las asociaciones católicas y de los movimientos eclesiales, convencidos de su misión educativa, procuren «cultivar a los adolescentes que se les han confiado, de forma que éstos puedan sentir y seguir con buen ánimo la vocación divina» (ibid).

Queridos hermanos y hermanas, vuestro esfuerzo en la promoción y cuidado de las vocaciones adquiere plenitud de sentido y de eficacia pastoral cuando se realiza en la unidad de la Iglesia y va dirigido al servicio de la comunión. Por eso, cada momento de la vida de la comunidad eclesial -catequesis, encuentros de formación, oración litúrgica, peregrinaciones a los santuarios- es una preciosa oportunidad para suscitar en el Pueblo de Dios, particularmente entre los más pequeños y en los jóvenes, el sentido de pertenencia a la Iglesia y la responsabilidad de la respuesta a la llamada al sacerdocio y a la vida consagrada, llevada a cabo con elección libre y consciente.

La capacidad de cultivar las vocaciones es un signo característico de la vi-

talidad de una Iglesia local. Invocamos con confianza e insistencia la ayuda de la Virgen María, para que, con el ejemplo de su acogida al plan divino de la salvación y con su eficaz intercesión, se pueda difundir en el interior de cada comunidad la disponibilidad a decir «sí» al Señor, que llama siempre a nuevos trabajadores para su mies. Con este deseo, imparto a todos de corazón mi Bendición Apostólica.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
para la XLV Jornada Mundial de las
Comunicaciones Sociales***

**Verdad, anuncio y autenticidad de
vida en la era digital**

5 de junio 2011

Queridos hermanos y hermanas

Con ocasión de la XLV Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, deseo compartir algunas reflexiones, motivadas por un fenómeno característico de nuestro tiempo: la propagación de la comunicación a través de internet. Se extiende cada vez más la opinión de que, así como la revolución industrial produjo un cambio profundo en la sociedad, por las novedades introducidas en el ciclo productivo y en la vida de los trabajadores, la amplia transformación en el campo de las comunicaciones dirige las grandes mutaciones culturales y socia-

les de hoy. Las nuevas tecnologías no modifican sólo el modo de comunicar, sino la comunicación en sí misma, por lo que se puede afirmar que nos encontramos ante una vasta transformación cultural. Junto a ese modo de difundir información y conocimientos, nace un nuevo modo de aprender y de pensar, así como nuevas oportunidades para establecer relaciones y construir lazos de comunión.

Se presentan a nuestro alcance objetivos hasta ahora impensables, que asombran por las posibilidades de los nuevos medios, y que a la vez exigen con creciente urgencia una seria reflexión sobre el sentido de la comunicación en la era digital. Esto se ve más claramente aún cuando nos confrontamos con las extraordinarias potencialidades de internet y la complejidad de sus aplicaciones. Como todo fruto del ingenio humano, las nuevas tecnologías de comunicación deben ponerse al servicio del bien integral de la persona y de la humanidad entera. Si se usan con sabiduría, pueden contribuir a satisfacer el deseo de sentido, de verdad y de unidad que sigue siendo la aspiración más profunda del ser humano.

Transmitir información en el mundo digital significa cada vez más introducirla en una red social, en la que el conocimiento se comparte en el ámbito de intercambios personales. Se relativiza la distinción entre el productor y el consumidor de información, y la comunicación ya no se reduce a un in-

tercambio de datos, sino que se desea compartir. Esta dinámica ha contribuido a una renovada valoración del acto de comunicar, considerado sobre todo como diálogo, intercambio, solidaridad y creación de relaciones positivas. Por otro lado, todo ello tropieza con algunos límites típicos de la comunicación digital: una interacción parcial, la tendencia a comunicar sólo algunas partes del propio mundo interior, el riesgo de construir una cierta imagen de sí mismos que suele llevar a la auto-complacencia.

De modo especial, los jóvenes están viviendo este cambio en la comunicación con todas las aspiraciones, las contradicciones y la creatividad propias de quienes se abren con entusiasmo y curiosidad a las nuevas experiencias de la vida. Cuanto más se participa en el espacio público digital, creado por las llamadas redes sociales, se establecen nuevas formas de relación interpersonal que inciden en la imagen que se tiene de uno mismo. Es inevitable que ello haga plantearse no sólo la pregunta sobre la calidad del propio actuar, sino también sobre la autenticidad del propio ser. La presencia en estos espacios virtuales puede ser expresión de una búsqueda sincera de un encuentro personal con el otro, si se evitan ciertos riesgos, como buscar refugio en una especie de mundo paralelo, o una excesiva exposición al mundo virtual. El anhelo de compartir, de establecer “amistades”, implica el desafío de ser auténtico.

ticos, fieles a sí mismos, sin ceder a la ilusión de construir artificialmente el propio “perfil” público.

Las nuevas tecnologías permiten a las personas encontrarse más allá de las fronteras del espacio y de las propias culturas, inaugurando así un mundo nuevo de amistades potenciales. Ésta es una gran oportunidad, pero supone también prestar una mayor atención y una toma de conciencia sobre los posibles riesgos. ¿Quién es mi “prójimo” en este nuevo mundo? ¿Existe el peligro de estar menos presentes con quien encontramos en nuestra vida cotidiana ordinaria? ¿Tenemos el peligro de caer en la dispersión, dado que nuestra atención está fragmentada y absorpta en un mundo “diferente” al que vivimos? ¿Dedicamos tiempo a reflexionar críticamente sobre nuestras decisiones y a alimentar relaciones humanas que sean realmente profundas y duraderas? Es importante recordar siempre que el contacto virtual no puede y no debe sustituir el contacto humano directo, en todos los aspectos de nuestra vida.

También en la era digital, cada uno siente la necesidad de ser una persona auténtica y reflexiva. Además, las redes sociales muestran que uno está siempre implicado en aquello que comunica. Cuando se intercambian informaciones, las personas se comparten a sí mismas, su visión del mundo, sus esperanzas, sus ideales. Por eso, puede decirse que existe un estilo cristiano de presen-

cia también en el mundo digital, caracterizado por una comunicación franca y abierta, responsable y respetuosa del otro. Comunicar el Evangelio a través de los nuevos medios significa no sólo poner contenidos abiertamente religiosos en las plataformas de los diversos medios, sino también dar testimonio coherente en el propio perfil digital y en el modo de comunicar preferencias, opciones y juicios que sean profundamente concordes con el Evangelio, incluso cuando no se hable explícitamente de él. Asimismo, tampoco se puede anunciar un mensaje en el mundo digital sin el testimonio coherente de quien lo anuncia. En los nuevos contextos y con las nuevas formas de expresión, el cristiano está llamado de nuevo a responder a quien le pida razón de su esperanza (cf. *1 P 3,15*).

El compromiso de ser testigos del Evangelio en la era digital exige a todos el estar muy atentos con respecto a los aspectos de ese mensaje que puedan contrastar con algunas lógicas típicas de la red. Hemos de tomar conciencia sobre todo de que el valor de la verdad que deseamos compartir no se basa en la “popularidad” o la cantidad de atención que provoca. Debemos darla a conocer en su integridad, más que intentar hacerla aceptable, quizá desvirtuándola. Debe transformarse en alimento cotidiano y no en atracción de un momento.

La verdad del Evangelio no puede ser objeto de consumo ni de disfrute su-

perificial, sino un don que pide una respuesta libre. Esa verdad, incluso cuando se proclama en el espacio virtual de la red, está llamada siempre a encarnarse en el mundo real y en relación con los rostros concretos de los hermanos y hermanas con quienes compartimos la vida cotidiana. Por eso, siguen siendo fundamentales las relaciones humanas directas en la transmisión de la fe.

Con todo, deseo invitar a los cristianos a unirse con confianza y creatividad responsable a la red de relaciones que la era digital ha hecho posible, no simplemente para satisfacer el deseo de estar presentes, sino porque esta red es parte integrante de la vida humana. La red está contribuyendo al desarrollo de nuevas y más complejas formas de conciencia intelectual y espiritual, de comprensión común. También en este campo, estamos llamados a anunciar nuestra fe en Cristo, que es Dios, el Salvador del hombre y de la historia, Aquél en quien todas las cosas alcanzan su plenitud (cf. *Ef* 1, 10). La proclamación del Evangelio supone una forma de comunicación respetuosa y discreta, que incita el corazón y mueve la conciencia; una forma que evoca el estilo de Jesús resucitado cuando se hizo compañero de camino de los discípulos de Emaús (cf. *Lc* 24, 13-35), a quienes mediante su cercanía condujo gradualmente a la comprensión del misterio, dialogando con ellos, tratando con delicadeza que manifestaran lo que tenían en el corazón.

La Verdad, que es Cristo, es en definitiva la respuesta plena y auténtica a ese deseo humano de relación, de comunión y de sentido, que se manifiesta también en la participación masiva en las diversas redes sociales. Los creyentes, dando testimonio de sus más profundas convicciones, ofrecen una valiosa aportación, para que la red no sea un instrumento que reduce las personas a categorías, que intenta manipularlas emotivamente o que permite a los poderosos monopolizar las opiniones de los demás. Por el contrario, los creyentes animan a todos a mantener vivas las cuestiones eternas sobre el hombre, que atestiguan su deseo de trascendencia y la nostalgia por formas de vida auténticas, dignas de ser vividas. Esta tensión espiritual típicamente humana es precisamente la que fundamenta nuestra sed de verdad y de comunión, que nos empuja a comunicarnos con integridad y honradez.

Invito, sobre todo, a los jóvenes a hacer buen uso de su presencia en el espacio digital. Les reitero nuestra cita en la próxima Jornada Mundial de la Juventud, en Madrid, cuya preparación debe mucho a las ventajas de las nuevas tecnologías. Para quienes trabajan en la comunicación, pido a Dios, por intercesión de su Patrón, san Francisco de Sales, la capacidad de ejercer su labor conscientemente y con escrupulosa profesionalidad, a la vez que imparto a todos la Bendición Apostólica.

VIAJES - VISITA PASTORAL A AQUILEYA Y VENECIA (7-8 DE MAYO DE 2011)

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en la Piazza Capitolo de Aquileya

7 de mayo de 2011

Grandeza y gloria de la ciudad y de la Iglesia de Aquileya

Con una gran alegría vengo entre vosotros, hijos y herederos de la ilustre Iglesia de Aquileya, e inicio desde aquí mi visita a las Iglesias de estas tierras. Vaya mi cordial saludo a todos vosotros, pastores y autoridades civiles, fieles de las diócesis del Trivéneto y también de las de Eslovenia, Croacia, Austria y Baviera.

Agradezco al alcalde de Aquileya sus amables palabras. Los restos arqueológicos y los admirables vestigios artísticos que hacen a Aquileya tan famosa en todo lugar me invitan en este momento a evocar los orígenes de esta ciudad, que surgió en el año 181 y prosperó durante los siglos sucesivos, como canta el obispo y poeta Paulino: «...Hermosa, ilustre, espléndida por tus palacios, famosa por tus murallas y más aún por las innumerables multitudes de tus ciudadanos. Todas las ciudades de la región de Venecia te estaban sometidas y habían hecho de ti su capital y metrópolis, pues eras floreciente por tu clero y espléndida por tus iglesias, que habías dedicado a Cristo» (*Poetae latini aevi Carolini*, en MI. G. H, 1881, pág. 142). Aquileya nació y floreció en ple-

no auge del poder del Imperio, como puerta entre Oriente y Occidente, plaza de armas y lugar de intercambios, económicos y culturales.

¡Pero otra era la gloria de Aquileya! En efecto, como nos dice San Pablo, Dios no ha escogido lo que es noble y poderoso, sino lo que para el mundo es débil y necio (cf. *1 Cor* 1, 27-28). En la lejana provincia de Siria, en tiempos de César Augusto, había nacido aquél que venía a iluminar a los hombres con la luz de la Verdad: Jesús, hijo de María, Hijo consustancial y eterno del Padre, revelador del imperio perenne de Dios sobre los hombres, de su designio de comunión para todos los pueblos; aquel que con su muerte de cruz, sufrida por obra del Imperio, instauraría el reino verdadero de justicia, de amor y de paz, dando a los hombres que lo acogieran el «poder de ser hijos de Dios» (*Jn* 1, 12). Desde Jerusalén, a través de la Iglesia de Alejandría, llegó también aquí la Buena Noticia de la salvación de Cristo. Llegó a esta región romana la simiente de la gran esperanza. La comunidad de Aquileya se volvió muy pronto, en el seno de la *Decima regio* del Imperio, comunidad de mártires, de testigos heroicos de la fe en el Resucitado, semilla de nuevos discípulos y de nuevas comunidades.

La grandeza de Aquileya se debió, pues, no sólo a ser la novena ciudad del Imperio y la cuarta de Italia, sino tam-

bién una Iglesia viva, ejemplar, capaz de un anuncio evangélico auténtico, valientemente difundido en las regiones colindantes y conservado y alimentado durante siglos. Rindo, pues, homenaje a esta tierra bendita, regada por la sangre y por el sacrificio de tantos testigos, y rezo a los santos mártires de Aquileya para que susciten hoy también en la Iglesia discípulos de Cristo valientes y fieles, entregados únicamente a él y como tales convencidos y convincentes.

La libertad de culto concedida en el siglo IV al cristianismo no hizo sino extender el radio de acción de la Iglesia de Aquileya, dilatándolo allende los confines naturales de *Venetia et Histria* hasta Recia, el Nórico, las amplias regiones del Danubio, Panonia, Savia. De esta manera fue formándose la provincia eclesiástica metropolitana de Aquileya, a la que obispos de Iglesias harto lejanas prestaban obediencia, acogían su profesión de fe, estrechaban con ella lazos indisolubles de comunión eclesial, litúrgica, disciplinaria e incluso arquitectónica. Era Aquileya el corazón palpitante de esta región bajo la guía docta e intrépida de santos pastores que la defendieron de la invasión del arrianismo. De entre todos ellos, recordaré a Cromacio -del que ya traté en mi Catequesis del 5 de diciembre de 2007-, obispo solícito y laborioso como Agustín en Hipona, como Ambrosio en Milán, «santísimo y doctísimo entre los obispos», como lo definió Jerónimo. Lo que engrandeció a la Iglesia a la que Cromacio amó y sirvió fue su profesión de fe en Jesucristo,

verdadero Dios y hombre verdadero. Al comentar el relato evangélico de la mujer que perfuma ante todo los pies y después la cabeza de Jesús, afirma él: «Los pies de Cristo indican el misterio de su encarnación, por el que se ha dignado nacer de una virgen en estos últimos tiempos; la cabeza, por el contrario, indica la gloria de su divinidad, en la que procede del Padre antes de todos los tiempos (...). Ello significa que hemos de creer dos cosas acerca de Cristo: que es Dios y que es hombre, Dios engendrado por el Padre, hombre nacido de una virgen (...). Si no creemos estas dos cosas acerca de Cristo, no podemos ser salvados de ninguna otra forma» (Cromacio de Aquileya, *Catechesi al popolo*, Città Nuova, 1989, pág. 93).

Queridos hermanos, hijos y herederos de la gloriosa Iglesia de Aquileya: Hoy estoy entre vosotros para admirar esta antigua y valiosa tradición, pero sobre todo para confirmaros en la fe profunda de vuestros padres; en esta hora de la historia, redescubrid, defended, profesad con fervor espiritual esta verdad fundamental. Y es que sólo de Cristo puede la humanidad recibir esperanza y futuro; sólo en él puede encontrar el significado y la fuerza del perdón, de la justicia, de la paz. ¡Mantened siempre vivas, con valentía, la fe y las obras de vuestros orígenes! Sed en vuestras Iglesias y en la sociedad «*quasi beatorum chorus*», como afirmaba Jerónimo del clero de Aquileya, mediante la unidad de la fe, el estudio de la Palabra, el amor fraterno, la armonía gozosa y

multiforme del testimonio eclesial. Os invito a convertirnos una y otra vez en discípulos del Evangelio, para traducir éste en fervor espiritual, claridad de fe, caridad sincera, sensibilidad solícita para con los pobres; ojalá forjéis vuestra vida conforme a aquel «*sermo rusticus*» del que hablaba el mismo Jerónimo al referirse a la calidad evangélica de la comunidad de Aquileya. Acudid asiduamente al «pesebre» -como decía Cromacio-, es decir, al altar, en el que el alimento es el mismo Cristo, Pan de vida, fuerza en las persecuciones, alimento que anima en todo desaliento y debilidad, manjar del valor y del ardor cristiano. Que el recuerdo de la santa Madre Iglesia de Aquileya os sostenga, os impulse hacia nuevas metas misionales en este atormentado período histórico, os haga artífices de unidad y de comprensión entre los pueblos de vuestras tierras. Que os proteja siempre en el camino la Virgen María y os acompañe mi bendición.

Gracias por vuestra acogida, gracias por vuestra alegría. Gracias

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante la asamblea del segundo
Congreso de Aquilea***

Basilica de Aquilea. Sábado, 7 de mayo de 2011

Señor cardenal patriarca, venerados hermanos en el episcopado y en el sa-

cerdocio, queridos hermanos y hermanas:

En el magnífico marco de esta histórica basílica que de modo solemne nos acoge, os dirijo mi cordial saludo a todos vosotros, que representáis a las quince diócesis del Trivéneto. Me alegra mucho encontrarme con vosotros mientras os preparáis a celebrar, el año que viene, la segunda asamblea eclesial de Aquileya. Saludo con afecto al cardenal patriarca de Venecia y a los hermanos en el episcopado, en particular al arzobispo de Gorizia, a quien doy las gracias por las palabras con las que me ha acogido, y al arzobispo-obispo de Padua, que nos ha ofrecido una visión del camino hacia la asamblea. También saludo con afecto a los presbíteros, a los religiosos, a las religiosas y a los numerosos fieles laicos. Con el apóstol san Juan, también yo os repito: «Gracia y paz a vosotros de parte del que es, el que era y ha de venir» (*Ap* 1, 4). A través de la «asamblea sinodal» el Espíritu Santo habla a vuestras amadas Iglesias y a todos vosotros singularmente, sosteniéndoos para un crecimiento más maduro en la comunión y en la colaboración recíproca. Esta «asamblea eclesial» permite a todas las comunidades cristianas, a las que representáis, compartir ante todo la experiencia originaria del cristianismo, la del encuentro personal con Jesús, que revela plenamente a cada hombre y a cada mujer el significado y la dirección del camino en la vida y en la historia.

Oportunamente habéis querido que también vuestra asamblea eclesial tuviera lugar en la Iglesia madre de Aquileya, de la que nacieron las Iglesias del nordeste de Italia, pero también las Iglesias de Eslovenia y de Austria, y algunas Iglesias de Croacia y de Baviera, e incluso de Hungría. Reunirse en Aquileya constituye, por ello, un significativo retorno a las «raíces» para redescubrirse «piedras» vivas del edificio espiritual que tiene su cimiento en Cristo y su prolongación en los testigos más elocuentes de la Iglesia de Aquileya: los santos Hermágoras y Fortunato, Hilario y Taciano, Crisógono, Valeriano y Cromacio. Volver a Aquileya significa sobre todo aprender de la gloriosa Iglesia que os ha engendrado cómo comprometerse hoy, en un mundo radicalmente cambiado, para una nueva evangelización de vuestro territorio y para entregar a las futuras generaciones la valiosa herencia de la fe cristiana.

«El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (*Ap* 2, 7). Vuestros pastores han repetido esta invitación del Apocalipsis a todas vuestras Iglesias particulares y a las diversas realidades eclesiales. Os han impulsado así a descubrir y a «narrar» lo que el Espíritu Santo ha realizado y está realizando en vuestras comunidades; a leer con los ojos de la fe las profundas transformaciones que están teniendo lugar, los nuevos retos, las preguntas emergentes. ¿Cómo anunciar a Jesucristo?, ¿cómo comunicar el Evangelio y cómo educar en la fe hoy? Habéis decidido

prepararos, de forma capilar, diócesis por diócesis, de cara a la asamblea de 2012, para afrontar también los desafíos que superan los confines de las diversas realidades diocesanas, en una nueva evangelización arraigada en la fe de siglos y renovada con vigor. La presencia hoy, en esta espléndida basílica, de las diócesis nacidas de Aquileya parece indicar la misión del nordeste del futuro, que se abre también a los territorios limítrofes y a los que, por diversas razones, entran en contacto con ellos. El nordeste de Italia es testigo y heredero de una rica historia de fe, de cultura y de arte, cuyos signos aún son bien visibles incluso en la actual sociedad secularizada. La experiencia cristiana ha forjado un pueblo afable, laborioso, tenaz, solidario, que está marcado en profundidad por el Evangelio de Cristo, aun en la pluralidad de sus identidades culturales. Lo demuestran la vitalidad de vuestras comunidades parroquiales, la vivacidad de las asociaciones, el compromiso responsable de los agentes pastorales. El horizonte de la fe y las motivaciones cristianas han dado y siguen dando nuevo impulso a la vida social, inspiran las intenciones y guían las costumbres. Signos evidentes de ello son la apertura a la dimensión trascendente de la vida, a pesar del materialismo generalizado; un sentido religioso de fondo, compartido casi por la totalidad de la población; el apego a las tradiciones religiosas; la renovación de los itinerarios de iniciación cristiana; las múltiples expresiones de fe, de caridad y de cultura; las manifestacio-

nes de la religiosidad popular; el sentido de la solidaridad y el voluntariado. Custodiad, reforzad, vivid esta valiosa herencia. Sed celosos de lo que ha hecho y sigue haciendo grandes a estas tierras.

La misión prioritaria que el Señor os confía hoy, renovados por el encuentro personal con él, consiste en dar testimonio del amor de Dios al hombre. Estáis llamados a hacerlo ante todo con las obras de amor y con las opciones de vida a favor de las personas concretas, comenzando por las más débiles, frágiles, indefensas, no autosuficientes, como los pobres, los ancianos, los enfermos, los discapacitados, aquéllos a quienes san Pablo llama las partes más débiles del cuerpo eclesial (cf. *1 Co* 12, 15-27). Las ideas y las realizaciones con respecto a la longevidad, recurso valioso para las relaciones humanas, son un bello e innovador testimonio de la caridad evangélica proyectada en dimensión social. Procurad poner en el centro de vuestra atención a la familia, cuna del amor y de la vida, célula fundamental de la sociedad y de la comunidad eclesial; este compromiso pastoral resulta más urgente por la crisis cada vez más extendida de la vida conyugal y por el descenso de la natalidad. En toda vuestra acción pastoral prestad atención especial a los jóvenes: éstos, que hoy albergan gran incertidumbre respecto a su futuro, a menudo viven en una condición de malestar, de inseguridad y de fragilidad, pero llevan en el corazón una gran hambre y sed

de Dios, que pide constante atención y respuesta.

También en este contexto vuestro, la fe cristiana debe afrontar hoy nuevos retos: la búsqueda a menudo exasperada del bienestar económico, en una fase de grave crisis económica y financiera, el materialismo práctico y el subjetivismo dominante. En la complejidad de esas situaciones, estáis llamados a promover el sentido cristiano de la vida, mediante el anuncio explícito del Evangelio, llevado con sano orgullo y con profunda alegría a los diversos ámbitos de la existencia cotidiana. De la fe vivida con valentía, brota, hoy como en el pasado, una fecunda cultura hecha de amor a la vida, desde la concepción hasta su término natural, de promoción de la dignidad de la persona, de exaltación de la importancia de la familia, fundada en el matrimonio fiel y abierto a la vida, de compromiso por la justicia y la solidaridad. Los actuales cambios culturales exigen que seáis cristianos convencidos, «dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza» (*1 P* 3, 15), capaces de afrontar los nuevos desafíos culturales, en contraste respetuoso, constructivo y consciente, con todos los sujetos que viven en esta sociedad.

La posición geográfica del nordeste, ya no sólo encrucijada entre el este y el oeste de Europa, sino también entre el norte y el sur (el Adriático lleva al Mediterráneo al corazón de Europa),

el fenómeno masivo del turismo y de la inmigración, la movilidad territorial y el proceso de homologación provocado por la acción invasora de los medios de comunicación, han acentuado el pluralismo cultural y religioso. En este contexto, que en cualquier caso es el que la Providencia nos da, es necesario que los cristianos, sostenidos por una «esperanza fiable», propongan la belleza del acontecimiento de Jesucristo, camino, verdad y vida, a todo hombre y a toda mujer, en una relación franca y sincera con los no practicantes, con los no creyentes y con los creyentes de otras religiones. Estáis llamados a vivir con la actitud llena de fe que se describe en la *Carta a Diogneto*: no reneguéis nada del Evangelio en el que creéis, sino estad en medio de los demás hombres con simpatía, comunicando en vuestro propio estilo de vida ese humanismo que hunde sus raíces en el cristianismo, tratando de construir juntamente con todos los hombres de buena voluntad una «ciudad» más humana, más justa y solidaria.

Como atestigua la larga tradición del catolicismo en estas regiones, seguid dando testimonio con energía del amor de Dios también con la promoción del «bien común»: el bien de todos y de cada uno. Vuestras comunidades eclesiales tienen en general una relación positiva con la sociedad civil y con las diversas instituciones. Seguid dando vuestra contribución para humanizar los espacios de la convivencia civil. Por último, os recomiendo también a vosotros, como a las demás Iglesias que están

en Italia, el compromiso de suscitar una nueva generación de hombres y mujeres capaces de asumir responsabilidades directas en los diversos ámbitos de la sociedad, de modo particular en el político. Éste tiene necesidad más que nunca de ver personas, sobre todo jóvenes, capaces de edificar una «vida buena» a favor y al servicio de todos. En efecto, de este compromiso no pueden sustraerse los cristianos, que ciertamente son peregrinos hacia el cielo, pero que ya viven aquí un anticipo de eternidad.

Queridos hermanos y hermanas, doy gracias a Dios que me ha concedido compartir este momento tan significativo con vosotros. Os encomiendo a la santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, y a vuestros santos patronos, y os imparto con gran afecto la bendición apostólica a todos vosotros y a vuestros seres queridos. Gracias por vuestra atención.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el muelle de San Marcos de
Venecia***

7 de mayo de 2011

Venecia, puente y encrucijada entre oriente y occidente.

Dirijo un saludo cordial a cuantos, desde las diferentes calles y plazas de esta maravillosa ciudad, confluido en este muelle para expresar vuestro afecto al Sucesor de Pedro, venido en pere-

grinación a las tierras de San Marcos. Vuestra presencia, acompañada de vibrante entusiasmo, expresa vuestra fe y vuestra devoción, lo que es para mí motivo de gran alegría. Vaya un agradecimiento especial al señor alcalde Por las nobles expresiones que, también en nombre de toda la ciudad, me ha dirigido, así como por los sentimientos que me ha manifestado; con él saludo y doy las gracias a todas las demás autoridades civiles y militares que han acudido a recibirme.

Hoy tengo la alegría de poder reunirme con las gentes de esta laguna. Vengo entre vosotros para reforzar el vínculo profundo de comunión que os une históricamente al Obispo de Roma, y del que son testigos ante todo los venerados pastores que desde esa sede patriarcal pasaron a la de San Pedro: muchos conserváis vivo el recuerdo del patriarca Albino Luciani, hijo de estas tierras vénetas, que llegó a ser Papa con el nombre de Juan Pablo I; ¿y cómo no recordar al patriarca Angelo Giuseppe Roncalli, que, convertido en el Papa Juan XXIII, ha sido elevado por la Iglesia a la gloria de los altares y proclamado beato? Recordemos, por último, al patriarca Giuseppe Sarto —el futuro San Pío X—, que con su ejemplo de santidad sigue vivificando a esta Iglesia particular y a toda la Iglesia universal. Atestiguan, asimismo, el desvelo pastoral de los Papas por vuestra ciudad las visitas realizadas por el siervo de Dios, Pablo VI, y por el beato, Juan Pablo II. Yo también, siguiendo

las huellas de estos antecesores míos, he querido venir hoy entre vosotros para traeros una palabra de amor y de esperanza y confirmaros en la fe de la Iglesia, que el Señor Jesús quiso fundar sobre esa roca que es Pedro y encomendó al gobierno de los Apóstoles y de sus sucesores, en comunión con la Iglesia de Roma, «que preside en la caridad» (San Ignacio).

Queridos amigos: Siguiendo las tradiciones venecianas, habéis querido recibirme en este sugestivo lugar, que es como la puerta de acceso al corazón de la ciudad. Desde aquí, la mirada abarca toda la tranquila cuenca de San Marcos, el elegante Palacio Ducal, la maravillosa mole de su basílica, el perfil inconfundible de la ciudad, justamente llamada «la perla del Adriático». Desde este muelle se puede captar ese aspecto de apertura singular que caracteriza desde siempre a Venecia, encrucijada de personas y comunidades de toda procedencia, cultura, lengua y religión. Punto de arribada de encuentro para los hombres de todos los continentes, por su belleza, su historia, sus tradiciones cívicas, esta ciudad ha respondido durante siglos a su especial vocación de puente entre Occidente y Oriente. También en esta época nuestra, con sus nuevas perspectivas y sus complejos desafíos, Venecia está llamada a asumir importantes responsabilidades con vistas a la promoción de una cultura de acogida y de colaboración, capaz de tender puentes de diálogo entre los pueblos y las naciones; de una cultura

de la concordia y del amor, sólidamente cimentada en el Evangelio.

El esplendor de sus monumentos y la fama de sus instituciones seculares ponen de manifiesto la historia gloriosa y el carácter de las gentes vénetas, honradas y trabajadoras, dotadas de gran sensibilidad, de capacidades organizativas y de lo que en lenguaje diario suele llamarse «sentido común». Semejante patrimonio de tradiciones cívicas, culturales y artísticas tuvo un desarrollo fecundo gracias también a la recepción de la fe cristiana, cuyas raíces se remontan muy lejos, desde que surgieron los primeros asentamientos en esta laguna. Con el paso de los siglos, la fe transmitida por los primeros evangelizadores arraigó de forma cada vez más profunda en el entramado social, hasta convertirse en parte esencial de éste. De ello dan testimonio visible sus espléndidas iglesias y las numerosas hornacinas devotas diseminadas entre sus calles, canales y puentes. Quisiera recordar, de especial manera, los dos importantes santuarios que, en diferentes épocas, edificaron los venecianos en cumplimiento de un voto para obtener de la, Divina Providencia la liberación del flagelo de la peste, ubicados ambos frente a este muelle: la basílica del Redentor y el santuario de la Virgen de la Salud, metas ambos de numerosos, peregrinos en sus correspondientes efemérides anuales. Vuestros padres sabían cabalmente que la vida humana está en manos de Dios, sin cuya bendición en vano construye el hombre, Por eso, al visitar vuestra ciu-

dad, le pido al Señor que os dé a todos una fe sincera y fructífera, capaz de fomentar una gran esperanza y una búsqueda paciente del bien común.

Queridos amigos: Mi oración se eleva a Dios para implorar que derrame sus bendiciones sobre Venecia y su territorio. A todos vosotros, queridos venecianos, os invito a buscar y conservar siempre esa armonía entre la visión de la fe y la de la razón que permite que la conciencia perciba el bien verdadero, para que las elecciones de la comunidad civil se inspiren siempre en los principios éticos que responden a la verdad profunda de la naturaleza humana. No puede el hombre renunciar a la verdad sobre sí mismo sin que dejen de resentirse su sentido de responsabilidad personal, su solidaridad para con los demás, su honradez en las relaciones económicas y laborales.

Mientras penetramos en la festividad dominical a través del crepúsculo de este día, dispongámonos a celebrar la Pascua semanal del Señor con la alegría que caracteriza al Tiempo Pascual y con la certeza de que Jesús venció a la muerte con su resurrección y quiere hacernos partícipes de su misma vida. Al encomendaros a la protección maternal de María Santísima, invoco la bendición del Señor sobre esta ciudad, sobre todos sus habitantes, sobre quienes la gobiernan y sobre cuantos se prodigan para hacerla cada vez más digna de Dios y del hombre.

Gracias a todos vosotros y feliz domingo.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa en el parque
San Julián***

Domingo, 8 de mayo de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra mucho estar hoy entre vosotros y celebrar con vosotros y para vosotros esta solemne Eucaristía. Es significativo que el lugar escogido para esta liturgia sea el parque de San Julián: un espacio en donde normalmente no se celebran ritos religiosos, sino manifestaciones culturales y musicales. Hoy este espacio acoge a Jesús resucitado, realmente presente en su Palabra, en la asamblea del pueblo de Dios con sus pastores y, de modo eminente, en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. A vosotros venerados hermanos obispos, con los presbíteros y los diáconos, y a vosotros, religiosos, religiosas y laicos, os dirijo mi más cordial saludo, pensando en particular en los enfermos aquí presentes, acompañados por la UNITALSI. ¡Gracias por vuestra cordial acogida! Saludo con afecto al patriarca, cardenal Angelo Scola, a quien agradezco las sentidas palabras que me ha dirigido al inicio de la santa misa. Dirijo un deferente saludo al alcalde, al ministro de Bienes y actividades culturales, en representación del Gobierno, al ministro de Trabajo y políticas sociales, y a las autoridades civiles y militares, que con su presencia han querido honrar este encuentro. Un sentido agradecimiento a todos aque-

llos que generosamente han prestado su colaboración para la preparación y el desarrollo de mi visita pastoral. ¡Gracias de corazón!

El Evangelio del tercer domingo de Pascua, que acabamos de escuchar, presenta el episodio de los discípulos de Emaús (cf. *Lc 24, 13-35*), un relato que no acaba nunca de sorprendernos y conmovernos. Este episodio muestra las consecuencias de la obra de Jesús resucitado en los dos discípulos: conversión de la desesperación a la esperanza; conversión de la tristeza a la alegría; y también conversión a la vida comunitaria. A veces, cuando se habla de conversión, se piensa únicamente a su aspecto arduo, de desprendimiento y de renuncia. En cambio, la conversión cristiana es también y, sobre todo, fuente de gozo, de esperanza y de amor. Es siempre obra de Jesús resucitado, Señor de la vida, que nos ha obtenido esta gracia por medio de su pasión y nos la comunica en virtud de su resurrección.

Queridos hermanos y hermanas, he venido a vosotros como Obispo de Roma y continuador del ministerio de Pedro, para confirmaros en la fidelidad al Evangelio y en la comunión. He venido para compartir, con los obispos y los presbíteros, el celo del anuncio misionero, que debe involucrarnos a todos en un serio y bien coordinado servicio a la causa del reino de Dios. Vosotros, aquí presentes hoy, representáis a las comunidades eclesiales

nacidas de la Iglesia madre de Aquileya. Como en el pasado, cuando esas Iglesias se distinguieron por el fervor apostólico y el dinamismo pastoral, así también hoy es necesario promover y defender con valentía la verdad y la unidad de la fe. Es necesario dar razón de la esperanza cristiana al hombre moderno, a menudo agobiado por grandes e inquietantes problemáticas que ponen en crisis los cimientos mismos de su ser y de su actuar.

Vivís en un contexto en el que el cristianismo se presenta como la fe que ha acompañado, a lo largo de siglos, el camino de tantos pueblos, incluso a través de persecuciones y pruebas muy duras. Son elocuentes expresiones de esta fe los múltiples testimonios diseminados por todas partes: las iglesias, las obras de arte, los hospitales, las bibliotecas, las escuelas; el ambiente mismo de vuestras ciudades, así como los campos y las montañas, todos ellos salpicados de referencias a Cristo. Sin embargo, hoy este ser de Cristo corre el riesgo de vaciarse de su verdad y de sus contenidos más profundos; corre el riesgo de convertirse en un horizonte que sólo toca la vida superficialmente, en aspectos más bien sociales y culturales; corre el riesgo de reducirse a un cristianismo en el que la experiencia de fe en Jesús crucificado y resucitado no ilumina el camino de la existencia, como hemos escuchado en el Evangelio de hoy a propósito de los dos discípulos de Emaús, los cuales, tras la crucifixión de Jesús, regresaban a casa embargados

por la duda, la tristeza y la desilusión. Esa actitud tiende, lamentablemente, a difundirse también en vuestro territorio: esto ocurre cuando los discípulos de hoy se alejan de la Jerusalén del Crucificado y del Resucitado, dejando de creer en el poder y en la presencia viva del Señor. El problema del mal, del dolor y del sufrimiento, el problema de la injusticia y del atropello, el miedo a los demás, a los extraños y a los que desde lejos llegan hasta nuestras tierras y parecen atentar contra aquello que somos, llevan a los cristianos de hoy a decir con tristeza: nosotros esperábamos que el Señor nos liberara del mal, del dolor, del sufrimiento, del miedo, de la injusticia.

Por tanto, cada uno de nosotros, como ocurrió a los dos discípulos de Emaús, necesita aprender la enseñanza de Jesús: ante todo, escuchando y amando la Palabra de Dios, leída a la luz del misterio pascual, para que inflame nuestro corazón e ilumine nuestra mente, y nos ayude a interpretar los acontecimientos de la vida y a darles un sentido. Luego es necesario sentarse a la mesa con el Señor, convertirse en sus comensales, para que su presencia humilde en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre nos restituya la mirada de la fe, para mirarlo todo y a todos con los ojos de Dios, y a la luz de su amor. Permanecer con Jesús, que ha permanecido con nosotros, asimilar su estilo de vida entregada, escoger con él la lógica de la comunión entre nosotros, de la solidaridad y del compartir.

La Eucaristía es la máxima expresión del don que Jesús hace de sí mismo y es una invitación constante a vivir nuestra existencia en la lógica eucarística, como un don a Dios y a los demás.

El Evangelio refiere también que los dos discípulos, tras reconocer a Jesús al partir el pan, «levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén» (*Lc* 24, 33). Sienten la necesidad de regresar a Jerusalén y contar la extraordinaria experiencia vivida: el encuentro con el Señor resucitado. Hace falta realizar un gran esfuerzo para que cada cristiano, aquí en el nordeste como en todas las demás partes del mundo, se transforme en testigo, dispuesto a anunciar con vigor y con alegría el acontecimiento de la muerte y de la resurrección de Cristo. Conozco el empeño que, como Iglesias del Trivéneto, ponéis para tratar de comprender las razones del corazón del hombre moderno y cómo, refiriéndoos a las antiguas tradiciones cristianas, os preocupáis por trazar las líneas programáticas de la nueva evangelización, mirando con atención a los numerosos desafíos del tiempo presente y repensando el futuro de esta región. Con mi presencia deseo apoyar vuestra obra e infundir en todos confianza en el intenso programa pastoral puesto en marcha por vuestros pastores, deseando un fructífero compromiso por parte de todos los componentes de la comunidad eclesial.

Sin embargo, también un pueblo tradicionalmente católico puede experi-

mentar de forma negativa o asimilar casi de manera inconsciente los contragolpes de una cultura que acaba por insinuar una manera de pensar en la que el mensaje evangélico se rechaza abiertamente o se lo obstaculiza solapadamente. Sé cuán grande ha sido y sigue siendo vuestro compromiso por defender los valores perennes de la fe cristiana. Os aliento a no ceder jamás a las recurrentes tentaciones de la cultura hedonista y a las llamadas del consumismo materialista. Acoged la invitación del apóstol Pedro, presente en la segunda lectura de hoy, a comportaros «con temor de Dios durante el tiempo de vuestra peregrinación» (*I P* 1, 17), invitación que se hace realidad en una existencia vivida intensamente por los caminos de nuestro mundo, con la conciencia de la meta que hay que alcanzar: la unidad con Dios, en Cristo crucificado y resucitado. De hecho, nuestra fe y nuestra esperanza están dirigidas hacia Dios (cf. *I P* 1, 21): dirigidas a Dios por estar arraigadas en él, fundadas en su amor y en su fidelidad. En los siglos pasados, vuestras Iglesias han conocido una rica tradición de santidad y de generoso servicio a los hermanos gracias a la obra de celosos sacerdotes, religiosos y religiosas de vida activa y contemplativa. Si queremos ponernos a la escucha de su enseñanza espiritual, no nos es difícil reconocer la llamada personal e inconfundible que nos dirigen: sed santos. Poned a Cristo en el centro de vuestra vida. Construid sobre él el edificio de vuestra existencia. En Jesús, encontraréis la fuerza para abriros a los demás y para hacer de vosotros mismos,

siguiendo su ejemplo, un don para toda la humanidad.

En torno a Aquileya, se unieron pueblos de lenguas y culturas diversas, que convergieron no sólo por exigencias políticas sino sobre todo por la fe en Cristo y por la civilización inspirada en la enseñanza evangélica, la civilización del amor. Las Iglesias nacidas de Aquileya están hoy llamadas a reforzar aquella antigua unidad espiritual, en particular a la luz del fenómeno de la inmigración y de las nuevas circunstancias geopolíticas actuales. La fe cristiana seguramente puede contribuir a poner en práctica este programa, que afecta al desarrollo armonioso e integral del hombre y de la sociedad en la que vive. Por esto, mi presencia entre vosotros quiere ser también un vivo apoyo a los esfuerzos que se realizan para favorecer la solidaridad entre vuestras diócesis del nordeste. Quiere ser, además, un estímulo para toda iniciativa orientada a la superación de las divisiones que podrían hacer vanas las aspiraciones concretas a la justicia y a la paz.

Éste, hermanos, es mi deseo; ésta es la oración que dirijo a Dios por todos vosotros, invocando la intercesión celestial de la Virgen María y de tantos santos y beatos, entre los cuales me es grato recordar a san Pío X y al beato Juan XXIII, pero también al venerable Giuseppe Toniolo, cuya beatificación ya está próxima. Estos luminosos testigos del Evangelio son la mayor riqueza de vuestro territorio: seguid sus ejemplos y sus enseñanzas, conjugándolos con las exigencias actuales. Tened

confianza: el Señor resucitado camina con vosotros ayer, hoy y siempre. Amén.

REGINA CAELI

*Parco San Julián – Mestre. Domingo,
8 de mayo de 2011*

Queridos hermanos y hermanas:

Al concluir esta solemne celebración eucarística, dirigimos nuestra mirada a María, Regina caeli. En el alba de la Pascua, se convirtió en la Madre del Resucitado y su unión con él es tan profunda que donde está presente el Hijo no puede faltar la Madre. En estos espléndidos lugares, don y signo de la belleza de Dios, ¡cuántos santuarios, iglesias y capillas están dedicados a María! En ella, se refleja el rostro luminoso de Cristo. Si la seguimos con docilidad, la Virgen nos conduce a él. En estos días del tiempo pascual, dejémonos conquistar por Cristo resucitado. En él, comienza el nuevo mundo de amor y de paz que constituye la profunda aspiración de todo corazón humano. Que el Señor os conceda a quienes habitáis en estas tierras, ricas de una larga historia cristiana, vivir el Evangelio según el modelo de la Iglesia naciente, en la cual «el grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma» (*Hch* 4, 32). Invoquemos a María santísima, que sostuvo a los primeros testigos de su Hijo en la predicación de la Buena Nueva, para que sostenga también hoy

los esfuerzos apostólicos de los sacerdotes; haga fecundo el testimonio de los religiosos y de las religiosas; anime la obra diaria de los padres en la primera transmisión de la fe a sus hijos; ilumine el camino de los jóvenes para que avancen con confianza por la senda trazada por la fe de sus padres; colme de firme esperanza el corazón de los ancianos; conforte con su cercanía a los enfermos y a todos los que sufren; refuerce la obra de los numerosos laicos que colaboran activamente en la nueva evangelización, en las parroquias, en las asociaciones, como los scouts y la Acción católica -tan enraizada y presente en estas tierras-, y en los movimientos, que con la variedad de sus carismas y de sus acciones son un signo de la riqueza del tejido eclesial -pienso en realidades como el Movimiento de los Focolares, Comunión y Liberación o el Camino Neocatecumenal, por mencionar sólo algunas-. Aliento a todos a trabajar con verdadero espíritu de comunión en esta gran viña a la que el Señor nos ha llamado a trabajar. María, Madre del Resucitado y de la Iglesia, ¡ruega por nosotros!

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante la asamblea para la
clausura de la visita pastoral
diocesana***

Basilica de San Marcos – Venecia. Domingo, 8 de mayo de 2011

«Magnificat anima mea Dominum»

Queridos hermanos y hermanas:

Con las palabras de la Virgen María, quiero elevar, junto con vosotros, un himno de alabanza y de acción de gracias al Señor por el don de la visita pastoral, que comenzó en el Patriarcado de Venecia en 2005 y ha llegado hoy a su oportuna conclusión en esta asamblea general. A Dios, dador de todo bien, dirigimos nuestra alabanza por haber sostenido vuestros propósitos espirituales y vuestros esfuerzos apostólicos durante este tiempo de visita pastoral, realizada por vuestro pastor, el cardenal Angelo Scola, al que saludo y agradezco las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos vosotros. También saludo al obispo auxiliar y al obispo electo de Vicenza, a los vicarios episcopales y a todos los que lo han ayudado en este largo y complejo compromiso pastoral, acontecimiento de gracia y de fuerte experiencia eclesial, en el que todo el pueblo cristiano se ha regenerado en la fe, orientándose con renovado impulso a la misión. Por tanto, especialmente a vosotros, queridos sacerdotes, religiosos y fieles laicos, dirijo mi afectuoso saludo y un sincero aprecio por vuestro servicio, de modo particular en el desarrollo de las asambleas eclesiales. Me alegra saludar a la histórica comunidad armenia de Venecia, a su abad y a los monjes mequitaristas. Saludo también al metropolitano greco-ortodoxo de Italia Genadios y al obispo de la Iglesia ortodoxa rusa Néstor, así como a los representantes de las comunidades luterana y anglicana.

Gratitud y alegría son, por tanto, los sentimientos que caracterizan este encuentro, que se desarrolla en el espacio sagrado, lleno de arte y de memoria, de la basílica de San Marcos, donde la fe y la creatividad humana han dado origen a una elocuente catequesis a través de imágenes. El siervo de Dios, Albino Luciani, que fue vuestro inolvidable patriarca, describió de esta manera su primera visita a esta basílica, realizada cuando era un joven sacerdote: «Me encontré inmerso en un río de luz... Finalmente podía ver y disfrutar con mis ojos todo el esplendor de un mundo de arte y de belleza único e irrepetible, cuya fascinación te penetra profundamente» (*Io sono il ragazzo del mio Signore*, Venecia-Quarto d'Altino, 1998). Este templo es imagen y símbolo de la Iglesia de piedras vivas, que sois vosotros, cristianos de Venecia.

«Es necesario que hoy me quede en tu casa. Él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento» (*Lc 19, 5-6*). ¡Cuántas veces, durante la visita pastoral, habéis escuchado y meditado estas palabras, que Jesús dirigió a Zaqueo! Estas palabras han sido el hilo conductor de vuestros encuentros comunitarios, ofreciéndoo un estímulo eficaz para acoger a Jesús resucitado, camino seguro para encontrar plenitud de vida y felicidad. De hecho, la auténtica realización del hombre y su verdadera alegría no se encuentran en el poder, en el éxito, en el dinero, sino sólo en Dios, que Jesucristo nos da a conocer y nos hace cercano. Esta es la experiencia de

Zaqueo. Éste, según la mentalidad común, lo tiene todo: poder y dinero. Se puede definir como un «hombre realizado»: ha hecho carrera, ha conseguido lo que quería y, como el rico necio de la parábola evangélica, podría decir: «Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente» (*Lc 12, 19*). Por esto su deseo de ver a Jesús es sorprendente. ¿Qué lo impulsa a tratar de encontrarse con él? Zaqueo se da cuenta de que todo lo que posee no le basta; siente el deseo de ir más allá. Y precisamente Jesús, el profeta de Nazaret, pasa por Jericó, su ciudad. De él le ha llegado el eco de palabras inusuales: bienaventurados los pobres, los mansos, los afligidos, los que tienen hambre de justicia. Palabras extrañas para él, pero tal vez precisamente por eso fascinantes y nuevas. Quiere ver a este Jesús. Pero Zaqueo, aun siendo rico y poderoso, es bajo de estatura. Por eso, corre, sube a un árbol, a un sicómoro. No le importa hacer el ridículo: ha encontrado un modo de hacer posible el encuentro. Y Jesús llega, alza la mirada hacia él y lo llama por su nombre: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa» (*Lc 19, 5*). Nada es imposible para Dios. De este encuentro surge una vida nueva para Zaqueo: acoge a Jesús con alegría, descubriendo finalmente la realidad que puede llenar verdadera y plenamente su vida. Ha tocado la salvación con la mano, ya no es el de antes y, como signo de conversión, se compromete a dar la mitad de sus bienes a los pobres y

a restituir el cuádruplo a quien había robado. Ha encontrado el verdadero tesoro, porque el Tesoro, que es Jesús, lo ha encontrado a él.

Amada Iglesia que estás en Venecia, ¡imita el ejemplo de Zaqueo y ve más allá! Supera los obstáculos del individualismo, del relativismo, y ayuda al hombre de hoy a superarlos; nunca te dejes arrastrar hacia abajo por los fallos que pueden marcar a las comunidades cristianas. Esfuérzate por ver de cerca a la persona de Cristo, que dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6). Como sucesor del Apóstol Pedro, visitando estos días vuestra tierra, os repito a cada uno: no tengáis miedo de ir a contracorriente para encontraros con Jesús, de mirar hacia lo alto para encontrar su mirada. En el «logotipo» de esta visita pastoral, está representada la escena de Marcos que entrega el Evangelio a Pedro, tomada de un mosaico de esta basílica. Hoy vengo a entregaros de nuevo simbólicamente el Evangelio a vosotros, hijos espirituales de san Marcos, para confirmaros en la fe y animaros ante los desafíos del momento presente. Avanzad confiados en el camino de la nueva evangelización, en el servicio amoroso a los pobres y en el testimonio valiente en las distintas realidades sociales. Sed conscientes de que sois portadores de un mensaje que es para todo hombre y para todo el hombre; un mensaje de fe, esperanza y caridad.

Esta invitación es, en primer lugar, para vosotros, queridos sacerdotes,

configurados a Cristo «Cabeza y Pastor» con el sacramento del Orden y puestos como guías de su pueblo. Agradecidos por el inmenso don recibido, seguid llevando a cabo vuestro ministerio con entrega generosa, buscando apoyo sea en la fraternidad presbiteral vivida como corresponsabilidad y colaboración, sea en la oración intensa y en una actualización teológica y pastoral profunda. Dirijo un pensamiento afectuoso a los sacerdotes enfermos y ancianos, unidos a nosotros espiritualmente. La invitación está dirigida también a vosotras, personas consagradas, que constituís un valioso recurso espiritual para todo el pueblo cristiano y que enseñáis, de modo especial con la profesión de los votos, la importancia y la posibilidad de la entrega total de uno mismo a Dios. Por último, esta invitación se dirige a todos vosotros, queridos fieles laicos. Sabed, siempre y en todas partes, dar razón de la esperanza que está en vosotros (cf. *1 P 3, 15*). La Iglesia necesita vuestros dones y vuestro entusiasmo. Sabed decir «sí» a Cristo que os llama a ser sus discípulos, a ser santos. Quiero recordar, una vez más, que la «santidad» no quiere decir hacer cosas extraordinarias, sino seguir cada día la voluntad de Dios, vivir verdaderamente bien la propia vocación, con la ayuda de la oración, de la Palabra de Dios, de los sacramentos, y con el compromiso cotidiano de la coherencia. Sí, hacen falta fieles laicos fascinados por el ideal de la «santidad», para construir una sociedad digna del hombre, una civilización del amor.

En el transcurso de la visita pastoral, habéis dedicado especial atención al testimonio que vuestras comunidades cristianas están llamadas a dar, comenzando por los fieles más motivados y conscientes. A este propósito, os habéis preocupado justamente de relanzar la evangelización y la catequesis para adultos y para las nuevas generaciones a partir de pequeñas comunidades de adultos y de padres que, formando casi cenáculos domésticos, vivan la lógica del acontecimiento cristiano ante todo con el testimonio de la comunión y de la caridad. Os exhorto a no ahorrar energías en el anuncio del Evangelio y en la educación cristiana, promoviendo tanto la catequesis a todos los niveles como las propuestas formativas y culturales que constituyen vuestro importante patrimonio espiritual. Dedicad atención particular a la formación cristiana de los niños, de los adolescentes y de los jóvenes, que necesitan referencias válidas: sed para ellos ejemplos de coherencia humana y cristiana. A lo largo del recorrido de la visita pastoral, ha emergido también la necesidad de un compromiso cada vez mayor en la caridad, como experiencia del don generoso y gratuito de uno mismo, así como la exigencia de manifestar con claridad el rostro misionero de la parroquia, hasta crear realidades pastorales que, sin renunciar a la capilaridad, tengan más capacidad de impulso apostólico.

Queridos amigos, la misión de la Iglesia da fruto porque Cristo está

realmente presente entre nosotros, de modo muy particular en la santa Eucaristía. Se trata de una presencia dinámica, que nos aferra para hacernos suyos, para asemejarnos a él. Cristo nos atrae a sí, nos hace salir de nosotros mismo para hacer que seamos uno con él. De este modo, él nos introduce también en la comunidad de los hermanos: la comunión con el Señor también es siempre comunión con los demás. Por eso, nuestra vida espiritual depende esencialmente de la Eucaristía. Sin ella la fe y la esperanza se apagan, la caridad se enfría. Os exhorto, pues, a cuidar cada vez más la calidad de las celebraciones eucarísticas, especialmente las dominicales, para que el día del Señor se viva plenamente e ilumine las vicisitudes y actividades de todos los días. En la Eucaristía, fuente inagotable de amor divino, podréis encontrar la energía necesaria para llevar a Cristo a los demás y para llevar a los demás a Cristo, a fin de ser diariamente testigos de caridad y de solidaridad, y compartir los bienes que la Providencia os concede con los hermanos que carecen de lo necesario.

Queridos amigos, os aseguro mi oración, para que el arduo camino de crecimiento en la comunión, que habéis recorrido en estos años de visita pastoral, renueve la vida de fe de toda vuestra Iglesia particular y, al mismo tiempo, suscite una entrega cada vez más generosa al servicio de Dios y de los hermanos. Que María santísima, a la que veneráis con el título de Virgen Nicopeja, cuya sugestiva imagen

resplandece en esta basílica, obtenga como don para todos vosotros y para toda la comunidad diocesana la plena fidelidad a Cristo. A la intercesión de la celestial Madre del Redentor y al apoyo de los santos y de los beatos de vuestra tierra encomiendo el camino que os espera, mientras con afecto os imparto a vosotros y a toda la Iglesia de san Marcos una especial bendición apostólica, extendiéndola a los enfermos, a los encarcelados y a todos los que sufren en el cuerpo y en el espíritu. Amén.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el encuentro con el mundo de la cultura y de la economía

Basílica de la Salud – Venecia. Domingo, 8 de mayo de 2011

Queridos amigos:

Me alegra saludaros cordialmente como representantes del mundo de la cultura, del arte y de la economía de Venecia y de su territorio. Os agradezco vuestra presencia y vuestra simpatía. Expreso mi reconocimiento al patriarca y al rector que, en nombre del Studium Generale Marcianum, se ha hecho intérprete de los sentimientos de todos vosotros y ha introducido nuestro encuentro, el último de mi intensa visita, iniciada ayer en Aquileya. Quiero ofreceros algunos pensamientos muy sintéticos, con la esperanza de que sean útiles para la reflexión y el compromiso

común. Los tomo de tres palabras que son metáforas sugestivas: tres palabras vinculadas a Venecia y, en particular, al lugar donde nos encontramos: la primera palabra es agua; la segunda es salud y la tercera es Serenísima.

Comenzamos por el agua, como es lógico por muchas razones. El agua es un símbolo ambivalente: de vida, pero también de muerte; lo saben bien las poblaciones afectadas por aluviones y maremotos. Pero el agua es ante todo elemento esencial para la vida. Venecia es llamada la «Ciudad de agua». También para vosotros que vivís en Venecia esta condición tiene un doble signo, negativo y positivo: conlleva muchos problemas y, al mismo tiempo, una fascinación extraordinaria. El hecho de que Venecia sea «ciudad de agua» hace pensar en un célebre sociólogo contemporáneo, que definió nuestra sociedad «líquida» y también la cultura europea: una cultura «líquida», para expresar su «fluidez», su poca estabilidad o, quizás, su falta de estabilidad, la volubilidad, la inconsistencia que a veces parece caracterizarla. Y aquí quiero presentar mi primera propuesta: Venecia, no como ciudad «líquida» -en el sentido que acabo de mencionar-, sino como ciudad «de la vida y de la belleza». Ciertamente es una elección, pero en la historia es necesario elegir: el hombre es libre de interpretar, de dar un sentido a la realidad, y precisamente en esta libertad consiste su gran dignidad. En el ámbito de una ciudad, cualquiera que sea, incluso las elecciones de carácter

administrativo, cultural y económico dependen, en el fondo, de esta orientación fundamental, que podemos llamar «política» en la acepción más noble y más elevada del término. Se trata de elegir entre una ciudad «líquida», patria de una cultura marcada cada vez más por lo relativo y lo efímero, y una ciudad que renueva constantemente su belleza bebiendo de las fuentes benéficas del arte, del saber, de las relaciones entre los hombres y entre los pueblos.

Pasemos a la segunda palabra: «salud». Nos encontramos en el «Polo de la salud»: una realidad nueva, pero que tiene raíces antiguas. Aquí, en la Punta de la Dogana, surge una de las iglesias más célebres de Venecia, obra de Longhena, edificada como voto a la Virgen por la liberación de la peste del año 1630: Santa María de la Salud. El célebre arquitecto construyó, anexo a ella, el convento de los Somascos, que después se convirtió en el Seminario patriarcal. «Unde origo, inde salus», reza el lema grabado en el centro de la rotonda mayor de la basílica, expresión que indica que el origen de la ciudad de Venecia, fundada según la tradición el 25 de marzo del año 421, día de la Anunciación, está estrechamente vinculado a la Madre de Dios. Y precisamente por intercesión de María vino la salud, la salvación de la peste. Pero reflexionando sobre este lema podemos captar también un significado aún más profundo y más amplio. De la Virgen de Nazaret tuvo origen Aquél que nos da la «salud». La «salud» es una realidad

que lo abarca todo, una realidad integral: va desde el «estar bien» que nos permite vivir serenamente una jornada de estudio y de trabajo, o de vacación, hasta la *salus animae*, de la que depende nuestro destino eterno. Dios cuida de todo esto, sin excluir nada. Cuida de nuestra salud en sentido pleno. Lo demuestra Jesús en el Evangelio: él curó enfermos de todo tipo, pero también liberó a los endemoniados, perdonó los pecados, resucitó a los muertos. Jesús reveló que Dios ama la vida y quiere liberarla de toda negación, hasta la negación radical que es el mal espiritual, el pecado, raíz venenosa que lo contamina todo. Por esto, al mismo Jesús se lo puede llamar «Salud» del hombre: *Salus nostra Dominus Jesus*. Jesús salva al hombre poniéndolo nuevamente en la relación saludable con el Padre en la gracia del Espíritu Santo; lo sumerge en esta corriente pura y vivificadora que libera al hombre de sus «parálisis» físicas, psíquicas y espirituales; lo cura de la dureza de corazón, de la cerrazón egocéntrica, y le hace gustar la posibilidad de encontrarse verdaderamente a sí mismo, perdiéndose por amor a Dios y al prójimo. Unde origo, inde salus. Este lema puede llevar a múltiples referencias. Me limito a recordar una: la famosa expresión de san Ireneo: «Gloria Dei vivens homo, vita autem hominis visio Dei [est]» (*Adv. haer.* IV, 20, 7). Que podría parafrasearse de este modo: gloria de Dios es la plena salud del hombre, y esta consiste en estar en relación profunda con Dios. Podemos decirlo también con las pala-

bras que tanto gustaban al nuevo beato Juan Pablo II: el hombre es el camino de la Iglesia, y el Redentor del hombre es Cristo.

Veamos, por último, la tercera palabra: «Serenísima», el nombre de la República de Venecia. Un título verdaderamente estupendo, se podría definir utópico, respecto a la realidad terrena y, sin embargo, capaz de suscitar no sólo recuerdos de glorias pasadas, sino también ideales que impulsan a la programación del presente y del futuro en esta gran región. «Serenísima», en sentido pleno, es solamente la ciudad celestial, la nueva Jerusalén, que aparece al final de la Biblia, en el Apocalipsis, como una visión maravillosa (cf. *Ap* 21,1 - 22,5). Y sin embargo el cristianismo concibe esta ciudad santa, completamente transfigurada por la gloria de Dios, como una meta que mueve el corazón de los hombres e impulsa sus pasos, que anima el compromiso arduo y paciente para mejorar la ciudad terrena. A este propósito, es necesario recordar siempre las palabras del concilio Vaticano II: «De nada sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo. No obstante, la espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya un cierto esbozo del mundo nuevo» (*Gaudium et spes*, 39). Escuchamos estas expresiones en un tiempo en el que se ha agotado la fuerza de las utopías ideológicas y no

sólo se ha oscurecido el optimismo, sino que también la esperanza está en crisis. No debemos olvidar que los padres conciliares, que nos han dejado esta enseñanza, habían vivido la época de las dos guerras mundiales y de los totalitarismos. Ciertamente, su perspectiva no estaba dictada por un fácil optimismo, sino por la fe cristiana, que anima la esperanza, al mismo tiempo grande y paciente, abierta al futuro y atenta a las situaciones históricas. Desde esta perspectiva, el nombre «Serenísima» nos habla de una civilización de la paz, fundada en el respeto mutuo, en el conocimiento recíproco y en las relaciones de amistad. Venecia tiene una larga historia y un rico patrimonio humano, espiritual y artístico para ser capaz también hoy de dar una valiosa contribución para ayudar a los hombres a creer en un futuro mejor y a empeñarse en construirlo. Pero para esto no debe tener miedo de otro elemento emblemático, contenido en el escudo de San Marcos: el Evangelio. El Evangelio es la mayor fuerza de transformación del mundo, pero no es una utopía ni una ideología. Las primeras generaciones cristianas lo llamaban más bien el «camino», es decir, la manera de vivir que Cristo practicó en primer lugar y que nos invita a seguir. A la ciudad «serenísima» se llega por este camino, que es el camino de la caridad en la verdad, sabiendo bien -como también nos recuerda el Concilio- que «no hay que buscar esta caridad sólo en las grandes cosas, sino especialmente en las circunstancias ordinarias de la vida»

y que, siguiendo el ejemplo de Cristo, «debemos cargar también la cruz que la carne y el mundo imponen sobre los hombros de los que buscan la paz y la justicia» (*Gaudium et spes*, 38).

Éstas son, queridos amigos, las reflexiones que quería compartir con vosotros. Para mí ha sido una alegría concluir mi visita en vuestra compañía. Agradezco de nuevo al cardenal patriarca, al auxiliar y a todos los colaboradores la magnífica acogida. Saludo

a la comunidad judía de Venecia -que tiene antiguas raíces y es una presencia importante en el tejido ciudadano-, y en particular a su presidente, el profesor Amos Luzzatto. Saludo también a los musulmanes que viven en esta ciudad. Desde este lugar tan significativo, dirijo mi cordial saludo a Venecia, a la Iglesia que peregrina aquí, y a todas las diócesis del Trivéneto, dejando, como prenda de mi perenne recuerdo, la bendición apostólica. Gracias por vuestra atención.

SANTA SEDE

SECRETARÍA DE ESTADO

Homilía del Card. Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad, en la Santa Misa de Acción de Gracias por la beatificación de Juan Pablo II

Plaza de San Pedro. Lunes, 2 de mayo de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

«Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? (...) Señor, tú conoces todo; tú sabes que te quiero» (*Jn* 21, 17). Éste es el diálogo entre el Resucitado y Pedro. Es el diálogo que precede al mandato: «Apacienta mis ovejas» (*Jn* 21, 17), pero es un diálogo que primero escruta toda la vida del hombre. ¿No son estas, quizás, la pregunta y la respuesta que marcaron la vida y la misión del beato Juan Pablo II? Él mismo lo dijo en Cracovia, en 1999, afirmando: «Hoy me siento llamado de modo particular a dar gracias a esta comunidad milenaria de pastores de Cristo, clérigos y laicos, porque por su testimonio de santidad, por este ambiente de fe, que durante diez siglos han formado y forman en Cracovia, ha sido posible que, al final de este milenio, precisamente en las riberas del Vístula, al pie de la catedral de Wawel, se escuchara la exhortación de Cristo: “Pedro, apacienta mis corderos” (*Jn* 21, 15); ha sido posible que la debilidad del hombre se apoyara en la fuerza de la fe, la esperanza y la caridad eternas de esta tierra, y diera como respuesta: “Por obediencia a la fe, ante

Cristo, mi Señor, encomendándome a la Madre de Cristo y de la Iglesia, y consciente de las grandes dificultades, acepto”» (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 16 de julio de 1999, p. 6).

Sí, este diálogo de amor entre Cristo y el hombre marcó toda la vida de Karol Wojtyła y lo condujo no sólo al fiel servicio a la Iglesia, sino también a la entrega personal y total a Dios y a los hombres que caracterizó su camino de santidad.

Creo que todos recordamos cómo el día del funeral, durante la ceremonia, en cierto momento el viento cerró dulcemente las páginas del Evangelio colocado sobre el féretro. Era como si el viento del Espíritu hubiese querido señalar el fin de la aventura humana y espiritual de Karol Wojtyła, toda ella iluminada por el Evangelio de Cristo. Por este libro, descubrió los planes de Dios para la humanidad, para sí mismo, pero sobre todo conoció a Cristo, su rostro, su amor, que para Karol fue siempre una llamada a la responsabilidad. A la luz del Evangelio leyó la historia de la humanidad y la de cada hombre y cada mujer que el Señor puso en su camino. De aquí, del encuentro con Cristo en el Evangelio, brotaba su fe.

Era un hombre de fe, un hombre de Dios, un hombre que vivía de Dios. Su vida era una oración continua, constante, una oración que abrazaba con amor a cada uno de los habitantes de nuestro planeta, creado a la imagen y semejanza de Dios, y por esto digno de todo respeto; redimido con la muerte y resurrección de Cristo, y por eso transformado verdaderamente en gloria viva de Dios («Gloria Dei vivens homo», san Ireneo). Gracias a la fe, que expresaba sobre todo en su oración, Juan Pablo II era un auténtico defensor de la dignidad de todo ser humano y no un mero luchador por ideologías político-sociales. Para él, toda mujer, todo hombre, era una hija, un hijo de Dios, independientemente de la raza, del color de la piel, de la proveniencia geográfica y cultural, e incluso del credo religioso. Su relación con cada persona se sintetiza en la estupenda frase que él escribió: «El otro me pertenece».

Pero su oración era también una constante intercesión por toda la familia humana, por la Iglesia, por cada comunidad de creyentes, en toda la tierra, tal vez tanto más eficaz cuanto más marcada por el sufrimiento que caracterizó varias fases de su existencia. ¿No es de aquí -de la oración, de la oración vinculada a numerosos acontecimientos dolorosos suyos y de los demás- de donde nacía su preocupación por la paz en el mundo, por la pacífica convivencia de los pueblos y de las naciones? En la primera lectura hemos escuchado: «¡Qué hermosos son sobre los montes

los pies del mensajero que proclama la paz» (Is 52, 7).

Hoy damos las gracias al Señor por habernos dado un pastor como él. Un pastor que sabía leer los signos de la presencia de Dios en la historia humana y que anunciaba después sus hazañas en todo el mundo y en todas las lenguas. Un pastor que había enraizado en sí mismo el sentido de la misión, del compromiso de evangelizar, de anunciar la Palabra de Dios por todas partes, de gritarla desde los tejados: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies (...) del que anuncia la buena noticia, que pregona la justicia, que dice a Sión: "¡Tu Dios reina!"» (ib.).

Hoy damos gracias a Dios por habernos dado un testigo como él, tan creíble, tan transparente, que nos ha enseñado cómo se debe vivir la fe y defender los valores cristianos, comenzando por la vida, sin complejos, sin miedos; cómo se debe testimoniar la fe con valentía y coherencia, viviendo las Bienaventuranzas en la experiencia cotidiana. Damos gracias al Señor por habernos dado un guía como él, que viviendo profundamente la fe basada en un sólido e íntimo vínculo con Dios, sabía transmitir a los hombres la verdad de que «Cristo Jesús murió, más todavía, resucitó, y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros» y que «en todo esto vencemos de sobra gracias a aquél que nos ha amado. Pues (...) ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni

potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (*Rm* 8, 34.37-39). La vida, el sufrimiento, la muerte y la santidad de Juan Pablo II son un testimonio de ello y una confirmación tangible y cierta.

Damos gracias al Señor por habernos dado un Papa que supo dar a la Iglesia católica no sólo una proyección universal y una autoridad moral a nivel mundial que nunca antes había tenido, pero también, especialmente con la celebración del gran jubileo del año 2000, una visión más espiritual, más bíblica, más centrada en la Palabra de Dios. Una Iglesia que ha sabido renovarse, lanzar «una nueva evangelización», intensificar los vínculos ecuménicos e interreligiosos, y encontrar también los caminos para un diálogo fructífero con las nuevas generaciones.

Y, por último, damos las gracias al Señor por habernos dado un santo como él. Todos hemos podido comprobar -algunos de cerca, otros de lejos- cómo eran coherentes su humanidad, su palabra y su vida. Era un hombre verdadero porque estaba inseparablemente unido a Aquél que es la Verdad. Siguiendo a Aquél que es el Camino, era un hombre siempre en camino, siempre orientado hacia el bien mayor para todas las personas, para la Iglesia, para el mundo, y hacia la meta que para todo creyente es la gloria del Padre. Era un hombre vivo, porque

estaba lleno de la Vida, que es Cristo, siempre abierto a su gracia y a todos los dones del Espíritu Santo.

Su santidad era una santidad vivida, especialmente en los últimos meses, en las últimas semanas, con total fidelidad a la misión que le había sido confiada, hasta la muerte. Aunque no se trataba de un martirio propiamente dicho, todos vimos cómo se verificaron en su vida las palabras que hemos oído en el Evangelio de hoy: «En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras» (*Jn* 21, 18). Todos hemos visto cómo se le fue quitando todo lo que humanamente podía impresionar: la fuerza física, la expresión del cuerpo, la posibilidad de moverse e incluso la palabra. Y entonces, más que nunca, él confió su vida y su misión a Cristo, porque sólo Cristo puede salvar al mundo. Sabía que su debilidad corporal manifestaba aún más claramente a Cristo que actúa en la historia. Y ofreciéndole sus sufrimientos a él y a su Iglesia, nos dio a todos una última gran lección de humanidad y de abandono en los brazos de Dios.

«Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, hombres de toda la tierra. Cantad al Señor, bendecid su nombre».

Cantemos al Señor un canto de gloria por el don de este gran Papa: hom-

bre de fe y de oración, pastor y testigo, guía en el paso entre los dos milenios. Que este canto ilumine nuestra vida, para que no sólo veneremos al nuevo beato, sino que, con la ayuda de la gracia de Dios, sigamos sus enseñanzas y su ejemplo. A la vez que dirijo un pensamiento de gratitud al Papa, Benedicto XVI, que ha querido elevar a su gran predecesor a la gloria de los altares, me complace concluir con las palabras que pronunció en el primer aniversario de la muerte del nuevo beato. Dijo: «Queridos hermanos y hermanas, (...) nuestro pensamiento vuelve con emoción al momento de la muerte del amado Pontífice, pero, al mismo tiempo, el corazón se siente en cierto modo impulsado a mirar adelante. Resuenan en nuestra alma sus repetidas invitaciones a avanzar sin miedo por el camino de la fidelidad al Evangelio para ser heraldos y testigos de Cristo en el tercer milenio.

Vuelven a nuestra mente sus incesantes exhortaciones a cooperar generosamente en la realización de una humanidad más justa y solidaria, a ser artífices de paz y constructores de esperanza. Que nuestra mirada esté siempre fija en Cristo, “el mismo ayer, hoy y siempre” (*Hb* 13, 8), el cual guía con firmeza a su Iglesia. Nosotros hemos creído en su amor, y el encuentro con él es lo que “da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus caritas est*, 1). Que la fuerza del Espíritu de Jesús sea para todos, queridos hermanos y hermanas, como lo fue para el Papa Juan Pablo II, fuente de paz y de alegría. Y que la Virgen María, Madre de la Iglesia, nos ayude a ser, en todas las circunstancias, como él, apóstoles incansables de su Hijo divino y profetas de su amor misericordioso» (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 7 de abril de 2006, p. 5). Amén.

CONGREGACIONES

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

Carta del Card. William Levada para la presentación de la circular a las Conferencias Episcopales sobre las líneas guía para los casos de abusos sexuales de menores por parte del clero

3 de mayo de 2011

Eminencia, Excelencia:

El pasado 21 de mayo de 2010,

Su Santidad, Benedicto XVI, promulgó la revisión del motu proprio *Sacramentorum sanctitatis tutela* sobre las normas concernientes a los delicta graviora, incluyendo el abu-

so sexual de menores por parte de clérigos.

Con el fin de facilitar la adecuada implementación de tales normas y demás cuestiones relacionadas con el abuso de menores, es conveniente que cada Conferencia Episcopal prepare unas líneas guía con el propósito de ayudar a los Obispos de la Conferencia a seguir procedimientos claros y coordinados en el manejo de los casos de abuso. Las líneas guía deberán tener en cuenta las respectivas circunscripciones dentro de la Conferencia Episcopal.

Para ayudar a las Conferencias de Obispos, la Congregación para la Doctrina de la Fe ha preparado una *Carta Circular* (cf. anejo) con los temas generales que han de tenerse en cuenta para la redacción de las líneas guía o para la revisión que deberá hacerse si alguna Conferencia ya las tiene. Esta Carta Circular permanecerá bajo embargo hasta las 12:00 PM del 16 de mayo de 2011, aquí en Roma, cuando la Ofici-

na de Prensa del Vaticano la divulgue.

Sería beneficiosa la participación de los superiores mayores de los Institutos de vida consagrada presentes en el territorio de la Conferencia Episcopal en la elaboración de tales líneas guía.

Finalmente, se pide a cada Conferencia Episcopal que envíe un ejemplar completo de las líneas guía a esta Congregación antes de la conclusión del mes de mayo de 2012. Este Dicasterio permanece a la disposición de las Conferencias Episcopales en caso de que haya necesidad de clarificar o asistir en la redacción de dichas líneas guía. En el caso de que la Conferencia Episcopal desee establecer normas vinculantes será necesario pedir la debida reconocimiento a los Dicasterios competentes de la Curia Romana.

Con mis mejores deseos, quedo suyo en el Señor,

William Card. Levada

CARTA CIRCULAR

Subsidio para las Conferencias Episcopales en la preparación de Líneas Guía para tratar los casos de abuso sexual de menores por parte del clero

Entre las importantes responsabilidades del Obispo diocesano para asegurar el bien común de los fieles y, especialmente, la protección de los niños y de

los jóvenes, está el deber de dar una respuesta adecuada a los eventuales casos de abuso sexual de menores cometidos en su Diócesis por parte del clero. Di-

cha respuesta conlleva instituir procedimientos adecuados tanto para asistir a las víctimas de tales abusos como para la formación de la comunidad eclesial en vista de la protección de los menores. En ella, se deberá implementar la aplicación del derecho canónico en la materia y, al mismo tiempo, se deberán tener en cuenta las disposiciones de las leyes civiles.

I. Aspectos generales

a) *Las víctimas del abuso sexual*

La Iglesia, en la persona del Obispo o de un delegado suyo, debe estar dispuesta a escuchar a las víctimas y a sus familiares y a esforzarse en asistirles espiritual y psicológicamente. El Santo Padre, Benedicto XVI, en el curso de sus viajes apostólicos, ha sido particularmente ejemplar con su disponibilidad a encontrarse y a escuchar a las víctimas de abusos sexuales. En ocasión de estos encuentros, el Santo Padre ha querido dirigirse a ellas con palabras de compasión y de apoyo, como en la *Carta Pastoral a los católicos de Irlanda* (n.6): “Habéis sufrido inmensamente y me apesadumbra tanto. Sé que nada puede borrar el mal que habéis soportado. Vuestra confianza ha sido traicionada y violada vuestra dignidad”.

b) *La protección de los menores*

En algunas naciones, se han comenzado, en el ámbito eclesial, programas

educativos de prevención para propiciar “ambientes seguros” para los menores. Tales programas buscan ayudar a los padres, a los agentes de pastoral y a los empleados escolares a reconocer indicios de abuso sexual y a adoptar medidas adecuadas. Estos programas a menudo han sido reconocidos como modelos en el esfuerzo por eliminar los casos de abuso sexual de menores en la sociedad actual.

c) *La formación de futuros sacerdotes y religiosos*

En el año 2002, Juan Pablo II dijo: “no hay sitio en el sacerdocio o en la vida religiosa para los que dañen a los jóvenes” (cf. *Discurso a los Cardenales Americanos*, 23 de abril de 2002, n. 3). Estas palabras evocan la específica responsabilidad de los Obispos, de los Superiores Mayores y de aquéllos que son responsables de la formación de los futuros sacerdotes y religiosos. Las indicaciones que aporta la Exhortación *Pastores dabo vobis*, así como las instrucciones de los competentes Dicasterios de la Santa Sede, adquieren todavía mayor importancia en vista de un correcto discernimiento vocacional y de la formación humana y espiritual de los candidatos. En particular, debe buscarse que éstos aprecien la castidad, el celibato y las responsabilidades del clérigo relativas a la paternidad espiritual. En la formación, debe asegurarse que los candidatos aprecien y conozcan la disciplina de la Iglesia sobre el tema. Otras indicacio-

nes específicas podrán ser añadidas en los planes formativos de los Seminarios y casas de formación por medio de las respectivas *Ratio Institutionis sacerdotalis* de cada nación, Instituto de Vida consagrada o Sociedad de Vida apostólica.

Se debe dar particular atención al necesario intercambio de información sobre los candidatos al sacerdocio o a la vida religiosa que se trasladan de un seminario a otro, de una Diócesis a otra, o de un Instituto religioso a una Diócesis.

d) El acompañamiento a los sacerdotes

1. El Obispo tiene obligación de tratar a sus sacerdotes como padre y hermano. Debe cuidar también con especial atención la formación permanente del clero, particularmente en los primeros años después de la ordenación, valorizando la importancia de la oración y de la fraternidad sacerdotal. Los presbíteros deben ser advertidos del daño causado por un sacerdote a una víctima de abuso sexual, de su responsabilidad ante la normativa canónica y la civil y de los posibles indicios para reconocer posibles abusos sexuales de menores cometidos por cualquier persona.

2. Al recibir las denuncias de posibles casos de abuso sexual de menores, los Obispos deberán asegurar que sean tratados según la disciplina canónica y civil, respetando los derechos de todas las partes.

3. El sacerdote acusado goza de la presunción de inocencia, hasta prueba contraria. No obstante, el Obispo en cualquier momento puede limitar de modo cauteloso el ejercicio de su ministerio, en espera que las acusaciones sean clarificadas. Si fuera el caso, se hará todo lo necesario para restablecer la buena fama del sacerdote que haya sido acusado injustamente.

e) La cooperación con la autoridad civil

El abuso sexual de menores no es sólo un delito canónico, sino también un crimen perseguido por la autoridad civil. Si bien las relaciones con la autoridad civil difieran en los diversos países, es importante cooperar en el ámbito de las respectivas competencias. En particular, sin perjuicio del foro interno o sacramental, siempre se siguen las prescripciones de las leyes civiles en lo referente a remitir los delitos a las legítimas autoridades. Naturalmente, esta colaboración no se refiere sólo a los casos de abuso sexual cometido por clérigos, sino también a aquellos casos de abuso en los que estuviera implicado el personal religioso o laico que coopera en las estructuras eclesiales.

II. Breve exposición de la legislación canónica en vigor con relación al delito de abuso sexual de menores cometido por un clérigo:

El 30 de abril de 2001, Juan Pablo II, promulgó el motu proprio *Sacramentorum sanctitatis tutela* [SST], en el

que el abuso sexual de un menor de 18 años cometido por un clérigo ha sido añadido al elenco de los delicta graviora reservados a la Congregación para la Doctrina de la Fe (CDF). La prescripción para este delito se estableció en 10 años a partir del cumplimiento del 18º año de edad de la víctima. La normativa del motu proprio es válida para clérigos latinos y orientales, ya sean del clero diocesano, ya del clero religioso.

En el 2003, el entonces Prefecto de la CDF, el Cardenal Ratzinger, obtuvo de Juan Pablo II la concesión de algunas prerrogativas especiales para ofrecer mayor flexibilidad en los procedimientos penales para los delicta graviora, entre las cuales, la aplicación del proceso penal administrativo y la petición de la dimisión ex officio en los casos más graves. Estas prerrogativas fueron integradas en la revisión del motu proprio aprobada por el Santo Padre, Benedicto XVI el 21 de mayo de 2010. En las nuevas normas, la prescripción es de 20 años, que en el caso de abuso de menores se calcula desde el momento en el que la víctima haya cumplido los 18 años de edad. La CDF puede eventualmente derogar la prescripción para casos particulares. Asimismo, queda especificado como delito canónico la adquisición, posesión o divulgación de material pedo-pornográfico.

La responsabilidad para tratar los casos de abuso sexual de menores compete en primer lugar a los Obispos o a los Superiores Mayores. Si la acusación es verosímil,

el Obispo, el Superior Mayor o un delegado suyo deben iniciar una investigación previa como indica el *CIC*, can. 1717; el *CCEO*, can. 1468 y el *SST*, art. 16.

Si la acusación se considera verosímil, el caso debe ser enviado a la CDF. Una vez estudiado el caso, la CDF indicará al Obispo o al Superior Mayor los ulteriores pasos a cumplir. Mientras tanto, la CDF ayudará a que sean tomadas las medidas apropiadas para garantizar los procedimientos justos en relación con los sacerdotes acusados, respetando su derecho fundamental de defensa, y para que sea tutelado el bien de la Iglesia, incluido el bien de las víctimas. Es útil recordar que normalmente la imposición de una pena perpetua, como la dimissio del estado clerical, requiere un proceso judicial. Según el *Derecho Canónico* (cf. *CIC* can. 1342) el Ordinario propio no puede decretar penas perpetuas por medio de un decreto extrajudicial. Para ello debe dirigirse a la CDF, a la cual corresponderá en este caso tanto el juicio definitivo sobre la culpabilidad y la eventual idoneidad del clérigo para el ministerio como la imposición de la pena perpetua (*Sst*, Art. 21, §2).

Las medidas canónicas para un sacerdote que es encontrado culpable del abuso sexual de un menor son generalmente de dos tipos: 1) Medidas que restringen el ejercicio público del ministerio de modo completo o al menos excluyendo el contacto con menores. Tales medidas pueden ser declaradas por un precepto penal; 2) penas ecles-

siásticas, siendo la más grave la dimisión del estado clerical.

En algunos casos, cuándo lo pide el mismo sacerdote, puede concederse pro bono Ecclesiae la dispensa de las obligaciones inherentes al estado clerical, incluido el celibato.

La investigación previa y todo el proceso deben realizarse con el debido respeto a la confidencialidad de las personas implicadas y la debida atención a su reputación.

A no ser que haya graves razones en contra, antes de transmitir el caso a la CDF el clérigo acusado debe ser informado de la acusación presentada, para darle la oportunidad de responder a ella. La prudencia del Obispo o del Superior Mayor decidirá cuál será la información que se podrá comunicar al acusado durante la investigación previa.

Es deber del Obispo o del Superior Mayor determinar cuáles medidas cautelares de las previstas en el *CIC* can. 1722 y en el *CCEO* can. 1473 deben ser impuestas para salvaguardar el bien común. Según el *Sst* art. 19, tales medidas pueden ser impuestas una vez iniciada la investigación preliminar.

Asimismo, se recuerda que si una Conferencia Episcopal, con la aprobación de la Santa Sede, quisiera establecer normas específicas, tal normativa deberá ser entendida como complemento a la legislación universal y no

como sustitución de ésta. Por tanto, la normativa particular debe estar en armonía con el *CIC / CCEO* y además con el motu proprio *Sacramentorum sanctitatis tutela* (30 de abril de 2001) con la actualización del 21 de mayo de 2010. En el supuesto de que la Conferencia Episcopal decidiese establecer normas vinculantes, será necesario pedir la recognitio a los competentes Dicasterios de la Curia Romana.

III. Indicaciones a los Ordinarios sobre el modo de proceder

Las Líneas Guía preparadas por la Conferencia Episcopal deberán ofrecer orientaciones a los Obispos diocesanos y a los Superiores Mayores en caso de que reciban la noticia de presuntos abusos sexuales de menores cometidos por clérigos presentes en el territorio de su jurisdicción. Dichas Líneas Guía deberán tener en cuenta las siguientes observaciones:

a.) El “concepto de abuso sexual de menores” debe coincidir con la definición del *Motu Proprio Sst* art. 6 (“el delito contra el sexto mandamiento del Decálogo cometido por un clérigo con un menor de dieciocho años”), así como con la praxis interpretativa y la jurisprudencia de la Congregación para la Doctrina de la Fe, teniendo en cuenta la leyes civiles del Estado;

b.) la persona que denuncia debe ser tratada con respeto. En los casos en los que el abuso sexual esté relacionado con

un delito contra la dignidad del sacramento de la Penitencia (*Sst*, art.4), el denunciante tiene el derecho de exigir que su nombre no sea comunicado al sacerdote denunciado (*SST*, art. 24);

c.) las autoridades eclesiásticas deben esforzarse para poder ofrecer a las víctimas asistencia espiritual y psicológica;

d.) la investigación sobre las acusaciones debe ser realizada con el debido respeto del principio de la confidencialidad y la buena fama de las personas;

e.) a no ser que haya graves razones en contra, ya desde la fase de la investigación previa, el clérigo acusado debe ser informado de las acusaciones, dándole la oportunidad de responder a las mismas;

f.) los organismos de consulta para la vigilancia y el discernimiento de los casos particulares previstos en algunos lugares no deben sustituir el discernimiento y la potestas regiminis de cada Obispo;

g.) las Líneas Guía deben tener en cuenta la legislación del Estado en el que la Conferencia Episcopal se encuentra, en particular en lo que se

refiere a la eventual obligación de dar aviso a las autoridades civiles;

h.) en cualquier momento del procedimiento disciplinar o penal se debe asegurar al clérigo acusado una justa y digna sustentación;

i.) se debe excluir la readmisión de un clérigo al ejercicio público de su ministerio si éste puede suponer un peligro para los menores o existe riesgo de escándalo para la comunidad.

Conclusión

Las Líneas Guía preparadas por las Conferencias Episcopales buscan proteger a los menores y ayudar a las víctimas a encontrar apoyo y reconciliación. Deberán también indicar que la responsabilidad para tratar los casos de delitos de abuso sexual de menores por parte de clérigos, corresponde en primer lugar al Obispo Diocesano. Ellas servirán para dar unidad a la praxis de una misma Conferencia Episcopal ayudando a armonizar mejor los esfuerzos de cada Obispo para proteger a los menores.

Roma, en la sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, 3 de mayo de 2011.

William Card. Levada
Prefecto

+ Luis F. Ladaria, s.j.
Arzobispo Tit. de Thibica
Secretario

PONTIFICIA COMISIÓN «ECCESIA DEI»

Instrucción sobre la aplicación de la carta apostólica *motu proprio data* «*Summorum Pontificum*» de Su Santidad Benedicto XVI

I. Introducción

1. La carta apostólica *motu proprio data* «*Summorum Pontificum*» del Sumo Pontífice Benedicto XVI, del 7 de julio de 2007, que entró en vigor el 14 de septiembre de 2007, ha hecho más accesible a la Iglesia universal la riqueza de la Liturgia romana.

2. Con tal *motu proprio* el Sumo Pontífice Benedicto XVI ha promulgado una ley universal para la Iglesia, con la intención de dar una nueva reglamentación para el uso de la Liturgia romana vigente en 1962.

3. El Santo Padre, después de haber recordado la solicitud que los Sumos Pontífices han demostrado en el cuidado de la Sagrada Liturgia y la aprobación de los libros litúrgicos, reafirma el principio tradicional, reconocido desde tiempo inmemorial, y que se ha de conservar en el porvenir, según el cual «cada Iglesia particular debe concordar con la Iglesia universal, no sólo en cuanto a la doctrina de la fe y a los signos sacramentales, sino también respecto a los usos universalmente aceptados de la ininterrumpida tradición apostólica, que deben observarse no solo para evitar errores, sino también para transmitir la integridad de la fe, para que la ley de la oración de la Iglesia corresponda a su ley de fe»¹.

4. El Santo Padre ha hecho memoria, además, de los Romanos Pontífices que, de modo particular, se han comprometido en esta tarea, especialmente de san Gregorio Magno y san Pío V. El Papa subraya asimismo que, entre los sagrados libros litúrgicos, el *Missale Romanum* ha tenido un relieve histórico particular, y a lo largo de los años ha sido objeto de distintas actualizaciones hasta el pontificado del beato Juan XXIII. Con la reforma litúrgica que siguió al concilio Vaticano II, en 1970 el Papa, Pablo VI, aprobó un nuevo Misal para la Iglesia de rito latino, traducido posteriormente en distintas lenguas. En el año 2000 el Papa, Juan Pablo II, promulgó la tercera edición del mismo.

5. Muchos fieles, formados en el espíritu de las formas litúrgicas anteriores al concilio Vaticano II, han expresado el vivo deseo de conservar la tradición antigua. Por este motivo, el Papa, Juan Pablo II, con el indulto especial *Quattuor abhinc annos*, emanado en 1984 por la Sagrada Congregación para el culto divino, concedió, bajo determinadas condiciones, la facultad de volver a usar el Misal Romano promulgado por el beato Juan XXIII. Además, Juan Pablo II, con el *motu proprio Ecclesia Dei*, de 1988, exhortó a los obispos a que fueran generosos en conceder di-

cha facultad a todos los fieles que la pidieran. El Papa, Benedicto XVI, ha seguido la misma línea a través del motu proprio *Summorum Pontificum*, en el cual se indican algunos criterios esenciales para el usus antiquior del Rito Romano, que conviene recordar aquí.

6. Los textos del Misal Romano del Papa, Pablo VI, y del Misal que se remonta a la última edición del Papa Juan XXIII, son dos formas de la Liturgia romana, definidas respectivamente ordinaria y extraordinaria: son dos usos del único Rito romano, que se colocan uno al lado del otro. Ambas formas son expresión de la misma *lex orandi* de la Iglesia. Por su uso venerable y antiguo, la forma extraordinaria debe conservarse con el honor debido.

7. El motu proprio *Summorum Pontificum* está acompañado por una carta del Santo Padre a los obispos, que lleva la misma fecha del motu proprio (7 de julio de 2007). Con ella se ofrecen ulteriores aclaraciones sobre la oportunidad y necesidad del mismo motu proprio; es decir, se trataba de colmar una laguna, dando una nueva normativa para el uso de la Liturgia romana vigente en 1962. Tal normativa se hacía especialmente necesaria por el hecho de que, en el momento de la introducción del nuevo Misal, no pareció necesario emanar disposiciones que reglamentaran el uso de la Liturgia vigente desde 1962. Debido al aumento de los que piden poder usar la forma extraordinaria, se ha hecho necesario dar algunas normas al respecto.

Entre otras cosas el Papa, Benedicto XVI, afirma: «No hay ninguna contradicción entre una y otra edición del *Missale Romanum*. En la historia de la Liturgia, hay crecimiento y progreso pero ninguna ruptura. Lo que para las generaciones anteriores era sagrado, también para nosotros permanece sagrado y grande y no puede ser de improviso totalmente prohibido o incluso perjudicial»².

8. El motu proprio *Summorum Pontificum* constituye una relevante expresión del magisterio del Romano Pontífice y del munus que le es propio, es decir, regular y ordenar la Sagrada Liturgia de la Iglesia³, y manifiesta su preocupación como Vicario de Cristo y Pastor de la Iglesia universal⁴. El documento tiene como objetivo:

a) ofrecer a todos los fieles la Liturgia romana en el usus antiquior, considerada como un tesoro precioso que hay que conservar;

b) garantizar y asegurar realmente el uso de la forma extraordinaria a quienes lo pidan, considerando que el uso de la Liturgia romana que entró en vigor en 1962 es una facultad concedida para el bien de los fieles y, por lo tanto, debe interpretarse en sentido favorable a los fieles, que son sus principales destinatarios;

c) favorecer la reconciliación en el seno de la Iglesia.

II. Tareas de la Pontificia Comisión «Ecclesia Dei»

9. El Sumo Pontífice ha conferido a la Pontificia Comisión Ecclesia Dei potestad ordinaria vicaria para la materia de su competencia, especialmente para supervisar la observancia y aplicación de las disposiciones del motu proprio *Summorum Pontificum* (cf. art. 12).

10. § 1. La Pontificia Comisión ejerce tal potestad a través de las facultades precedentemente concedidas por el Papa, Juan Pablo II, y confirmadas por el Papa, Benedicto XVI, (cf. motu proprio *Summorum Pontificum*, art. 11-12), y también a través del poder de decidir sobre los recursos que legítimamente se le presenten, como superior jerárquico, contra una eventual medida administrativa del Ordinario que parezca contraria al motu proprio.

2. Los decretos con los que la Pontificia Comisión decide sobre los recursos podrán ser impugnados ad normam iuris ante el Tribunal supremo de la Signatura apostólica.

11. Compete a la Pontificia Comisión Ecclesia Dei, previa aprobación de la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos, la tarea de ocuparse de la eventual edición de los textos litúrgicos relacionados con la forma extraordinaria del Rito romano.

III. Normas específicas

12. Esta Pontificia Comisión, en virtud de la autoridad que le ha sido atribuida y de las facultades de las que goza, después de la consulta realizada entre los obispos de todo el mundo, para garantizar la correcta interpretación y la recta aplicación del motu proprio «*Summorum Pontificum*», emana la siguiente Instrucción, a tenor del can. 34 del Código de derecho canónico.

La competencia de los obispos diocesanos

13. Los obispos diocesanos, según el Código de derecho canónico, deben vigilar en materia litúrgica en atención al bien común y para que todo se desarrolle dignamente, en paz y serenidad en sus diócesis⁵, de acuerdo siempre con la mens del Romano Pontífice, claramente expresada en el motu proprio *Summorum Pontificum*⁶. En caso de controversias o dudas fundadas acerca de la celebración en la forma extraordinaria, decidirá la Pontificia Comisión Ecclesia Dei.

14. Es tarea del obispo diocesano adoptar las medidas necesarias para garantizar el respeto de la forma extraordinaria del Rito Romano, a tenor del motu proprio *Summorum Pontificum*.

El «coetus fidelium» (cf. motu proprio «Summorum Pontificum», art. 5 § 1)

15. Un coetus fidelium se puede definir stabiliter existens, a tenor del art.

5 § 1 del motu proprio *Summorum Pontificum*, cuando esté constituido por algunas personas de una determinada parroquia que, incluso después de la publicación del motu proprio, se hayan unido a causa de la veneración por la Liturgia según el usus antiquior, las cuales solicitan que ésta se celebre en la iglesia parroquial o en un oratorio o capilla; tal coetus puede estar también compuesto por personas que provengan de diferentes parroquias o diócesis y que, para tal fin, se reúnan en una determinada parroquia o en un oratorio o capilla.

16. En caso de que un sacerdote se presente ocasionalmente con algunas personas en una iglesia parroquial o en un oratorio, con la intención de celebrar según la forma extraordinaria, como está previsto en los art. 2 y 4 del motu proprio *Summorum Pontificum*, el párroco o el rector de una iglesia o el sacerdote responsable admitan tal celebración, respetando las exigencias de horarios de las celebraciones litúrgicas de la misma iglesia.

17. § 1. Con el fin de decidir en cada caso, el párroco, el rector o el sacerdote responsable de una iglesia se comportará según su prudencia, dejándose guiar por el celo pastoral y un espíritu de generosa hospitalidad.

§ 2. En los casos de grupos numéricamente menos consistentes, habrá que dirigirse al Ordinario del lugar para encontrar una iglesia en la que dichos fie-

les puedan reunirse para asistir a tales celebraciones y garantizar así una participación más fácil y una celebración más digna de la santa misa.

18. También en los santuarios y lugares de peregrinación se ofrezca la posibilidad de celebrar en la forma extraordinaria a los grupos de peregrinos que lo requieran (cf. motu proprio *Summorum Pontificum*, art. 5 § 3), si hay un sacerdote idóneo.

19. Los fieles que piden la celebración en la forma extraordinaria no deben sostener o pertenecer de ninguna manera a grupos que se manifiesten contrarios a la validez o legitimidad de la santa misa o de los sacramentos celebrados en la forma ordinaria o al Romano Pontífice como Pastor supremo de la Iglesia universal.

El «sacerdos idoneus» (cf. motu proprio «Summorum Pontificum», art. 5 § 4)

20. Sobre los requisitos necesarios para que un sacerdote sea considerado idóneo para celebrar en la forma extraordinaria, se establece cuanto sigue:

a) cualquier sacerdote que no esté impedido a tenor del Derecho Canónico se considera sacerdote idóneo para celebrar la santa misa en la forma extraordinaria⁷;

b) en relación al uso de la lengua latina, es necesario un conocimiento suficiente que permita pronunciar co-

rectamente las palabras y entender su significado;

c) en lo que respecta al conocimiento del desarrollo del rito, se presumen idóneos los sacerdotes que se presenten espontáneamente para celebrar en la forma extraordinaria y la hayan usado anteriormente.

21. Se exhorta a los Ordinarios a que ofrezcan al clero la posibilidad de adquirir una preparación adecuada para las celebraciones en la forma extraordinaria. Esto vale también para los seminarios, donde se deberá proveer a que los futuros sacerdotes tengan una formación conveniente en el estudio del latín⁸ y, según las exigencias pastorales, ofrecer la oportunidad de aprender la forma extraordinaria del rito.

22. En las diócesis donde no haya sacerdotes idóneos, los obispos diocesanos pueden solicitar la colaboración de los sacerdotes de los institutos erigidos por la Pontificia Comisión Ecclesia Dei o de quienes conozcan la forma extraordinaria del rito, tanto para su celebración como para su eventual aprendizaje.

23. La facultad para celebrar la misa sine populo (o con la participación del solo ministro) en la forma extraordinaria del Rito Romano es concedida por el motu proprio a todos los sacerdotes diocesanos y religiosos (cf. motu proprio *Summorum Pontificum*, art. 2). Por lo tanto, en tales celebraciones,

los sacerdotes, en conformidad con el motu proprio *Summorum Pontificum*, no necesitan ningún permiso especial de sus Ordinarios o superiores.

La disciplina litúrgica y eclesial

24. Los libros litúrgicos de la forma extraordinaria han de usarse tal como son. Todos aquellos que deseen celebrar según la forma extraordinaria del Rito Romano deben conocer las correspondientes rúbricas y están obligados a observarlas correctamente en las celebraciones.

25. En el *Misal* de 1962 se podrán y deberán insertar nuevos santos y algunos de los nuevos prefacios⁹, según la normativa que se indicará más adelante.

26. Como prevé el art. 6 del motu proprio *Summorum Pontificum*, se precisa que las lecturas de la santa misa del Misal de 1962 pueden ser proclamadas exclusivamente en lengua latina, o bien en lengua latina seguida de la traducción en lengua vernácula o, en las misas leídas, también sólo en lengua vernácula.

27. Con respecto a las normas disciplinarias relativas a la celebración, se aplica la disciplina eclesial contenida en el Código de derecho canónico de 1983.

28. Además, en virtud de su carácter de ley especial, dentro de su ámbito

propio, el motu proprio *Summorum Pontificum* deroga aquellas medidas legislativas inherentes a los ritos sagrados, promulgadas a partir de 1962, que sean incompatibles con las rúbricas de los libros litúrgicos vigentes en 1962.

Confirmación y Orden sagrado

29. La concesión de utilizar la antigua fórmula para el rito de la Confirmación fue confirmada por el motu proprio *Summorum Pontificum* (cf. art. 9 § 2). Por lo tanto, no es necesario utilizar para la forma extraordinaria la fórmula renovada del Ritual de la Confirmación promulgado por el Papa Pablo VI.

30. Con respecto a la tonsura, órdenes menores y subdiaconado, el motu proprio *Summorum Pontificum* no introduce ningún cambio en la disciplina del Código de derecho canónico de 1983; por lo tanto, en los institutos de vida consagrada y en las sociedades de vida apostólica que dependen de la Pontificia Comisión Ecclesia Dei, el profeso con votos perpetuos en un instituto religioso o incorporado definitivamente a una sociedad clerical de vida apostólica, al recibir el diaconado queda incardinado como clérigo en ese instituto o sociedad (cf. can. 266 § 2 del Código de derecho canónico).

31. Sólo en los institutos de vida consagrada y en las sociedades de vida apostólica que dependen de la Pontificia Comisión Ecclesia Dei y en aquéllos donde se mantiene el uso de los libros

litúrgicos de la forma extraordinaria se permite el uso del *Pontificale Romanum* de 1962 para conferir las órdenes menores y mayores.

Breviarium Romanum

32. Se concede a los clérigos la facultad de usar el *Breviarium Romanum* en vigor en 1962, según el art. 9 § 3 del motu proprio *Summorum Pontificum*. El mismo se recita integralmente en lengua latina.

El Triduo pascual

33. El coetus fidelium que sigue la tradición litúrgica anterior, si hubiese un sacerdote idóneo, puede celebrar también el Triduo pascual en la forma extraordinaria. Donde no haya una iglesia u oratorio previstos exclusivamente para estas celebraciones, el párroco o el Ordinario, de acuerdo con el sacerdote idóneo, dispongan para ellas las modalidades más favorables, sin excluir la posibilidad de una repetición de las celebraciones del Triduo pascual en la misma iglesia.

Los Ritos de las Órdenes religiosas

34. Se permite el uso de los libros litúrgicos propios de las Órdenes religiosas vigente en 1962.

Pontificale Romanum y Rituale Romanum

35. Se permite el uso del *Pontificale Romanum* y del *Rituale Romanum*, así

como del *Caeremoniale Episcoporum* vigente en 1962, a tenor del n. 28 de esta Instrucción, quedando en vigor lo dispuesto en el n. 31 de la misma.

presidente de la Pontificia Comisión «Ecclesia Dei», ha aprobado la presente Instrucción y ha ordenado su publicación.

El Sumo Pontífice, Benedicto XVI, en la audiencia del día 8 de abril de 2011, concedida al suscrito cardenal

Dado en Roma, en la sede de la Pontificia Comisión Ecclesia Dei, el 30 de abril de 2011, memoria de san Pío V.

William Cardenal Levada
Presidente

Monseñor Guido Pozzo
Secretario

NOTAS:

- 1 Benedicto XVI, Carta apostólica motu proprio data «*Summorum Pontificum*», I, en AAS 99 (2007) 777; cf. Instrucción general del Misal Romano, tercera edición, 2002, n. 397.
- 2 Benedicto XVI, Carta a los obispos que acompaña la Carta apostólica motu proprio data «*Summorum Pontificum*» sobre el uso de la Liturgia romana anterior a la reforma efectuada en 1970, en AAS 99 (2007) 798.
- 3 Cf. *Código de derecho canónico*, can. 838 § 1 y § 2.
- 4 Cf. *Código de derecho canónico*, can 331.
- 5 Cf. *Código de derecho canónico*, cann. 223 § 2; 838 § 1 y § 4.
- 6 Cf. Benedicto XVI, Carta a los obispos que acompaña la Carta apostólica motu proprio data «*Summorum Pontificum*» sobre el uso de la Liturgia romana anterior a la reforma efectuada en 1970, en AAS 99 (2007) 799.
- 7 Cf. *Código de derecho canónico*, can. 900 § 2.
- 8 Cf. *Código de derecho canónico*, can. 249; cf. concilio Vaticano II, constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 36; declaración *Optatam totius*, n. 13.
- 9 Cf. Benedicto XVI, Carta a los obispos que acompaña la Carta apostólica motu proprio data «*Summorum Pontificum*» sobre el uso de la Liturgia romana anterior a la reforma efectuada en 1970, en AAS 99 (2007) 797.



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANA

MAYO

Hasta el 22 de mayo en el Centro Cultural de la Diputación, exposición de imágenes del patrimonio diocesano restauradas por el Centro Técnico de Restauración “San Martín”.

Durante el Mes de mayo, en la ciudad, tiene lugar las tradicionales novenas del Sto. Cristo de Ourense, en la S.I. Catedral, de la Virgen de Fátima, en la parroquia del Couto y de María Auxiliadora en la parroquia de los Salesianos.

- Día 10: Festival intercultural “Mil Cores” organizado por la Parroquia de San Pío X y el movimiento de Scouts-Católicos de Ourense.
- Día 11: Celebración de San Juan de Ávila en el Seminario Mayor, celebración de los aniversarios de ordenación sacerdotal de aquéllos ordenados en 1961 (50 años de sacerdocio) y 1986 (25 años). Presidió la Santa Misa el Excmo. y Rvmo. D. Luis Quinteiro Fiuza, Administrador Apostólico de Ourense y la conferencia corrió a cargo de D. Francisco J. Prieto, profesor del Instituto Teológico “Divino Maestro”.
- Día 21: Fiesta de San Torcuato en la parroquia de Celanova, celebración de la Eucaristía en Rito Hispano-Mozárabe.
- Día 22: En la parroquia de Salesianos colocación y bendición de un bronce que recuerda a los mártires salesianos, en la persecución religiosa durante la 2ª república, de origen ourensano.
- Día 36: En el colegio salesiano, “Pincho Solidario”, organizado por manos Unidas Ourense.
- Día 28: Encuentro de grupos Bíblicos en el Santuario de los Milagros, para celebrar el fin de curso.
Festival mariano en la parroquia de la Santísima Trinidad.



DIÓCESIS
DE OURENSE
